

NOELIA

FRANCIS DAYANA CORNEJO NASNER

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2022**

NOELIA

FRANCIS DAYANA CORNEJO NASNER

Trabajo de Grado

**ASESOR:
GONZALO JIMENEZ MAHECHA**

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2022**

“Las ideas y conclusiones planteadas en el siguiente trabajo son responsabilidad exclusiva del autor”.

Artículo 1° del Acuerdo No. 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Presidente del Jurado

Jurado

San Juan de Pasto, 23 de agosto de 2022

AGRADECIMIENTOS

A todos mis ancestros, que han esbozado los signos de mi mente y de mi vida.

A mi abuela Nelly, por arrullarme en la dulce y mezquina libertad del Ser; por ser alguien silente y perenne en mi existencia, determinante ideal de mis hechos y mis andanzas.

A mi hermano Samuel, por evocar con su existencia las más remotas palabras que se anidan en la memoria y recordarme cada día lo valioso de la hermandad.

A la ausencia de mi padre, que me compartió los más íntimos sentimentalismos y las más creativas emociones para escribir.

A Danilo, a quien este ejercicio de las letras añora y ensueña, por ser fuego desgarrador del amor y del dolor.

*Para mi madre
Mónica Násner,
a quien cargo en mi pecho
como un tótem sacro de fortaleza y amor.*

RESUMEN

Noelia es un ejercicio literario que franquea entre la ilusión del personaje y la realidad de su autora y surge como una composición experimental, en que la búsqueda fundamental es un “lenguaje”.

Felipe, joven presuntuoso y al mismo tiempo inestable e inseguro, perfila a Noelia, quien aparece en su vida y en la de muchos otros como una cabal coincidencia, intimida con ella, busca tenerla aun en conciencia de la imposibilidad de su posesión, la seduce, la enamora, la descifra y, al final, se pierde inexplicablemente en y a través de su ausencia. Por su parte Noelia se cuenta a través de sus letras, manifiesta su ser e irrumpe en la cronológica descripción de Felipe a través de su anacrónica acumulación de sentires y devenires paulatinos; ella salta desde la estructura lineal de los sucesos y se convierte en analepsias y prolepsis de sí misma, se hace, se deshace, se configura y desaparece a su modo, sin un control preestablecido o predecible.

Esto acaece en la variación estética del Departamento de Nariño, con sus paisajes coloridos, cálidos y fríos; en la acumulación urbana de pasos de la ciudad de San Juan de Pasto, con algunas de sus calles y recintos disimulados y ocultos y otros perfectamente transcritos.

Palabras claves: cartas, catarsis, literatura experimental, Noelia, novela.

ABSTRACT

Noelia is a literary exercise that crosses between the illusion of the character and the reality of its author and emerges as an experimental composition, where the fundamental search is that of a “language”.

Felipe, a presumptuous young man and at the same time unstable and insecure, profiles Noelia, who appears in his life and in that of many others as a complete coincidence, intimidates her, seeks to have her even in awareness of the impossibility of his possession, seduces her, falls in love with her, deciphers her and in the end inexplicably loses herself in and through her absence. Meanwhile, Noelia tells herself through her lyrics, manifests her being and breaks into the chronological description of Philip through her anachronistic accumulation of feelings and gradual becomings; it jumps from the linear structure of events and becomes analepsis and prolepsis of itself, becomes, unravels, configures and disappears in its own way, without a preset or predictable control.

All of which, affects the aesthetic variation of the Department of Nariño, with its colorful, warm and cold landscapes. In the urban accumulation of steps of the city of San Juan de Pasto, with some of its streets and resentos disguised and hidden and others perfectly transcribed.

Keywords: catharsis, experimental literature, letters, Noelia, novel.

CONTENIDO

	Pág.
PRESENTACIÓN	11
BIBLIOGRAFÍA	29
NOELIA	31

LISTA DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. Portada	31
Figura 2. Tupananchiskama (Hasta que la vida nos vuelva a encontrar)	39
Figura 3. Lam (Mangos y amarillo)	76
Figura 4. Sabbat y foxtrot	88
Figura 5. El endulzamiento del ahorcado	118

PRESENTACIÓN

El acaecimiento práctico de un escritor no se construye, tampoco se intenciona o se recrea; surge de la necesidad básica y fundamental de su autor por encontrar un medio de expresión que le facilite o le permita establecer un proceso de reflexión, apropiación, exteriorización y sanación personal, en la medida en que únicamente a través de la escritura puede materializar lo más íntimo, irrisorio, particular, enigmático, problematizado, emocional, sensato y fragmentario de su ser.

El papel y la pluma, en tiempos pretéritos, o una pantalla y un teclado, en tiempos contemporáneos, han sido herramientas indispensables e invaluables de aquel que ha decidido imperiosa e inconscientemente asumir la escritura como una entelequia más que como un medio y/o un fin para la comunicación.

Desde la perspectiva filosófica, poética e histórica, a este proceso se lo denomina *catarsis*. Según Andrzej Szczeklik, citado por Sara González-Rodríguez *et al.*:

Fue Aristóteles el que tomó del lenguaje médico el término *catarsis*, que inicialmente se refería al proceso de purificación por el cual el cuerpo elimina elementos perjudiciales, nocivos. Él lo introdujo en las artes, para trasladar su significado a la necesidad del alma de expulsar todo lo que dentro resulta dañino contener. De este modo, las disciplinas artísticas, según él, y en concreto la tragedia, hacen liberar a la psique de todo aquello que le desborda: pasiones, fuerzas desenfrenadas, emociones intensas.¹

LA CATARSIS, SEGÚN ARISTÓTELES

Evidentemente, Aristóteles fue el primero en trasladar el término *catarsis* al uso de la palabra; en este sentido, el filósofo le otorga una importancia trascendente en la vida del ser humano, puesto que la *catarsis* facilita no solamente la comunicación, sino, además, cumple la función de convencer, lo que genera tranquilidad, y, también, purificar, lo que genera placer.

Así, resulta sencillo comprender que cuando se refiere a la comunicación, desde la perspectiva lingüística, se refiere a la transmisión de un mensaje que puede o no establecerse entre una o más partes, quienes actúan como destinadores y/o destinatarios; ese mensaje puede tener o no un sentido de verdad, a partir de lo cual se puede entender que la función de convencer se asocia con la intención de generar una retroalimentación afirmativa en el otro, que se vincula con su convicción de que lo que se dice resulta cierto. Sin embargo, entender cómo el uso de la palabra se vincula con la purificación trasciende del entendimiento

¹ Sara González Rodríguez *et al.* El poder terapéutico de la narración. *Revista de Medicina y cine*, Vol. 12, No. 2 (2016), p. 116. Disponible en: https://revistas.usal.es/index.php/medicina_y_cine/article/view/15005/15638

a la acción y, quizás, para ello se necesita remontarse a la práctica ritualista de los pueblos antiguos, que Aristóteles logra sintetizar a través de la explicación trágica:

Los diálogos suscitan en el espectador dos pasiones: compasión (aflicción [*Jammer*]), conmoción afectiva [*Rührung*]) y temor (espanto [*Schrecken*]), estremecimiento [*Schauer*], *éleos* y *phóbos* en griego. Estos son afectos elementales, básicos, emociones de carácter psicosomático que no requieren de elaboración intelectual. Rápidamente, las emociones psicosomáticas violentas, perturbadoras sufrirán en el espectador –gradual o súbitamente– una modificación fundamental mediante la “catarsis”: purga (*kátharsis*) que procura alivio, placer o serenidad. Esta purgación no se agota en su acción momentánea, sino su misión consiste en ordenar la vida psíquica, de modo que impulsos y apetitos irracionales queden subordinados a lo que es superior en el alma, la inteligencia (*nous*).²

La tragedia clásica, en su estudio teórico, se remonta hasta los primeros escritos de Esquilo; sin embargo, originalmente, se basaba en la representación y/o improvisación de los mitos sagrados, que se efectuaban principalmente en Grecia y Anatolia y posteriormente en Atenas en conmemoración al dios Dionisio, pero históricamente se remontan hasta los ditirambos, cantos corales breves y en tono burlesco en honor al dios del vino. De Esquilo, predecesor de Sófocles y Eurípides, se sabe que fijó los fundamentos del drama trágico por primera vez de forma codificada, así como la introducción de máscaras y coturnos en sus puestas en escena; además, se reconoce principalmente su trilogía de *Prometeo encadenado*, aunque de *Prometeo Liberado* y *Prometeo portador del fuego* solamente se han logrado conservar algunos fragmentos. Pese a esto, el trasfondo del análisis aristotélico que se desarrolla en *La Poética* a la tragedia, se amplía a su vinculación innata, necesaria e irrefutable con la realidad humana; según Aristóteles, todas las formas del arte, y entre ellas, la tragedia, “son imitaciones” que “imitan y dibujan diversos objetos”³ (Aristóteles, s.f., p. 3); ahora bien, “la palabra imitación, *mímesis* en griego, se debe entender como representación de la realidad”.⁴

Así, según Aristóteles, la tragedia intenta representar las acciones menos virtuosas del hombre, con el propósito, pero además la necesidad, de *aprender* o, en otras palabras, establecer una *retroalimentación* y, por ende, una *purificación* de esas acciones. Aristóteles señala que todo se encuentra vinculado con el carácter o la condición humana; el hombre es un imitador por excelencia desde que es un niño y lo hace todo el tiempo para que pudiera crecer, evolucionar y desarrollarse; por ejemplo, imita el sonido de los animales para que

² Gustavo Figueroa C. Freud, Breuer y Aristóteles: catarsis y el descubrimiento del Edipo. *Revista chilena de neuro-psiquiatría*. Vol. 52. No. 4 (2014), p. 265. Disponible en: https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-92272014000400004

³ Aristóteles. *Poética*, p. 2. Edición de [www.philosophia.cl/Escuela de Filosofía Universidad ARCIS](http://www.philosophia.cl/Escuela%20de%20Filosofia%20Universidad%20ARCIS). Disponible en: <https://www.philosophia.cl/biblioteca/aristoteles/poetica.pdf>

⁴ “Los objetos que los imitadores representan son acciones, efectuadas por agentes que son buenos o malos (las diversidades del carácter humano, casi siempre derivan de esta distinción, pues la línea entre la virtud y el vicio es la que divide a toda la humanidad) y los imitan mejores o peores de lo que nosotros somos, o semejantes, según proceden los pintores.” Cfr. Aristóteles, *Ibid.*, p. 3.

podría aprender a hablar; imita los movimientos que ve en los otros para aprender a caminar; imita su llanto, su forma de sostener las cosas, su forma de comer, de expresarse, etc.

Debido a esto, según Aristóteles, pese a que la tragedia cuenta con partes bien diferenciadas, que él detalla en su obra: la fábula o trama, los caracteres, la dicción o elocución, el pensamiento, el espectáculo y la melodía, respecto a todo este conjunto igualmente aclara que lo más importante es la acción (la fábula), pues no representa a las personas, sino a la vida, la felicidad y la desdicha que conlleva.⁵ Entonces, el efecto catártico surge de la asimilación que el poeta lograra establecer en la tragedia de la acción y cómo logra vincularla con la suscitación de *piedad o temor*, bien fuera en el público o bien en el actor en sí mismo y, al respecto, Aristóteles aclara: “la piedad (5) es ocasionada por una desgracia inmerecida, y el temor por algo acaecido a hombres semejantes a nosotros mismos” (Aristóteles, s.f., pag.20).⁶ Igualmente, es necesario resaltar que, según Aristóteles, los poetas no pueden ni deben recurrir a eventos premeditados que, en lugar de generar temor, generaran horror, puesto que existe una diferencia grande entre el temor y el horror, que consiste en que el primero se da por sucesos catastróficos inesperados y “comunes”, tal como ocurre en Edipo, cuando se entera que es realmente el asesino de su padre y se encuentra, además, casado con su madre.

En este sentido, cuando se refiere a sucesos catastróficos en la vida del ser humano, la referencia lleva a aquellos que no pueden tener solución y que afectan directamente la estabilidad emocional, física y/o mental de un ser humano, en el sentido de que se convierten en traumáticos; son inesperados, no porque fueran sorprendidos o planificados, sino porque pasaron desapercibidos en la vida de alguien, la mayoría de las veces ocurrieron en el pasado, pero se genera una expectativa por sus consecuencias en el futuro y, al final, son “comunes”, puesto que no son paranormales, extraordinarios o anormales; por el contrario, pueden sucederle a cualquier persona y, como se analizará luego, desde disciplinas como el psicoanálisis, forman parte de la condición humana, para llegar a convertirse de algún modo en *pulsiones*.

En este punto, es necesario aclarar que, según Aristóteles, la catarsis solo era el efecto que se esperaba en el espectador, efecto que se relaciona, según el filósofo, con el *alivio, placer y serenidad*. En esta forma, se podría decir que el medio para llegar hasta este efecto era el arte, específicamente el arte trágico, pues recreaba las situaciones o acciones humanas que evocaban la compasión, el temor y la conmoción afectiva, que conducían directamente y de forma innata hacia la purificación.

⁵ “Toda felicidad humana o desdicha asume la forma de acción; el fin para el cual vivimos es una especie de actividad, no una cualidad. El protagonista nos da cualidades, pero es en nuestras acciones lo que hacemos donde somos felices (20) o lo contrario. En un drama, entonces, los personajes no actúan para representar los caracteres; incluyen los caracteres.” Cfr. Aristóteles, Ibid., p. 8.

⁶ Aristóteles, *Poética*, p. 13.

LA CATARSIS ARISTOTÉLICA Y LA ESCRITURA

Este es precisamente el efecto (liberación y sanación) que todo escritor busca cuando se vacía de palabras, puesto que la sensación más notable cuando se escribe es la sensación de desahogo, desenfreno, desesperación y tranquilidad al mismo tiempo. Se pasa de un estado caótico a un estado griego de “*Kosmos*”,⁷ en que el orden se siente universal y revitaliza e integra.

Escribir implica un proceso, una transformación y una transgresión en que el escritor se enfrenta, se confronta y se revela para poner así en perpetración su devenir, que termina por ser doloroso, inesperado y austero debido a que está en un constante ir y venir de las experiencias vividas e imaginadas. Por ello, como lo afirman González-Rodríguez *et al.*:

El proceso narrativo requiere de soledad, introspección y reflexión previa al acto de escribir que permiten analizar con distanciamiento la nueva situación a la que está expuesto el enfermo. El efecto curativo de la narración se produce por la catarsis aportada por la reflexión, por la transferencia al papel de los miedos y los pensamientos negativos, así como por la liberación, el alivio y el consuelo que aporta la extraversion narrativa.⁸

Y resulta que, después de todo, las batallas más desgastantes y desgarradoras terminan por ser del individuo consigo mismo y su experiencia de vida. Las enfermedades físicas, mentales, del alma y del espíritu suelen ir acompañadas de una necesidad o de una carencia; por ejemplo, si se está enfermo de una muela y hay presencia de caries, esto significa que hay o hubo una ausencia de higiene y hasta las enfermedades más misteriosas o enigmáticas, como la depresión o la esquizofrenia ocultan tras de sí algo que trasciende incluso el presente en su explicación y llega hasta la vinculación familiar y afectiva: una carencia de tranquilidad ascendente o descendente, un vacío en la solución de los problemas que también se heredan y una falta de atención, admisión e interés por parte de aquel que las padece: en este sentido, se podría referir a la vida como un *tragedia*, en la que el ser humano se puede ver retratado en un contexto alterado del dolor y la pesadez, peor del estado que realmente lo acaece, con el propósito principal de sanarlo y elevarlo. Según Aristóteles (s.f.), la tragedia podría definirse así:

Una tragedia, en consecuencia, es la imitación de una acción elevada y también, por tener magnitud, completa en sí misma; enriquecida en el lenguaje, con adornos artísticos adecuados para las diversas partes de la obra, presentada en forma dramática, no como narración, sino con incidentales que excitan piedad y temor, mediante los cuales realizan la catarsis de tales emociones. Aquí, por “lenguaje enriquecido con adornos artísticos” quiero decir con ritmo, armonía y música

⁷ “La concepción platónica del Cosmos es la defensa de un *orden* y de una *armonía*, que es también *proporción* (simetría) y medida (métron).” Platón, *Filebo* 19a-d, citado en: Teresa Kwiatkowska (comp.). *Humanismo y naturaleza*. México: Plaza y Valdés, 1999, p. 26. Disponible en: https://www.google.com/search?q=Kwiatkowska+Humanismo+y+naturaleza&sxsrf=ALiCzsaRSYORdO_iUXUBrulfz5ENGZ41FA

⁸ González Rodríguez, *Art. cit.*, p. 110.

sobre agregados, y por “adecuados a las diversas partes” significo que algunos de ellos se producen, sólo por medio del verso, y otros a su vez con ayuda de las canciones.⁹

Sin embargo más allá del entendimiento que alguien (lo que incluye a un escritor) pudiera tener sobre la vida, su vida y sus experiencias, y mucho más allá de vincular el devenir humano con aquello que puede o no entenderse como trágico, se encuentra el hecho de que la simple existencia condena al sufrimiento, a la pesadez, a la desesperación o bien se podría decir a la *nada*¹⁰ y precisamente esta certeza lleva casi que autárquicamente a una afirmación muy antigua o más bien a una filosofía elemental, presocrática, que anunciaba casi que inmaterialmente Sócrates, replicaba de forma fiel su discípulo Platón y retomaba de forma concreta Aristóteles en el libro I de la *Moral a Nicómaco*: “el fin último del hombre es la felicidad”.¹¹

Sin embargo, es necesario aclarar en este punto que, ante *la nada* con que el hombre expresa su existencia y de la que solo se comentó en el párrafo anterior, la búsqueda de la felicidad es solo un camino. Así, en particular la filosofía contemporánea¹² se encarga de buscar y

⁹ Aristóteles, *La Poética*. Disponible en: https://www.ugr.es/~encinas/Docencia/Aristoteles_Poetica.pdf, p. 10.

¹⁰ La palabra nada es un adverbio de cantidad que expresa la ausencia de algo. Así, si se dice: “No tengo nada en el bolsillo”, se está expresando que su interior está vacío. Sin embargo, el concepto que se analiza tiene una dimensión filosófica y va más allá de un simple asunto de cantidades.

¹¹ “Volvamos ahora a nuestra primera afirmación; y puesto que todo conocimiento y toda resolución de nuestro espíritu tienen necesariamente en cuenta un bien de cierta especie, expliquemos cuál es el bien que en nuestra opinión es objeto de la política, y por consiguiente el bien supremo que podemos proseguir en todos los actos de nuestra vida. La palabra que le designa es aceptada por todo el mundo; el vulgo, como las personas ilustradas, llaman a este bien supremo felicidad, y, según esta opinión común, vivir bien, obrar bien es sinónimo de ser dichoso. Pero en lo que se dividen las opiniones es sobre la naturaleza y la esencia de la felicidad, y en este punto el vulgo está muy lejos de estar de acuerdo con los sabios. Unos la colocan en las cosas visibles y que resaltan a los ojos, como el placer, la riqueza, los honores; mientras que otros la colocan en otra parte. Añadid a esto, que la opinión de un mismo individuo varía muchas veces sobre este punto; el enfermo, cree que la felicidad es la salud; el pobre, que es la riqueza; o bien cuando uno tiene conciencia de su ignorancia, se limita a admirar a los que hablan de la felicidad en términos pomposos, y trazan de ella una imagen superior a la que aquel se había formado. A veces se ha creído que por encima de todos estos bienes particulares existe otro bien en sí, que es la causa única de que todas estas cosas secundarias sean igualmente bienes.” Cfr. Aristóteles, *Moral a Nicómaco*, Lib. II, Cap. II, en *Obras de Aristóteles*. Vol. 1. Madrid: Medina y Navarro, 1873. Disponible en: <https://www.filosofia.org/cla/ari/azc01006.htm>

¹² “Estudiar o ensayar sobre algunas características de la Filosofía Contemporánea tiene muchas lagunas y algunas luces de unidad de acción, por cuanto no existen líneas de orientación de proyectos únicos desde uno o varios fundamentos, sino un conjunto de tendencias que parten de diferentes principios o fundamentaciones plurales y diversas. Ya no se trata de la construcción de grandes sistemas dentro de los marcos de una gran totalidad, como ocurría en la Filosofía Moderna. Las grandes polémicas de antaño que sentaron épocas ya no se discuten, como ocurría entonces –empirismo versus racionalismo, materialismo-idealismo, etc.–. Por supuesto, existe el eterno problema que señalaba Hegel en su *Ciencia de la Lógica* cuando se preguntaba: ¿Cuál debe ser el comienzo? Por lo tanto, el comienzo mismo de la Filosofía Contemporánea es asistemático y es este uno de los aspectos más complejos cuando se intenta brindar una sistematización de la misma.

Vivimos en una época compleja que es de crisis interpretativa, desde mediados del siglo XIX hasta la actualidad, en la medida en que los sujetos sociales de este período, así como otras fundamentaciones teóricas epistémicas que denominamos “lo contemporáneo”, no han aflorado en todo el mar de contradicciones que supone un mundo de grandes rupturas.

ofrecer caminos que se distinguen en cada uno de sus filósofos, para registrar dos tendencias significativas: el *vitalismo* y el *existencialismo*, cada una de ellas respaldadas, a su vez, por filósofos como Nietzsche, Jean Paul Sartre, Emile Cioran, entre otros, para quienes, a grandes rasgos, la existencia puede afirmarse o negarse, lo que lleva en uno u otro sentido a elegir la vida o la muerte. Y precisamente con este parámetro que asimilar, la escritura como base creadora del ser en soledad es, en consecuencia, una forma de reafirmar el ser en existencia. La escritura ayuda a reafirmar la vida, es una forma de saltar desde la *nada* y de llenar el vacío primordial y de ocuparlo con algo. Por ende, la escritura no puede tomarse solo como un recurso o como una herramienta; trasciende mucho más allá de ello y le ayuda al ser humano a existir, sin olvidar, una vez más, que esa ayuda sobreviene del ejercicio catártico que ella conlleva.

LA CATARSIS SEGÚN EL PSICOANÁLISIS

Contrario a la perspectiva que aporta Aristóteles, Freud no utilizó a la catarsis como efecto sino como terapia: “el método catártico constituyó para Freud la técnica original, determinante del nacimiento de la psicoterapia psicoanalítica”¹³.

La comprensión que efectúa Freud respecto a la catarsis aristotélica, a partir de la tragedia, podría entenderse así: según el psicoanálisis, las pasiones o sensaciones que generan o provocan los poetas, a través de la elaboración de acciones trágicas, son, en realidad, sensaciones innatas que no necesitan provocarse de forma externa o “intelectual”; por el contrario, permitir que afloren en el hombre, a través de signos o sintomatología psicosomática,¹⁴ ordena la vida psíquica, lo que lleva a que los impulsos irracionales

Por otra parte, un elemento que se ha de tener en cuenta es la caída paulatina de la Metafísica, producto del amplio despliegue de las ciencias naturales vinculadas a un proceso de diferenciación de discursos. Empero, el desarrollo de estas ciencias naturales conlleva un ritmo de crecimiento mucho más rápido que las posibles interpretaciones epistemológicas, y las propias ciencias naturales no necesitan de la filosofía para sus grandes descubrimientos, pues por sí mismas son autosuficientes para lograrlo, aunque la filosofía debe tener –y tiene– la capacidad de saberlas interpretar y aumentar así su arsenal cultural”. Cfr. Juan Francisco Fuentes. ¿Crisis interpretativa o interpretación de la crisis?” *Dialektika*. Vol. 1, No. 1 (2019), p. 2. Disponible en: <file:///D:/descargas/9-Texto%20del%20art%C3%ADculo-30-1-10-20191116.pdf>

¹³ Figueroa, *Art. cit.*, p. 264.

¹⁴ El término psicosomático es un adjetivo que se refiere a psico, “alma o actividad mental”, y somático, a “natural o corpóreo”, por lo que se puede definir como un trastorno psicológico originado en la mente y que posteriormente se manifiesta en el cuerpo, lo que genera afecciones en el organismo. Los trastornos psicosomáticos son aquellos que generan síntomas, como dolor o molestias que no se atribuyen a una condición o disfunción fisiológica, por lo que el origen de la sintomatología se contempla como psicológico. Esta enfermedad puede desencadenarse debido a situaciones de estrés, sedentarismo, consumo de sustancias perjudiciales para la salud, una mala nutrición y cualquier otra situación que generan en el paciente ansiedad, depresión y angustia. En esta forma, las enfermedades psicosomáticas pueden manifestarse de diversas formas, pero todas ellas alteran de forma significativa la enfermedad, lo que lleva a que el tratamiento no genere mayores beneficios y se agraven aún más las dolencias referidas. Cfr. Psicosomático. *fisioonline*. Disponible en: <https://www.fisioterapia-online.com/glosario/psicosomatico>

quedaran subordinados a lo racional. En otras palabras, la catarsis consiste en “excitar y fomentar el elemento opresor, para producir así un alivio del oprimido”.¹⁵

Jacob Bernays, citado por Figueroa, asemejó la explicación de esta técnica a la práctica homeopática,¹⁶ que opera bajo el principio de que: “Lo similar cura lo similar”; así, en la tragedia, el espectador, cuando experimenta en pequeñas dosis la misma desazón corporal que la provoca, se sana, además de obtener placer:

Semejante a un purgante, este mecanismo es psicosomático antes que psicológico, fisiológico antes que mental; así, la catarsis médica se asemeja a la catarsis trágica, porque conduce a una “completa purgación del alma de los afectos perturbadores”; análoga a la acción de un fármaco, no tiene relación al valor.¹⁷

En la historia del psicoanálisis, Breuer fue el primero en emplear el concepto de catarsis como terapéutico, posteriormente, junto con Freud, empiezan a estudiar la histeria en particular en el caso de Anna O., y tratan de encontrarle una cura, mediante una mezcla de la hipnosis con la reproducción de los síntomas evidenciados en el presente por la paciente, para tratar de generar una regresión que llevara hacia la causa fundamental del problema, con el propósito de sanarla. Al respecto, “Freud decía que el recuerdo aislado del afecto no tiene validez analítica y que era precisamente la posibilidad de dicha emergencia afectiva junto al recuerdo lo que permitía vivir situaciones catárticas, y, por tanto, desarrollar una eficacia terapéutica”.¹⁸ Sin embargo, pese al notable interés y acercamiento de Freud al uso de la catarsis como método psicoanalítico, se quedó solo sometido al surgimiento espontáneo de las emociones y sensaciones a través de la inducción hipnótica, al contrario de Reich, que es el primero en vincular la catarsis con la expresión emocional y el cuerpo.:

¹⁵ Figueroa, *Art. cit.*, p. 265.

¹⁶ La homeopatía es una rama de las ciencias médicas y una forma concreta y muy definida de tratamiento. Como herramienta terapéutica, enriquece las opciones que el médico puede ofrecer a sus pacientes. Se basa en el llamado *fenómeno de la similitud* y en la utilización de sustancias medicinales en *pequeñas dosis*. Si una sustancia es capaz de producir determinados síntomas y desórdenes en un individuo sano, cuando se la administra en pequeñas dosis en un sujeto enfermo, desencadena reacciones reguladoras, reparadoras y, en definitiva, curativas, con alivio de los síntomas y corrección de desórdenes *similares* a los que genera en el sujeto sano.

De esta forma, el tratamiento homeopático no trata de restablecer el orden o suprimir las expresiones de la enfermedad de manera directa, sino tiene como objetivo estimular la reacción curativa del enfermo. Esta acción restauradora del orden vital de las pequeñas dosis de sustancias, administradas de acuerdo con el fenómeno de similitud, se verifica en la clínica, con seres humanos, en veterinaria, en plantas, en cultivos y también en modelos experimentales de animales de laboratorio, tejidos o células.

Las primeras investigaciones en homeopatía las efectuó y sus bases fundamentales las estableció el médico e investigador sajón Christian Samuel Hahnemann, a fines del siglo XVIII. Una publicación suya, de 1796, en una reconocida revista médica, se considera como la piedra angular de la homeopatía. Cfr. José E. Eizayaga. ¿En qué consiste la homeopatía? Universidad Maimónides. Departamento de Homeopatía. Disponible en: <http://homeos.org/que-es-la-homeopatia/>

¹⁷ Figueroa, *Art. cit.*, p. 255.

¹⁸ Elías Nandino. La gestión de una heterodoxia sexual. *Revista Boletín Redipe*. Vol. 9. No. 8 (2020), p. 249. Disponible en: <file:///D:/descargas/ojsadmin,+OK.Boletín+9-8+AGOSTO-comprimido-244-257.pdf>

Con Reich afloran varios aspectos fundamentales, tanto para la catarsis como para el psicoanálisis: la verbalización —el lenguaje— como herramienta en la generación de emociones y sentimientos; una diferenciación entre las emociones y los sentimientos: se podría decir que los primeros son genéricos, pues corresponden al común de las expresiones humanas, tales como el llanto, la risa, la ira, etc., mientras que los segundos son particulares y se encuentran directamente vinculados con las experiencias individuales, ya fuesen conscientes o inconscientes; la adecuada verbalización de la experiencia emocional permite una asociación interna con la experiencia causante. De esta forma se produce una reactivación histórica que permite identificar el evento pasado y, por tanto, sanarlo; la acción de la catarsis en la psicoterapia puede resumirse como la experimentación y descarga de intensos afectos reprimidos; en la catarsis se reviven las experiencias en el aquí y el ahora, al tiempo que se expulsan de forma definitiva.

LA CATARSIS Y LA NARRACIÓN

Además del psicoanálisis, también la medicina ha utilizado a la catarsis como herramienta para obtener alivio y, en algunas situaciones, cura a muchas enfermedades; es una práctica que se ha extendido particularmente en la oncología y la salud mental, así como en diferentes intervenciones psicoterapéuticas; sin embargo, adicional a la verbalización, en particular la medicina ha utilizado la narración escrita en pacientes con distintas afecciones graves y que han terminado por ser determinantes en el rumbo de sus vidas.

Al respecto, González-Rodríguez, *et al.* afirman:

La enfermedad es una experiencia traumática llena de incertidumbres que pone a prueba nuestras estrategias de afrontamiento de la adversidad. Cuando la enfermedad es grave y cargada de premoniciones de sufrimiento, puede llegar a sentirse como un cataclismo emocional ante el que la narración puede revelarse como una ayuda inestimable.¹⁹

De esta forma, como en sus inicios, la catarsis se vincula nuevamente con las afecciones médicas, físicas y vitales e intenta una solución, intenta calmar, aliviar y exorcizar el mal que las genera, al vincularse directamente con la escritura, pues se presenta como un recurso efectivo ante la incertidumbre, la inquietud y la confusión que genera en el ser humano la enfermedad. Si bien la respuesta a la comunicación de la enfermedad en una persona suele ser muy personal y variada, requiere, como en el duelo, de un proceso de asimilación y aceptación, que se ve facilitado debido a la utilización de la escritura, que permite drenar y expresar todo aquello que inquieta e intranquiliza a quien presenta la enfermedad.

Henning Mankell habla del “caos emocional” en el que quedó sumido después de conocer que sufre cáncer: “de repente fue como si la vida se estrechara. Aquella mañana, recién estrenado el año 2014, cuando me dieron el diagnóstico de cáncer, fue como si la vida se encogiera. Escaseaban las ideas, una especie de paisaje desértico se me extendía por dentro, en la cabeza. Puede que no me atreviera a pensar en el futuro. Era territorio incierto, minado. (...) Sufrir un cáncer, es una

¹⁹ González Rodríguez *et al.*, Art. cit., p. 110.

catástrofe en la vida. Sólo después de transcurrido el tiempo sabemos si hemos sido capaces de enfrentarnos a él, de ofrecer resistencia.”²⁰

De forma muy general, existen dos opciones de respuesta del enfermo ante su padecimiento: la primera es “dejarse morir” y afectar poco a poco por la enfermedad hasta cuando logre acabar con su integridad; la segunda es una manifestación de resiliencia,²¹ la decisión de enfrentar la situación, buscar una solución e intentar “dar la pelea”.

En este sentido, evidentemente la escritura no ha mostrado ser una medicina instantánea que salvara a la persona o terminara mágicamente con la enfermedad, pero sí ha mostrado que es un mecanismo de interiorización, reflexión, entendimiento, comprensión de la enfermedad, en primera instancia, y su admisión en la vida como una etapa natural que nada tiene que ver con alguna venganza o castigo que la vida le plantea a la persona en ese momento.

Al respecto, en González Rodríguez et al., se afirma:

Estos procesos requieren, como acompañamiento, a las prácticas médicas naturalmente, el conocimiento de la naturaleza de la enfermedad, la reflexión, la toma de actitud y los mecanismos de eliminación de tensiones y purificación (catarsis). A algunos de ellos, que analizamos en este trabajo, puede contribuir la narración porque escribir es, bajo algunas ópticas, “el enemigo de la muerte” y se ha propuesto que “el relato, la narración, parece ser una reacción natural a la enfermedad y el dolor” y “escribiendo se puede resistir la adversidad, actuar e influir en la historia.”²²

Como ya se mencionaba, la enfermedad y el duelo son quizás dos situaciones caóticas e inesperadas en la vida de una persona o de muchas, que llevan, en primer lugar, a un freno en la normalidad, que atentan contra la rutina, pero, además, contra la planificación a futuro; por eso la primera reacción de una persona ante estas situaciones es la de desolación, pérdida y *shock*. En este sentido, la primera función que cumple la narración es organizar y, si bien la verbalización puede llegar a ser más adecuada y viable en el momento de comunicar las emociones y sentimientos que se mantienen resguardados ante la pérdida o la pesadumbre, la escritura resulta mucho más práctica, puesto que ofrece una ventaja consistente en que se practica en soledad. En este caso, el escritor no necesita o requiere de otro para que pudiera exteriorizar lo que lleva dentro de sí entramado como un nudo; requiere únicamente del enfrentamiento de sí consigo mismo; al respecto González Rodríguez, *et al.*, afirman:

... transferimos nuestras pulsiones, dudas, miedos al papel en un acto catártico con todo el sentido de los tiempos. Leer nuestras dudas, nuestras desdichas, nuestro dolor ante situaciones habituales o inesperadas tiene el efecto terapéutico de la reflexión, el efecto lenitivo de la transferencia de las

²⁰ Ibid., p. 111.

²¹ Resiliencia: capacidad de adaptación de un ser vivo frente a un agente perturbador o un estado o situación adversos. Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*, 2022. Disponible en: <https://dle.rae.es/resiliencia>

²² González Rodríguez, *et al.*, Art. cit., p. 111.

pulsiones, la gratitud de la condescendencia, o la derrota de la furia desatada por lo inevitable e inmodificable.²³

Además de la comprensión y el ordenamiento de algo, que asegura la escritura, también se encuentra la defensa, puesto que puede utilizarse como un dispositivo de protección, en este caso, en particular, la enfermedad, por sus múltiples amenazas, resulta ser muy ofensiva para la vida del ser humano e incluso puede acabar más rápido con la estabilidad emocional de una persona antes que con su estabilidad física, razón por la cual la escritura se plantea como un arma que viabiliza la descripción de lo que está ocurriendo tanto dentro como fuera de una persona, en tanto, al describir con sencillez algo, esto termina por ser familiar y, por tanto, menos peligroso e inofensivo. Siri Hustvedt, en su libro *La mujer temblorosa, o la historia de mis nervios*, citada por Begoña Cantabrana *et al.*, señala: “la curiosidad intelectual sobre cualquier enfermedad que padezcamos surge, sin duda, del deseo de dominarla. Aunque no lograrse curarme, quizás al menos podría empezar a entenderme a mí misma.”²⁴

Entre tanto, respecto a la enfermedad, la escritura también permite desplegar la lucidez de una persona ante la realidad, pues el temor a la pérdida de la misma vida provoca de inmediato la evocación, en principio de todas las memorias y/o razones que puede tener una persona para que deseara seguir viviendo; la escritura, como terapia, permite la recapitulación de los eventos felices y, por tanto, aferrarse a la vida o, al menos, a la lucha por ella. En cuanto al duelo²⁵ y, en particularmente, a la muerte, si bien la escritura puede también desencadenar en la nostalgia, ayuda a valorar lo inaceptable, a fijar la realidad en el presente, a encontrar una despedida que fuese menos dolorosa y mucho más llevadera. Está claro que lograr la recapitulación y materialización de unos recuerdos del espacio infinito y subjetivo de la mente hasta el papel o a la pantalla a través de las palabras requiere de un proceso de alejamiento que, a su vez, viabiliza la práctica de la escritura, como en un ciclo continuo en que la persona se observa, desde fuera de sí y, debido a ello, logra construir una narración sólida y consciente, en la que muchas veces quien se describe desaparece y se reconstruye en el(os) otro(s).

Estos procesos de alejamiento y relato han recibido la denominación de externalización o exteriorización y forman parte de algunos de los abordajes terapéuticos en psicoterapia en los que se “alienta a las personas a objetivar, y a veces, a personificar, los problemas que les resultan abrumadores. En este proceso, el problema se convierte en una entidad separada y, por lo tanto,

²³ Ibid., p. 112.

²⁴ Begoña Cantabrana *et al.* Una literatura de la enfermedad y de la muerte. *Revista de medicina y cine*. Vol. 12. No. 1 (2016), p. 55. Disponible en: <file:///D:/descargas/14264-Texto%20del%20art%C3%ADculo-49903-1-10-20160414.pdf>

²⁵ Se denomina duelo al proceso de adaptación a la nueva realidad que se tiene cuando una persona sufre una pérdida emocional en su vida. El duelo no resulta patológico en sí mismo y tiene unas fases por las que siempre se debe pasar. En este proceso, se deben reajustar las emociones, reestructurar los pensamientos y adaptar las conductas que se han desestabilizado o desajustado con la pérdida y reubicar las nuevas situaciones vitales. Cfr. Centro Manuel Escudero. El duelo por la muerte, pérdida o ruptura. Disponible en: <https://www.manuel-escudero.com/texto-de-videos-psicologia/que-es-el-duelo/>

externa a la persona o relación con las que estaba inicialmente asociado. Así, los problemas habitualmente considerados inherentes a las personas o relaciones, o sus propiedades relativamente fijas, se vuelven menos restrictivos, menos definitivos.”²⁶

Respecto a la psicoterapia, es importante apuntar que la escritura, por su efecto catártico, se vincula con el control de algunas enfermedades mentales, tales como la ansiedad o la depresión, puesto que les permite a las personas sacar a flote sentimientos y emociones profundas antes de que se somatizaran por el cuerpo, al tomar en cuenta que a veces ni los terapeutas, ni las medicinas logran controlar algunos síntomas. En términos generales, según muchos terapeutas y psicólogos, la mayoría de las terapias son narrativas, puesto que se busca, más allá de controlar la sintomatología, erradicar la causa con el fin de que la enfermedad desapareciera o al menos se mitigara; por tanto, es necesario volver sobre las historias que el paciente necesita narrar una y otra vez, historias que provienen de las experiencias personales o ajenas que impactan y que, en algunos casos, traumatizan; en el caso del psicoanálisis, se permite abordar regresivamente a través de la palabra incluso los eventos previos presentes en la niñez o en el vientre materno y que permanecen en el inconsciente; en el caso de las constelaciones familiares,²⁷ la narración puede llegar incluso más allá, para abordar eventos que incluyen una memoria colectiva que subyace resguardada en una información genética familiar, sobre la que el paciente no puede tener una plena consciencia objetiva.

... el escritor peruano Alfredo Bryce Echenique admite que “la forma más eficaz que encontró para enfrentar la depresión fue escribirla porque es preferible la literatura que los ansiolíticos. Los tranquilizantes tienen corto alcance y las novelas te llevan mucho más lejos. Te liberan definitivamente, o casi, y te dejan muy bien equipado para las recaídas.”²⁸

Por su parte,

Manuel Rodríguez Rivero habla de forma elocuente del poder curativo de los libros: “Tengo que decir que aún más eficaz que el inhibidor de la recaptación de serotonina resultó ser la lectura de *Ansiedad* de Scott Stossel (Seix Barral), uno de esos libros repletos de experiencias autobiográficas y erudición blanda que divierten mucho más que los silencios del psicoanalista cuando uno está tendido en el diván, o que 20 prospectos de benzodiacepinas cuando el sujeto ha decidido dar la puerta a la cura de la palabra y medicalizar su angustia (con el consiguiente beneficio de los big pharma).”²⁹

²⁶ Cantabrana *et al.* Art. cit., p. 114.

²⁷ Una Constelación Familiar es un proceso terapéutico que se realiza en grupo y que trabaja sobre la parte más profunda de la conciencia. La teoría sobre la que se basa esta técnica señala que las personas presentan ciertos anclajes negativos inconscientes, que transmiten sentimientos dolorosos y de los cuales a veces no saben desprenderse. Estos anclajes llevan a menudo a reproducir determinados comportamientos o vivir ciertas situaciones negativas de forma repetida, sin que supieran muy bien cómo solucionarlo. Cfr. Marta Guerri. Las Constelaciones Familiares. ¿Qué son y como pueden ayudarnos a desprendernos de sentimientos dolorosos? *PsicoActiva*. (31 mayo, 2021). Disponible en: <https://www.psicoactiva.com/blog/que-son-las-constelaciones-familiares/>

²⁸ González Rodríguez *et al.*, El poder terapéutico de la narración, p. 116-117.

²⁹ Manuel Rodríguez Rivero. Tres historias con psicofármacos. *El país*. (10 octubre, 2014). Disponible en: https://elpais.com/cultura/2014/10/08/babelia/1412782938_175403.html

E igualmente:

Amélie Nothomb, en su *Biografía del hambre*, dice que empezó a escribir de forma profesional para comprender el proceso de consolidación y la liberación de la anorexia que la había llevado al borde de la muerte por inanición, y para reconstruir su cuerpo, “por extraño que parezca, la escritura contribuyó a que así fuera. En primer lugar, era un acto físico: había que superar obstáculos para sacar algo de mí.” Y ese escribir “fue el gran empuje, el miedo regocijante, el deseo que vuelve sin cesar a sus raíces, la necesidad voluptuosa.” Escribiendo es como logra volver a “reconstruirse” y volver a coger peso y abandonar actitudes autolíticas, y declara que su obra es “una verdadera confesión, un intento de sacar de mis experiencias más íntimas recursos para nuestra comprensión de lo que le ha ocurrido, y para una comprensión moral del proceso.” En un proceso análogo, recuperación de la anorexia, Laure, la protagonista de *Días sin hambre*, recurre al acto físico de escribir como terapia de recuperación: “Laure escribe. Por las mañanas, a menudo. Escribe sobre esa mujer con su bata polar, malintencionada y chismosa, y los otros, sus compañeros de recuperación. Transcribe conversaciones, anécdotas, hechos sin importancia que observa cuando vaga por los pasillos, o desde su cama, cuando está la puerta abierta.”³⁰

Ahora bien, tanto en la enfermedad mental y física, como en el duelo, es necesario apuntar que, si bien la narración debe tender por naturalidad hacia la ficción y, por tanto, como ya se mencionaba requiere de un proceso de exteriorización en que el autor se halla y se ubica más que como protagonista como un espectador que cuenta y detalla lo que le está pasando a aquel que lleva en sí el padecimiento, el proceso de la escritura requiere, en primer lugar, de un reconocimiento individual, casi que autobiográfico, puesto que solo de esta forma el proceso catártico puede ser efectivo. Se podría decir, en este sentido, que absolutamente nadie asume la labor de empezar una narración o narrar una historia sin posicionarse antes frente a ella, puesto que, de lo contrario, sería un proceso forzado y, por ende, improductivo: quizás algo similar ocurre cuando un pintor decide empezar una obra de arte o cuando un músico compone una canción; el proceso resulta satisfactorio y exitoso solo cuando se siente como un viaje, que es imposible o muy difícil de describir y compartir con otras personas, pero envuelve, emociona y casi que paraliza hasta el cansancio a su creador.

Escribir es un proceso catártico, pues principalmente lleva al borde las emociones de lo que se quiere expresar, transforma las expectativas en sentimientos con los cuales se disputa una batalla, puesto que, ya que va aflorando y se va desarrollando todo el proceso, inevitablemente se descubren fracciones ocultas de la realidad individual con las que no se contaba; por esta razón, en la literatura y en particular en su vinculación con la medicina, la narración comienza por ser privada: se les sugiere a muchos enfermos que comiencen un diario justo cuando comienzan a tener conocimiento de su enfermedad; igualmente muchos escritores novelísticos o poéticos ven su diario más que como una herramienta, como una necesidad para explotar las emociones y también para explotar el lenguaje, que no puede ser más que la materialización de lo que se siente a través del cuerpo; se encuentran así ejemplos que dan cuenta de ello:

³⁰ González Rodríguez *et al.*, *Art. cit.*, p. 117-118.

El efecto purificador de la catarsis se encuentra también en el diario que Juan Gracia Armendáriz escribe mientras espera un trasplante renal: “Este diario (es decir, el hecho de escribir el diario) me limpia por dentro: antes que la reflexión, la simple narración de hechos es un desinfectante, como el azufre que se utilizaba para desalojar a los lobos de sus guaridas.”

Nacho Mirás, periodista y enfermo de cáncer, utilizó su blog personal para comunicarse y afrontar la enfermedad con realidad e ironía. Respecto a la escritura sobre la enfermedad y su papel escribe que “En todo este tiempo la escritura no sólo me ha servido de terapia.” Los lectores le han aportado los “ánimos y cariño que necesitaba para continuar.” También dice que su libro y su blog son una historia de superación y supervivencia y que: “escribir me hace bien, y no creo que haga mal a nadie.” Y sobre el objetivo apunta: “llevo medio año tratando de ordenar pensamientos a través de estas memorias sanitarias que son, a la vez, terapia y periodismo en primera persona.” Y a mayor abundamiento insiste: “he comprobado que hablar de estas cosas, ser transparente, me ayuda. Y aunque sólo sea por la necesidad egoísta de liberarme que siento ahora mismo, sirva la confesión como terapia efectiva y, a la vez, barata.” En el fondo, Mirás entabla una lucha por la supervivencia en la que la escritura es su elemento de reflexión, de ordenamiento de los sentimientos y su tabla de salvación intentando, como Mankell, “que la esperanza sea más fuerte que la desesperanza, porque sin esperanza no hay, en el fondo, supervivencia. Y eso vale tanto para los enfermos de cáncer como para las demás personas.”³¹

Además de la participación en la escritura a través de los diarios, la narración también se ha expresado, según varios autores, como una salvación, un salvavidas que les ha permitido superar eventos particularmente traumáticos, como la muerte temprana de seres queridos por diversas circunstancias, que han implicado desde la enfermedad hasta los accidentes o suicidios.

La muerte, como un evento radicalmente transformador en la vida del hombre, ha sido igualmente un misterio para las generaciones a lo largo del tiempo; su comprensión y su aceptación implican procesos mentales que hasta la actualidad sobrepasan los procesos cognitivos conocidos y estudiados; por este motivo, según diversas culturas antiguas, era motivo de culto y de diversos rituales que buscaban no solo explicar lo inexplicable, sino, además, plantear una resignificación de la pérdida de un ser querido o parte de la comunidad para poder tornarla más llevadera y menos dolorosa.

Si se lo toma en cuenta y que además el proceso natural del duelo lleva consigo la negación como primer paso para su superación, varias culturas han recurrido a la creación de un objeto epistemológico alternativo que reemplace al objeto o sujeto perdido; de aquí surge precisamente la conservación de los muertos a través de las momias y sus respectivas tumbas en Egipto, las calaveras y la celebración del día de los muertos en México, la idea de la reencarnación en las culturas de Oriente, la existencia del cielo y el infierno según el catolicismo y el cristianismo, los fantasmas, las almas en pena y demás, que intentan consolar ante la idea de la pérdida.

Lorenzo Piera Martín, en su texto *La efigie literaria: escritura y duelo*, proporciona un análisis de esta configuración cognitiva en la que el sujeto en duelo trata de establecer una nueva

³¹ Ibid., p. 117.

relación epistemológica con el sujeto y/u objeto perdido a través de la creación de lo que denomina *efigie*,³² pero, desde una perspectiva literaria, puesto que aquello que materialmente puede construirse, también se puede efectuar desde la narración y en particular desde la literatura en que la ficción permite la creación o re-creación de nuevos personajes con características físicas, emocionales, psicológicas y demás iguales o semejantes a las conocidas en alguien en particular.

En el caso particular de la escritura, se trata de darle un nuevo sentido a aquello que se ha perdido, en particular al sujeto que ha muerto; la diferencia con cualquier otra disciplina, ciencia o arte radica en que la literatura parte del lenguaje y el lenguaje responde a la necesidad de dar un sentido y un significado válido a todo aquello observable e inobservable; así, como ya se ha mencionado, la muerte es un evento en la vida del ser humano y, más que ello, es un concepto muy abstracto, que han tratado de explicarlo tanto la medicina como la filosofía, pasando por la historia y la psicología, pero nunca se ha logrado llegar a un entendimiento común y satisfactorio; ante ello, el autor no solo trata de sustituir al sujeto y/u objeto perdido, sino, además, trata de proporcionar una visión propia ante la inquietud general por la muerte.

A propósito de ciertos estados inefables, Metzinger fantasea con un futuro en el que podamos describir la experiencia a través de conceptos neurobiológicos más precisos y fiables que los fenomenológicos, de manera que expresaríamos un cierto tono de verde a través de las dinámicas cerebrales que lo hacen aparecer en nuestra conciencia. Muy probablemente, en ese futuro descrito por Metzinger, seguiríamos teniendo problemas para encontrar la manera de describir neurobiológicamente la percepción de la muerte, pues resulta cada vez más evidente que la muerte no es, precisamente, una cualidad que interpretamos únicamente a partir de la experiencia sensible. Es aquí donde entra el papel de la escritura, y en particular la escritura literaria, en su calidad privilegiada de correlato sólido de la conciencia que dirige su atención hacia un objeto, pues, como bien señala Pierre Ouellet, la escritura permite reducir la información sensible a aquello que afecta a los diferentes estados posibles de nuestra sensibilidad. Ciertamente es que para que un pensamiento sea expresable, éste debe llegar generalmente a un cierto grado de resolución conceptual, y, sin embargo, la enunciación literaria, en su trabajo sobre las capacidades expresivas de la lengua, demuestra ser tremendamente útil a la hora de expresar los merodeos cognitivos previos a la formulación de un pensamiento. Por esto mismo, la escritura literaria resulta ser un espacio de

³² “De esta sutil virtualidad surge la posibilidad de redefinir epistémicamente a la persona fallecida. Así pues, proponemos denominar «efigie» a este nuevo estatus del muerto tal y como lo conciben los sujetos en duelo en los textos que analizamos. La elección de este término pretende recuperar la amplia tradición de los estudios antropológicos en materia de ritos mortuorios, en los que se constata la presencia recurrente a través de las culturas y de las épocas de una representación del difunto en forma de talla de madera o de cera, de muñeca, o incluso de estatua. (...) Las efigies son objeto de diferentes prácticas rituales que de una manera u otra pretenden asegurar la inmortalidad del difunto, y representan la voluntad de un pueblo en la elección del modo en el que quiere recordar a sus muertos. Catherine Lafages, al describir el procedimiento por el cual la efigie estructura ciertas prácticas funerarias de las monarquías medievales, señala muy pertinentemente que la efigie integra al mismo tiempo una realidad que muere y otra que triunfa sobre la muerte, en este caso, el rey fallecido y la realeza inmortal. Y es que a diferencia de cualquier otro tipo de escultura panegírica o de las máscaras mortuorias realizadas en el momento de la muerte, la efigie reenvía por su presencia tanto a la muerte del individuo como a su supervivencia.” Cfr. Lorenzo Piera Martín. La efigie literaria: escritura y duelo. *Humanidades*. No. 6 (2019), p. 161. Disponible en: <https://doi.org/10.25185/6.6>

análisis privilegiado a la hora de desentrañar las ambigüedades que se generan en torno a la gestación de la cualidad de muerto en la conciencia del sujeto en duelo.³³

De esta forma, la creación de la efigie literaria implica, en primera instancia, una separación entre el cuerpo del difunto y su *ser*, su fundamento o personalidad; aquella que no solamente el autor, sino cualquier otra persona que hubiera conocido en vida al sujeto sería capaz de reconocer e identificar. Piera Martín, en su artículo, asegura que, para que esto se pudiera lograr con delicadeza, el autor debe recurrir mucho más que a los simples recuerdos que conserva de la persona que yace muerta, puesto que los recuerdos solo son instantes compartidos, que no muestran más que acciones precisas, pero no logran integrar en conjunto al sujeto y, por tanto, no lo representan.

En segunda instancia, el autor debe reconocer y discernir sus creencias y pensamientos tanto sobre la muerte como sobre la vida, para que pudiera proyectarlos en la obra y así diferenciarse de la efigie que trata de recrear, puesto que muchas veces esta efigie termina por convertirse en el autor, que proyecta solo sus expectativas y deja de lado su relación con el fallecido.

Ahora bien, la relación que existe entre la efigie y la catarsis se halla en que, cuando se intenta resignificar y recrear al sujeto perdido, también se establece un proceso mucho más llevadero; la literatura y la escritura, en particular en este caso, se manifiesta, si bien como una forma de esquivar la realidad, también como una forma de seguir dándole vida a aquello que se asume que ya está muerto.

Algunos autores que pueden ejemplificarlo son: Isabel Allende, escritora chilena, nacida en Perú, con nacionalidad estadounidense, que relata problemas y situaciones personales, familiares y políticas de forma realista y emocional. Según algunos autores y teóricos, la obra de la autora trasciende la autobiografía y se sitúa en un modelo narrativo específico, que se conoce como relato autodiegetico, que se caracteriza principalmente por poner al narrador como el protagonista de la historia que narra, fundamentado por una forma de narración anacrónica, repleta de retrospección o analepsias, que exige la presencia de un narratario. Se observa claramente esta caracterización en *Paula*, texto dirigido desde y hacia su hija (fallecida), quien enfermó gravemente en diciembre de 1991, hasta caer en un coma irreversible.

Esta historia se despliega en memorias y recuerdos hasta los antepasados de la misma Isabel, a través de quienes se configura la historia de una familia chilena que se vio azotada incluso por la dictadura militar de 1973 y el consecuente exilio. Esta historia surge como respuesta al temor inevitable por la posibilidad de la muerte, tras la rara enfermedad de Paula, pero, sobre todo, la posibilidad del olvido tras su despertar, puesto que uno de los riesgos

³³ Piera Martín, Art. cit. p. 159-160.

inevitables de su estado era quedar sin memoria y haberlo olvidado todo. Así, la autora, quien, a su vez, es la madre de Paula, intenta recordar cada instante de la vida de su hija, que suma 28 años; lo atesora en sus palabras con la esperanza, posteriormente fallida, de referírsela a su hija. Igualmente, esta historia resulta la concreción del duelo, intenta purificar y sanar desde lo más profundo la inevitable muerte, pero sobre todo intenta dar posteridad y permanencia a una vida.

Isabel Allende, escribe en “Paula”: “Me vuelco en estas páginas en un intento irracional de vencer mi temor, me doy cuenta que si le doy forma a esta devastación podré ayudarte y ayudarme, el meticuloso ejercicio de la escritura puede ser nuestra salvación. Hace once años escribí una carta a mi abuelo para despedirlo en la muerte, este 8 de enero de 1992 te escribo, Paula, para traerte de nuevo a la vida.” Y continúa: “Ya no escribo para que cuando mi hija despierte no esté tan perdida, porque no despertará, estas páginas no tienen destinatario, Paula nunca podrá leerlas...”³⁴ (González-Rodríguez, Begoña e Hidalgo, 2015, pág. 119).

Esta novela, a su vez, se vincula estrechamente con *Lo que no tiene nombre*, de Piedad Bonet, poetisa, dramaturga, novelista y crítica literaria colombiana que, tras la muerte de su hijo, quien decidió suicidarse en New York tras una ardua lucha emprendida durante años contra su trastorno de esquizofrenia, se propuso retomar la vida de su hijo a partir de esos últimos instantes en que estuvo con vida, pero, sobre todo, a través de sus innumerables obras artísticas, que forman parte no solo de la portada del libro, sino también de su contenido, y que pretenden ilustrar en detalle lo que debió y debe significar para alguien vivir con un trastorno mental de esa magnitud; sin embargo, más allá de la inevitable necesidad de registrar la memoria de su hijo, la autora pretende exteriorizar y exorcizar su duelo a través del recuerdo y el relato.

Dice Piedad Bonet:

“Ahora, pues, he tratado de darle a tu vida, a tu muerte y a mi pena un sentido. Otros levantan monumentos, graban lápidas. Yo he vuelto a parirte, con el mismo dolor, para que vivas un poco más, para que no desaparezcas de la memoria. Y lo he hecho con palabras, porque ellas, que son móviles, que hablan siempre de manera distinta, no petrifican, no hacen las veces de tumba. Son la poca sangre que puedo darte, que puedo darme.”³⁵ (González-Rodríguez, Begoña e Hidalgo, 2015, pág. 119).

Del otro lado del jardín, de Carlos Framb, relata el intento fallido de suicidio del poeta antioqueño, a quien, tras asistir la muerte de su madre debido a la situación de sufrimiento insostenible que padecía, producto de su enfermedad, no solamente lo juzgan por homicidio, sino, además, decide relatar la verdad detrás de la historia entredicha y mal interpretada por todos. Framb perfila con exactitud, a través de sus palabras, la rutina en la que su madre y él se instalaban antes, durante y después de que la existencia de su madre comenzara a ser dolorosa y triste. El suicidio, la religión, Dios, la vida y el moralismo (el bien y el mal), son temas que se entretajan en el relato y que posicionan visiones paralelas, que llenan al lector

³⁴ González Rodríguez *et al.*, Art. cit., p. 119.

³⁵ Ibid.

de reflexión, una reflexión que termina por ofrecer una tendencia personal entre aquello que cada persona haría si se encontrara en la misma situación y aquello que política, religiosa y culturalmente resulta lo “correcto”. Esta historia se presenta al tiempo que, como un homenaje de recuerdo a su madre, también como una forma de revelar sin temor aquello que, por la comprensión moral de los hechos, lo presiona y lo aturde.

El ejercicio de la tentativa de entender la muerte se mezcla con el ejercicio de anticiparla o aceptarla. La muerte se anticipa cuando la enfermedad es persistente en la vida del ser humano y tiene que aceptarse cuando llega de forma sorpresiva o accidental. Cualquiera de las dos situaciones implica un proceso de luto que, se sabe, necesita digerirse con suma paciencia y constancia. Desde la perspectiva científica y medicinal, además de la perspectiva filosófica, la escritura ayuda a disociar, a estimar el sufrimiento y la pena, pero algunas veces inevitablemente también ayuda a sanar, bien fuese desde una óptica física o bien desde una óptica psicológica.

Aceptar la muerte como un accidente ha desembocado en formas de escritura como la de Héctor Abad Faciolince, en su obra *El olvido que seremos*; en ella relata y conmemora, con orgullo y enternecimiento, la vida y obra de su padre, quien resultó asesinado por defender los derechos de los menos favorecidos y por procurar un ambiente de tranquilidad en medio de la hostilidad con la que se conocía a Colombia en los años 80. Todo este relato, no solamente representa el duelo que Héctor Abad sobrellevó incluso desde el mismo momento en que pudo ser consciente de que la vida de su padre se encontraba inevitablemente en riesgo, sino también representa la esperanza y la gratitud, en especial por toda la relación entramada entre ambos y llena de mucha complicidad, relación que aviva el sentimiento de tranquilidad aun después de la partida.

LA CATARSIS Y NOELIA

Noelia ha sido una forma de afirmación personal; producto de una investigación creativa esporádica y natural que se fue acumulando con los años a través de la escritura de cartas, notas, apuntes y demás ejercicios prácticos, pero sobre todo de experiencias caracterizadas por las diferentes relaciones afectivas presentes en la vida de su autora. *Noelia*, a su vez, surge en un momento de soledad, de angustia, de tristeza y de desilusión. Es una luz al final del llano y de la frustración encaminada a encontrar, si no la felicidad, al menos la tranquilidad y, quizás por ello, al menos para su autora, la ficción se asemeja mucho a la realidad. En este sentido, connaturalmente, es un proceso catártico, de transformación y de culminación. Con *Noelia* culminaron también casi tres años de una relación prolongada de encuentros y desencuentros entre dos personas, caracterizados por la peculiaridad, la sencillez, el desenfreno, la impulsividad, el cariño, la amistad y el amor.

Por último, *Noelia* también se entiende como un ejercicio pedagógico, en el que se muestra la eficiencia del uso de la escritura en la sanación; es una prueba fehaciente de su necesidad vital y de su utilidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Abad Faciolince, Héctor. *El olvido que seremos*. Bogotá: Planeta, 2006.
- Allende, Isabel. *Paula*. Disponible en: <http://isabelallende.com/es/book/paula/summary>
- Aristóteles, Moral a Nicómaco, en *Obras de Aristóteles*. Vol. 1. Madrid: Medina y Navarro, 1873. Disponible en: <https://www.filosofia.org/cla/ari/azc01.htm>
- Aristóteles. *La Poética*. Disponible en: https://www.ugr.es/~encinas/Docencia/Aristoteles_Poetica.pdf
- Aristóteles. *Poética*. Edición de www.philosophia.cl/Escuela de Filosofía Universidad ARCIS. Disponible en: <https://www.philosophia.cl/biblioteca/aristoteles/poetica.pdf>
- Bonnett, Piedad. *Lo que no tiene nombre*. Bogotá: Alfaguara, 2013.
- Cantabrana, Begoña *et al.* Una literatura de la enfermedad y de la muerte. *Revista de medicina y cine*. Vol. 12. No. 1 (2016): 47-59. Disponible en: <file:///D:/descargas/14264-Texto%20del%20art%C3%ADculo-49903-1-10-20160414.pdf>
- Castañeda, Isabel. (2009-2010). *La escritura como catarsis*. Disponible en: <https://es.scribd.com/document/371398164/La-Escritura-Como-Catarsis>
- Centro Manuel Escudero. El duelo por la muerte, pérdida o ruptura. Disponible en: <https://www.manuel-escudero.com/texto-de-videos-psicologia/que-es-el-duelo/>
- Eizayaga, José E. ¿En qué consiste la homeopatía? Universidad Maimónides. Departamento de Homeopatía. Disponible en: <http://homeos.org/que-es-la-homeopatia/>
- Figuerola C., Gustavo. Freud, Breuer y Aristóteles: catarsis y el descubrimiento del Edipo. *Revista chilena de neuro-psiquiatría*. Vol. 52. No. 4 (2014): 264-273. Disponible en: https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-92272014000400004
- Flórez, Gloria. Narrar la vida, reto y catarsis a partir de ejercicios en el aula. *Revista de Medicina Narrativa*. Vol. 5, No. 2 (2015-2016).
- Framb, Carlos. *Del otro lado del jardín*. Bogotá: Planeta, 2009.
- Fuentes, Juan Francisco. ¿Crisis interpretativa o interpretación de la crisis? *Dialektika*. Vol. 1, No. 1 (2019): 1-21. Disponible en: <file:///D:/descargas/9-Texto%20del%20art%C3%ADculo-30-1-10-20191116.pdf>

González Rodríguez, Sara *et al.* El poder terapéutico de la narración. *Revista de medicina y cine*. Vol. 12. No. 2 (2016): 110-121. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5642650>

Guerri, Marta. Las Constelaciones Familiares. ¿Qué son y como pueden ayudarnos a desprendernos de sentimientos dolorosos? *PsicoActiva*. (31 mayo, 2021). Disponible en: <https://www.psicoactiva.com/blog/que-son-las-constelaciones-familiares/>

Kwiatkowska, Teresa (comp.). *Humanismo y naturaleza*. México: Plaza y Valdés, 1999. Disponible en: https://www.google.com/search?q=Kwiatkowska+Humanismo+y+naturaleza&sxsrf=ALiCzsaRSYORdO_iUXUBrulfz5ENGZ41FA

Laín Entralgo, Pedro. (1988). *La curación por la palabra en la Antigüedad Clásica*. Madrid: Revista de Occidente, 1958. Disponible en: <file:///D:/descargas/la-curacion-por-la-palabra-en-la-antiguedad-clasica.pdf>

Lozano Vásquez, Andrea. (2013). Trofé y catarsis: sobre la conexión entre poesía y emoción en Platón. *Eidos*. No. 20 (2014): 53-74. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=85430043004>

Nandino, Elías. La gestión de una heterodoxia sexual. *Revista Boletín Redipe*. Vol. 9. No. 8 (2020): 244-257. Disponible en: <file:///D:/descargas/ojsadmin,+OK.BOLETIN+9-8+AGOSTO-comprimido-244-257.pdf>

Piera Martín, Lorenzo. La efigie literaria: escritura y duelo. *Humanidades*. No. 6 (2019): 153-175. Disponible en: <http://www.scielo.edu.uy/pdf/hum/n6/2301-1629-hum-06-153.pdf>

Pizarnik, Alejandra. *Diarios*. Ed. Ana Becció. Disponible en: <https://libroschorcha.files.wordpress.com/2018/01/diarios-alejandra-pizarnik.pdf>

Psicosomático. *fisioonline*. Disponible en: <https://www.fisioterapia-online.com/glosario/psicosomatico>

Real Academia Española. Resiliencia. *Diccionario de la lengua española*, 2022. Disponible en: <https://dle.rae.es/resiliencia>

Rodríguez Rivero, Manuel. Tres historias con psicofármacos. *El país*. (10 octubre, 2014). Disponible en: https://elpais.com/cultura/2014/10/08/babelia/1412782938_175403.html

Valverde, Yaneth. (2014). Lectura y escritura con sentido y significado, como estrategia de pedagógica en la formación de maestros. *Revista Fedumar, Pedagogía y Educación*, Vol. 1, No. 1 (2014): 71-104. Disponible en: https://actiweb.one/educadora_andrea_reyes/archivo6.pdf



NOELIA

Francis Dayana Cornejo Nasner

Ilustraciones : Davetoilustrada

“Tú me recuerdas un poema que no logro recordar, una canción que nunca existió y un lugar al que jamás habría ido.”

Efraim Medina Reyes

“Aspiro a la lucidez, temo no hallarla nunca.”

Alejandra Pizarnik

“Las metáforas son peligrosas. Con las metáforas no se juega. El amor puede surgir de una sola metáfora.”

Milán Kundera

I

... Y aquí me hallo, de viaje en un bus intermunicipal; esquivo el mareo inevitable que sube poco a poco de mi estómago a mi cuello y traspasa los límites de mi boca. Preparo las preguntas que voy a improvisar cuando logre llegar a Noelia.

II

A Noelia la conocí bailando; celebrábamos el nacimiento anual del sol y ella, confundida entre hojas y *raymis*, no se atrevía a saludarme con confianza o curiosidad; ahora mismo, la recuerdo distraída; divagaba entre el sonido y el movimiento, entretenida con sus amigas, arrebatada, saltaba, aullaba, reía, cantaba, loca y cuerda al mismo tiempo.

Mi mirada se había dirigido hacia ella desde el preciso momento en que se sentó a mi lado en el prado medio seco; con la noche cayendo sobre nosotros, sacó de su mochila negra una bolsita rosa de terciopelo con un contenido que yo desconocía; abrió los dos lazos rosados que la amarraban y tomó en la palma de sus manos algo como un puñado verde de alguna planta y se lo llevó a la boca, sin divisar o tan solo precisar con delicadeza o cuidado cada detalle que la rodeaba, incluyéndome a mí. Parecía un tanto diáfana por su mirada y me ignoraba como a cualquier desconocido y no fue sino hasta cuando vio a uno de sus compañeros, amigo mío, sentarse a mi lado, cuando sintió la confianza de recibir una bocanada del cigarrillo que venía ofreciéndole de forma disimulada ya desde hacía un lapso aproximado de una media hora, claro está, con la única intención de obtener información acerca de su vida, su existencia o, al menos, su permanencia en el lugar.

Entonces, como por cortesía o respeto, accedió a responderme qué era aquello que consumía y a compartir un poco conmigo; me dio instrucciones muy precisas acerca de cómo debería ingerirlo; comenzó por explicarme que no era cualquier planta y que mucho menos era para cualquier tipo de persona, pero que la noche ameritaba más de ello que de licor. Sonreí y sentí ganas de abrazarla, pero al instante me detuve de pensamientos inconexos, justo en el momento en que ella se levantó de su puesto, me devolvió el cigarrillo y se marchó hacia donde estaba la luz artificial del recinto; se alejaba con lentitud e intenté preguntarle ya a la distancia a qué lugar iba, con afán, pero ella ya se había ido.

Pensé inmediatamente que “ella era la mujer”, que “ella siempre había sido la mujer” y, sin embargo, no había mucho más que distinguiera de ella, acerca de ella, además de su cabello medio dorado al sol, su camisa con estilo indigenista bordeada con flores de colores, su saco negro tan delgado que por poco la envolvía con el frío, su forma de enrollarse el cabello en la cima de su cabeza para formar algo así como un chongo, sus labios pintados de un café oscuro, sus ojos achinados y la tez de su piel pintada perfectamente de un color ancestral de Pastos o Quillacingas; no sabía nada más y aún quedaba una duda fundamental en mi mente: ¿cuál era su nombre?

Meditabundo, tal vez por el efecto de aquellas extrañas hojas, me hallé aprisionado por la necesidad imperante y obligatoria de saber con certeza quién era aquella mujer, aquella joven y vivaz mujer; entonces, decidí interrogar a mi amigo, casi de forma disimulada, porque él y

yo sabíamos de antemano el riesgo que se corre al preguntar a alguien más por una mujer. Cuestioné a tientas sobre su nombre en medio de la conversación, que apenas comenzaba a tornarse racional.

—Noelia, —me dijo—, se llama Noelia.

Aquellas palabras resultaron ser un imperativo en su voz; entonces, no pude más que salir corriendo en dirección del rastro de su sombra, para tratar de alcanzarla, de encontrarla quizás distraída, para llamar su atención o quizás, en el mejor de los casos, sola, para hacerle compañía.

La plaza donde nos encontrábamos era por demás grande; tenía árboles aromáticos, que rodeaban la tarima central, y caminos empedrados que conducían a todas las direcciones; sin embargo, para aludir a mi buena capacidad de observación y mi sentido detallista, tenía la certeza de que Noelia se había dirigido a los puestos de minutos, cigarrillos y chicles. Corrí, entonces, abrumado como un niño perdido que anhela volver a brazos conocidos, pero, a su vez, siente la excitación de esa primera muestra de libertad. Por fin, tras buscarla con la mirada, la hallé de pie, en medio del tumulto que había decidido “parchar” ahí, mientras exhalaba humo de Marlboro, Pielroja o Green o compraba clandestinamente litros de chapil. Estaba con una de sus amigas, reía y rumoraba a regañadientes algo así como un inesperado desencuentro, aunque evidentemente su amiga no fijaba del todo su atención en ella, pues perseguía con la mirada otro punto cardinal, de modo que aproveché el momento de mayor descuido para detener su paso con una palabra:

—¡Espera! —Atrevido e irreconocible, me hallé sosteniendo su brazo, con la respuesta de su sonrisa relajada que me decía:

—Voy al baño. —Ante eso, no pude más que sonrojarme y lanzar la pregunta más inconexa, más estúpida, más ilógica de la noche:

—¿Te acompaño? —Se soltó de mi brazo casi estupefacta y desentendida de mi pregunta y se fue con ligereza por uno de los caminos hacia el lugar menos iluminado, se perdió poco a poco de mis ojos, delgada y dócil en medio de la penumbra.

De nuevo, agarré entre mis dedos un cigarrillo, para lograr que se atenuara el hecho con una impresión más opaca, medité en lo sucedido y decidí volver a la tarima donde el ambiente ya estaba mucho más entretenido; esperé que volviera, mientras pude mantener la calma, mientras ni imaginaba tan siquiera llegar a besarla. Luego, fue apareciendo Noelia con su amiga; caminaba muy despacio, sin afán, sin necesidad, y pasó por mi lado nuevamente, sin siquiera determinarme, y se confundió entre la multitud que ahora zapateaba, bailaba, formaba círculos y rondas y montaba improvisadas coreografías. Después de observarla con detenimiento, decidí incorporarme al grupo y bailar.

Ella era libre, irradiaba absoluta desalienación; no se desprendía de su aspecto ningún indicio aparente de alguna especie de sometimiento o esclavitud. Era un ser ideal y materialmente libre y, en esa surreal libertad, la veía que abría los brazos, abrazaba el aire que la rodeaba, movía la cabeza de un lado al otro con lentitud y, también, sin arrebatos, cerraba los ojos y hacía gestos de fervor, de tranquilidad, de saciedad, de alguna sensación celestial e inexplicable, pintada por luces que confundían mi escepticismo, rodeada de muchos matices morados, inverosímiles e irreales, hacía círculos con su cuerpo suspendido en el espacio, permanecía en su puesto y aun así sus pies flotaban y anulaban el suelo que los remarcaba, danzaba alrededor de alguna hoguera etérea, que mi física simpleza no alcanzaba a divisar, zapateaba como si quisiera regir la tierra y fertilizar con sus pasos cada uno de los surcos que se abrían.

Yo fingía que no estaba mirándola, ignorarla, concentrarme únicamente en mis acciones, en los hechos que me responsabilizaban; me limitaba a seguir ordenado los pasos que configuraban sus amigas y bailar copiando el mismo ritmo. Ella, en definitiva, era una entidad aparte; se tornaba sutil, superaba cualquier intento de conexión y prefería la soledad; yo, por mi parte, solo era alguien defectuoso que divagaba entre la incógnita fundamental de ser o no ser; me sentía insuficiente, feliz y triste al mismo tiempo, como si la fortuna hubiera llegado a mí de la noche a la mañana, en cuestión de segundos, y la vida no hubiera tenido el mínimo sentido sino hasta ese momento, pero, también, sentía que ella se alejaba, que la perdía, así que, de nuevo, reaccioné y, apenado por mis impulsos, la tomé de la mano y la atraje con fuerza hacia nosotros, para incorporarla a la multitud, masificarla una vez más, ante lo cual ella, entre molesta y confundida, se dejó llevar por mi mano y comenzó a girar a nuestro compás.

En el centro de la ronda, pusimos una botella que contenía un licor amarillo y que, por demás, me acababa de enterar que era suya; era evidente que le gustaba lo singular. La pusimos justo ahí casi que, en consenso, como punto de referencia de la realidad en medio de esa abrupta alucinación en que se estaba convirtiendo la noche, como para recordar de vez en cuando que debíamos volver del sueño y retornar al instante presente, sin ulterior, sin pasado, sin ilusión.

Tal vez me sobra decir en este momento que éramos felices y que ese fue el primer episodio de plenitud a su lado, hasta cuando el giro a través del cual danzábamos se fragmentó y encontré otra vez a Noelia totalmente dispar con el entorno, agachada en un rincón, en un intento de alcanzar sus zapatos con la punta de los dedos, desequilibrada, mareada, perdida y sin siquiera poder mantener la respiración o la cordura. ¿Qué le había pasado?: me acerqué a ella con precaución, salido de repente del grupo y observé con detenimiento cuál era el problema; resulta que tenía el cordón de su zapato izquierdo desatado y su estado alterado no le permitía remediarlo; había consumido hojas en demasía y ahora eran ella y las hojas, nada más que ella y las hojas. Aunque me sabía ridículo, de inmediato me arrodillé ante ella al estilo isabelino, sopesando al instante la burla de sus amigas, para quienes el acto no era

menos que romántico; me arrodillé sobre una pierna y dejé la otra a su entera disposición o, mejor, a disposición de su pie, y me ofrecí de forma indirecta a amarrarle el cordón.

Su pie no tenía nada de particular; además de estar calzado con un Converse verde, sucio y gastado —en otras palabras, viejo—, a mi parecer combinaba muy bien con su indumentaria; sin embargo, debo reconocer que me sentí muy ignorante ante la extraña forma en que Noelia había acostumbrado amarrar sus cordones y en un momento determinado alcé mi cabeza para encontrar su mirada en la mía y una mínima guía ante mi labor, pero hallé que buscaba a alguien más, con su cabeza muy erguida o tal vez simplemente miraba el espectáculo; en todo caso, se había desentendido de mí. Para tratar de llamar su atención le dije, en un tono algo fuerte, para lograr que bajara su mirada:

—¿Así está bien o más apretado? —Ella agachó la cabeza y desplegó su sonrisa, mientras me observaba y hacía una leve afirmación:

—Así está bien, gracias. —Sentí que, al fin, lograría mi cometido, que conseguiría de ella un beso, pero finita ilusión del tiempo, ahí mismo descubrí que no se interesaba en mí; solo quitó su pie de mi rodilla y se incorporó de nuevo a la masa, por lo que, decepcionado, me levanté y la seguí. Para evitar rendirme del todo, tomé sus manos y comencé a jugar con ellas; intuía que eso era infantil, que girábamos como dos trompos, no podíamos o queríamos detenernos y solo girábamos y girábamos. Así fue por lo que me pareció un largo periodo, hasta que, como si un hecho extraordinario hubiese sucedido, ella se detuvo, me soltó las manos y salió corriendo al lado de su amiga.

Llegué a pensar de nuevo que “ella era”, que “ella siempre había sido la mujer”, pues nadie más en la vida me había abandonado tantas veces en un mismo día, ni siquiera las suficientes como para que mi persistencia sucumbiera por completo. Ella ejercía una especie de hipnotismo misterioso sobre mí, que me enloquecía, que me obsesionaba, que no era capaz de controlar; yo, que siempre había tenido el control de todo lo que me rodeaba y trabajaba en persuadir a la gente para que hicieran lo que yo quería. Ella era más que todo límite conocido; no podía con ella, pero quería hacerlo, quería lograrla, envolverla en mis pensamientos y hacerla presa absoluta de mi mente, cumplir con ella todas mis intenciones, pero al parecer no podía, pues de nuevo escapaba. Necio, me opuse con firmeza a dejar que se fuera; la seguí con la mirada reiteradamente y la encontré viendo hacia la luna llena con los ojos enlagunados, lo que generaba compasión, pues emanaba una inocencia y me hubiera gustado mucho tener la valentía de preguntarle qué le ocurría, pero, malo por naturaleza en consolar a otros seres humanos o de mostrar el mínimo gesto de empatía con alguien más, solo pude invitarla a que siguiera bailando entre saltos y giros; dubitativa, esperó el consejo de su amiga, quien, tras susurrarle algo al oído, la empujó hacia mí.

A partir de entonces, comencé a sentir a Noelia mucho más familiar, por fin una leve conocida que reía a mi lado y conmigo, me abrazaba accidentalmente en medio de su demencia y me

miraba a los ojos ya sin velos ni excusas. Fue una lástima, pero no pasaron diez minutos del éxtasis de los hechos, cuando anunciaron por los micrófonos el fin de la velada. Sonriente, ella no hizo más que volver con sus amigas y unirse a la multitud, que comenzaba a salir del lugar.

Quise despedirme de ella, tan siquiera preguntarle el número de celular, su dirección, su agenda; intenté buscar una brecha en su tiempo para volver a verla, pero me hallé solo, estúpidamente de pie en medio de la plaza, mientras la gente se adelantaba, me empujaba o lanzaba de un lado a otro como cualquier estorbo. De pronto, mi amigo volvió a mi lado y dio un golpecito en mi espalda con su dedo, para invitarme al reencuentro con Noelia.

—Van a la fiesta en el Club Los poetas, ¿vamos? —Le respondí, sin pensarlo:

—¡Vamos!



TUPANANCHISKAMA

Hasta que la vida nos vuelva a encontrar

III

DE LOS APUNTES DE NOELIA

Carta (12-06, en un día de comienzos de año).

Los seres humanos somos un suspiro de realidad, un fragmento de la incognoscible verdad.

Comenzar siendo coherente, en estos casos nunca ha sido posible...

En el principio... era el logos y tú y yo debimos ser solo un reflejo holográfico de ese logos inalcanzable que se encontró en un espacio-tiempo cuántico y relativo infinito; desde entonces, nos hemos estado encontrando durante millones de millones de años, como curvaturas en el espacio, meteoritos fragmentados, agua que cae de las nubes y se convierte en polvo celeste de mi acuario, energía disuelta entre tu pelo y los bucles que te tejen, entre mi cintura que se prolonga en el recuerdo y tu ausencia ahora y una y otra vez... nos conocemos íntimamente desde la nada hasta el innúmero, danzamos juntos como astros por el universo, por la Vía Láctea y alrededor del planeta tierra, como estrellas y cuerpos celestes contemplados por tus antepasados y por mis descendientes.

En algún momento fuimos ideas independientes, alejadas, incongruentes y realizadas en cunas diferentes; sin embargo, siempre convergen en el mismo vértigo de la vida, primero en forma de buitres y de pájaros, luego en forma de panteras, serpientes y lobos y, finalmente, vuelven para ser hojas en el árbol que se encuentra en el extremo opuesto del planeta ... Y ahora veo... tú siempre has sido el viento, yo las raíces que flotan en la holgura del espacio: tan lejos, tan cerca, con el mismo tronco, hacia el mismo destino, pero con distinta dirección, tan desconocidos, tan desencontrados.

.dadivitaler, aruhceh, aremiuq se opmeit le euq lam sonem... res ut ed odreiuqzi odal le aicah adarim al sajirid
y sojo sol sarba odnauc edrat areS

Me gusta verte, encontrarte de cuando en cuando en la calle;
besarte como si el amor hubiera hecho maraña entre nosotros o como si fuera presente permanente, tesorero,
otro tanto, sin devenir. Me gusta encontrarte, porque cada encuentro es una constante despedida.

Noelia

IV

Encontré a Noelia sentada en el andén del Club *Los poetas*; su rostro languidecía ante el candil de la noche que se avivaba de forma aislada a través de los postes de luz alineados a lado y lado de la calle. Su semblante me parecía ahora que no era el mismo que había percibido en la plaza mientras bailábamos y su cuerpo se me manifestaba más delicado y viejo, como transformado en tiernas siluetas aisladas de incertidumbres y años. No me explicaba cómo alguien podía haber cambiado tanto en algunos minutos y, sin embargo, esa transformación profusa y extraña la hacía parecer ante mis ojos mucho más interesante, pero había algo perdido del todo en Noelia: era el entusiasmo que presentía en ella por llegar al lugar antes de haber abandonado la plaza, pues supe rápido por sus amigas que en definitiva ella no entraría a la fiesta, conmovida por una especie de aburrimiento o cansancio; entonces, comencé a sentir que todo el tiempo transcurrido para que lograra llegar por fin a ese momento solo había sido tiempo perdido a su lado, pues era evidente que no lograría mi cometido y Noelia se iría más pronto de lo que había intuido.

Sin más remedio, me senté a su lado y empecé a familiarizarme con su presencia; cada episodio de cercanía con ella no era más que un viaje de regreso a estados de consciencia más sublimes o más lamentables y mi mente, que siempre había sido atrevida y arriesgada, ahora comandaba mi silencio. No pude pronunciar una sola palabra cuando estuve junto a ella, aun cuando toda la noche había intentado alcanzar de su parte al menos respuestas a preguntas solo informativas y me había negado en forma reiterada a dejar que se fuera, con abuso incluso de su confianza y al tomarla del brazo para detenerla en su andanza. Ese silencio profundo e insondable que entonces me invadía solo podía tener un origen: su presencia me apocaba. Aun así, ¿de dónde me venía ese temor ante ella, si ella era un hálito traslucido, dulce, dócil, frágil, tierno, longevo, versado y ecuánime? ¿Qué reservas podía esperar de una niña tan vetusta como ella?

Medité por un lapso indeterminado entre vagas ideas y nociones abstractas en el intento de responderme las preguntas que bombardeaban mi cabeza y llegué a la conclusión casi incomunicable de que ella tenía el poder de comandar mis impulsos y configurar mis temores infantiles y que el desenlace inevitable de todo esto no sería otro que mi extravío. Lo arriesgaba todo sentado a su izquierda, pero estaba dispuesto incluso a perder mi juicio aun si lo único que lograba conseguir era la contigüidad de su cabello liso entre mis manos y su mirada hincada en mí.

Perdido en mis divagaciones, olvidé que la tenía junto a mí y, en consecuencia, lozanamente volvía a perderla. La sentí levantarse de mi lado sin decir una palabra y la vi despedirse de forma ordenada y definitiva de todos los que se hallaban allí; a su turno, se despidió también

de mí, con un beso desinteresado en la mejilla y mi imprudencia, lógica y nada extraordinaria esa noche, por lanzar una pregunta desiderativa:

—¿Por qué te vas? —Ante su respuesta contundente:

—Mañana debo trabajar, —la contestación me planteó una idea mucho más determinante sobre ella; la había desestimado todo el tiempo, pues ella ya no era una niña y, ahora que lo sabía, me gustaba mucho más. Resignado a su infranqueable decisión, no pude más que hacerle una oferta madura:

—¿Quiere que vaya a dejarla hasta su casa?, —pero, lamentablemente, ante mi ilusión de obtener de su parte la primera afirmación esa noche, ella contestó con una tajante negación: —No, gracias; prefiero tomar un taxi, —y de pie ante la imagen de su espalda, que se dirigía por la acera hacia la calle que contenía el confluir de automóviles, la vi marcharse.

Mi impulso encauzó de nuevo mis actos y de inmediato me encontré de pie junto a ella, para acompañarla a que tomara su taxi. Traté de convencerla de que sería mejor si la dejaba en la puerta de su casa, segura y a tiempo para que descansara lo suficiente, pero no parecía que mis palabras la persuadieran y, al contrario de todo ello, mantenía su pensamiento lejos de mis intenciones. Por último, le dije:

—Noelia, ¿podría darme su número de teléfono? —Ante mi petición, ella me respondió bastante contrariada:

—¿Cómo sabe mi nombre?, —y detuvo, con su mano que se alzaba y movía de súbito al viento, el primer taxi que se puso en escena. Dejó fija su mirada en mí y se subió con lentitud. Luego, la vi que se iba poco a poco, montada en un Renault Clío, de placas JBP09E, a las 12:30 de la madrugada de ese viernes. Ella se había quedado con sus hojas verdes y sus labios cafés y yo con su nombre.

V

DE LOS APUNTES DE NOELIA

Carta y fotografías (20-06-2012)

En tiempos de rutina y de desolación pensé que no te ibas a acordar de mí, que no recordarías mi nombre tallado en el cielo entre nubes grises que amenazaban con ser lluvia y tormenta. Pensé que el mar era en sí mismo más fuerte que mi imagen que se desvanecía en el tiempo, para transformarse en años y en olvido. Pensé que la longitud de mi figura, que se resume a una silueta traslúcida de pasado y de errancias, no llegaría a varios kilómetros de distancia y que cuando la mente se dispersa con pulpos, estrellas de mar, algas, conchas, soles más cercanos, imágenes exuberantes y huellas en la arena, nada más existe, sino la belleza natural. Pensé una y miles de veces, mientras estabas en la distancia, que tus ojos solo captaban la presencia de lo visible, de lo real, de lo que tiene una evidencia cognitiva de ser, y que tus manos se habían olvidado del recuerdo de mi piel y de mis humildes facciones humanas. Podría jurarte que le hablé a la noche, mientras no estabas cerca, tan cerca de mí, y le confesé que sabía que no pensarías en mí, para ser como una luna que se escapa en medio de las tinieblas o como una mano sobre otra mano que se incomoda por ser y ya no ser nunca más. Pensé tantas cosas y pensaba a ciencia cierta en lo imposible de que una metáfora de mi nombre quedara grabada en la orilla del mar que busca llevarse de repente hasta sus profundidades lo que en secreto nadie más quiere guardar y que mis pensamientos no podrían ser más ciertos, más veraces, porque hallaban su razón en los pensamientos de tantas otras mentes que me decían con impaciencia: “Es imposible que te piense, si frente a sí tiene al infinito y los astros al alcance de sus manos” y, entonces, ya se había confirmado que mi pensamiento no podría ser más evidente y pensé hasta el preciso momento en que te vi llegar que, mientras estabas lejos, al otro lado del frío, de las montañas y del silencio de mi nombre, en realidad no habías pensado en nada más que en la dicha que se siente dejar que el cuerpo se hundiera en el agua salada con el calor que acariciaba tus mejillas.

Pensé el tiempo no te había alcanzado para pensar al menos una vez en mí, pensé que nunca me pensaste, pero ahora sé que jamás se debe pensar respecto a lo que la mente puede llegar a descifrar en pensamientos diversos.

VI

Toda la noche mi pensamiento estuvo puesto en Noelia; reviví uno a uno los momentos en que la tuve a mi lado esa noche; imaginé que sus palabras afluían hacia mí con desesperación; la imaginé durmiendo en mi cama, enrollados como dos gatos mansos en una noche de junio e intenté recordar su aroma, exasperado; me sentía afligido por mi cordura y me repetía a regañadientes que en el mismo momento en que agitó su mano al viento para tomar el taxi, debí haber perdido el control y debí atraerla hacia mí para robar de sus labios mucho más que un beso.

Ante mi aflicción, mi amigo, quien había detallado cada hecho esa noche, disimulado me facilitó el número de teléfono de ella en un pedazo de papel, pero, aun soportando mi frustración, no me atreví a llamarla, a hablar con ella, a dedicarle una canción antes de que me contestara:

—¡Hola!, —con esa ternura desmedida, o, al menos, enviarle un mensaje en el que fingiera inquietud por su llegada a casa. Preferí mantener la imagen de Noelia ante mí sin ninguna perturbación, mantenerla como un signo en mi mente con el único significante que yo me atrevía a darle o, por lo menos, en lo que restaba de aquella noche.

Al llegar a casa, caí rendido en mi cama y soñé con ella; en mis sueños, la volví a ver bailando en la misma plaza, con la misma música, la misma ropa, los mismos zapatos y la misma sonrisa, pero ahora rodeada de víboras, serpientes de colores de todos los tamaños que se agolpaban a su alrededor y, cómplices, reptaban desde su cabeza hasta los dedos de sus pies, serpientes como personas que la rodeaban sin miedo y sin afán. Pude resumir la cuenta y observé víboras verdes, púrpuras y naranjas que bailaban a cada lado de su cuerpo, se elevaban desde el piso y formaban círculos en torno suyo, mientras ella sostenía en sus manos una melódica morada, la sostenía, pero jamás la tocaba, quizás porque no sabía, quizás porque no quería; aun así, sus manos la mantenían firme contra su pecho en un espacio vacío entre su corazón y su diafragma.

La expresión en su rostro mostraba alguna especie de trance; miraba a algún punto fijo en el horizonte sin siquiera parpadear y movía sus pies en saltitos aquí y allá. De repente, casi que, por un asunto de azar, al fin posó su mirada en mí y señaló con su mano izquierda el abrigo que llevaba puesto; entonces, bajé la mirada en la dirección señalada, justo donde se encontraba el bolsillo, e introduje rápido mi mano; al sacarla, pude observarla llena de hojas verdes, las mismas hojas que Noelia había compartido conmigo aquella noche, de modo que, sin pensarlo, casi de forma automática, las llevé a mi boca y las mastiqué tal como ella lo había enseñado. Aquellas hojas eran de un sabor muy amargo, con una textura bastante peculiar, que se percibía entre la blandura y la sequedad; un olor a hierba seca y fina recién

cortada del prado y esas hojas se deshacían en la boca con la inmediatez de cualquier sustancia efervescente. Sin duda alguna, en mis sueños, el trance delirante de aquella mujer se debía por completo a aquellas hojas verdes y, pues no le bastaba con eso, también quería hacerme parte de aquella prueba frenética; sin embargo, tanto en el sueño como en la realidad reconocía que, con las hojas, el consumo no era simple. Se precisaba elegir un puñado de la cantidad adecuada e introducirlo en la boca; acto seguido, reunir todas las hojas con la punta de la lengua y arrinconarlas en una de las mejillas, donde se masticaban sin afán hasta sentir que aquel característico sabor bajaba por la garganta, momento preciso en el que se dejaba de masticar las hojas y se necesitaba mantenerlas prensadas con los dientes hasta que se acababa toda la sapidez para, por último, escupirlas sin ninguna inhibición. Fue justo en ese instante y ya entrado en el efecto estimulante, cuando la luz del sol, que pegaba extrañamente en mi rostro, me despertó.

Bastante alterado y confundido, me decidí a llamarla, pues quizás presentí aquel sueño como un presagio o una señal que debía descifrar cuanto antes. Agarré mi teléfono y marqué el número que mi amigo me había facilitado; del otro lado, el teléfono timbró una, dos, tres y cuatro veces sin respuesta, hasta cuando sonó la contestadora y colgué. Decidí persistir y marqué de nuevo su número; del otro lado, su teléfono sonó una, dos, tres y cuatro veces más, sin respuesta. Ella no contestó.

Me dispuse a oír una canción triste de Concorde, *Just kiss her*, y recordé al instante que la noche anterior Noelia se había marchado apremiada por su compromiso laboral de la mañana siguiente, de forma que comprendí que, si seguía llamándola, no obtendría respuesta alguna en todo el día, por lo que esperé hasta la noche y la llamé, aunque traté de no parecer un insistente, así que busqué un teléfono diferente, marqué su número una vez más y ahí estaba sonando al otro lado una, dos y tres veces, hasta cuando una voz, entre pueril y madura, contesto:

—¡Aló!

—Hola, Noelia, ¿cómo estás?; ¿me recuerdas?, soy Felipe.

—¿Perdón? Creo que no sé con quién estoy hablando.

—Nos conocimos anoche, Noelia. Te acompañé hasta tu taxi y me despedí de ti.

—Ya te recuerdo, ¿cómo estás? Discúlpame, no sabía que te llamabas Felipe. Mucho gusto, soy Noelia.

—Sé tu nombre desde anoche; no necesitas presentarte por teléfono.

—Lo siento, soy un poco distraída y ahora recuerdo que jamás pregunté tu nombre. Me da gusto recibir tu llamada. Dime...

—Quería saber si te gustaría que saliéramos a tomar algo.

—Discúlpame, pero justo ahora estoy yendo a mi casa y llego aproximadamente en dos horas. Creo que ya será muy tarde para vernos.

—Podría recogerte en mi moto, cuando llegues al terminal.

—Lo siento mucho, pero ando cargada de un montón de cosas y creo que lo mejor sería tomar un taxi.

—¿Estás segura?

—Totalmente

—Entonces, podría invitarte a tomar un café después de que llegues a tu casa, si no estás muy cansada.

—No lo sé. Yo te aviso, ¿vale?

—Pero no sabes mi número de teléfono.

—Es cierto.

—Lláname a este número; no te preocupes.

—Está bien; gracias por llamarme, Felipe.

—Que estés bien, Noelia. —Colgué el teléfono con la total certeza de que ella no volvería a llamarme. Sentí el sudor en mis manos y en todo mi cuerpo, como si de la noche a la mañana me hubiera convertido en el mayor paranoico y temí no volver a oírla. Me preguntaba constantemente si me llamaría y contaba las horas que quedaban esa noche para que llegara de nuevo el día, mientras trataba de generar alguna especie de cálculo verídico del tiempo que superara a toda la ciencia y me diera la razón acerca de mi percepción confusa de lo que ella tardaría en llegar a la ciudad.

Anocheció aún más y Noelia jamás me llamó; no, al menos ese día, y quizás tampoco lo haría en los días por venir; lo que yo no sabía era que Noelia lloraba cada vez que mascaba coca.

VII

DE LOS APUNTES DE NOELIA

Carta, después de Joaquín.

Se sufre por la imposibilidad de tener, aunque tras esa imposibilidad se resguarde la posesión desmedida desde el sin-tiempo. Bastó con hacer de tu nombre normalidad constante y aburrida para ahora tener grabadas en mi memoria imágenes surreales de ti y de mí, caminando descalzos por piedras del río bajo el sol ardiente de julio, sentados en la hierba a la orilla meditando, disipando con la mente las hormigas desesperadas que se abalanzaban sobre nosotros intentando despedazar nuestro ego.

Chapuzones en el agua, buscando llenar de calor el frío, temperando con la lluvia invisible los rayos de luz, vigilando las ondas de color. Me duele tener tu nombre clavado a un costado de mis dientes, asociando tu ausencia con la noche de anoche en que te disfracé de recuerdo y de olvido.

No comprendo todavía cómo todo pasó tan rápido y busco mil excusas para seguir viviendo en el pasado, pero sé que nunca nada fue real. Solo fue una repetición compulsiva de todos los eventos que desechas con alguien, con algunas mujeres más.

Una más que ha mirado las estrellas abrazada bajo tu abrazo, una más con quien desorbitas la noche tomando una cerveza, una más con quien caminas por enredaderas naturales y ves pasar estrellas fugaces. Una más con quien has sido feliz quizás por uno o dos lapsos de tiempo precisos, aunque yo me imagine otra vida contigo, siendo totalmente feliz.

Fui contigo el desorden y el riesgo y te he querido como se debe de querer al Karma y al abismo.

¿Te acuerdas de Joaquín?

VIII

Logré un beso de Noelia la noche en que estábamos tomando agua de panela con quesillo, hervidos con chapil y comiendo pan de piso con mermelada.

Noelia me llamó dos semanas después de haber comenzado a esperar impaciente su llamada. Había oído ya tanta música triste, que tenía una lista de reproducción con su nombre y no dejaba de hablarle de ella a mis amigos, a mis fantasmas y a todas las soledades reunidas entre muchas noches de copas y borracheras. No había más mujeres que me llenaran, no había ojos ni rasgos indígenas que semejaran los suyos en toda la ciudad y recorría las calles de mi casa a la plaza donde la conocí todos los días, en todo momento, pues intentaba encontrarla para fingir haberlo hecho de casualidad. La resignación estaba ya menguando mi ego y me había decidido a tornarla un recuerdo o el mayor de mis deseos.

Una noche, de repente, sin esperar nada de ella, vi su nombre en la pantalla del teléfono de mi mamá, del que la había llamado la última vez y, cuando contesté su llamada, oí su voz, que me decía:

—Hola, Felipe, ¿quieres salir a tomar algo esta noche?

—Noelia, me encantaría. ¿Dónde nos vemos?

—¿Puedes venir por mí?

—Claro, ¿dónde te recojo?

—Vivo en La Arboleda, ¿conoces? Cuando estés en la esquina del conjunto, me timbras y salgo.

—Está bien. Iré por ti a las ocho, ¿te parece bien?

—Está perfecto; nos vemos, Felipe.

—Adiós, Noelia. —Me arreglé con toda la formalidad del caso; me puse mocasines de color café, un saco de hilo azul con cuello V, un jean negro serio, pero no en exceso, y una camisilla blanca, porque quería que Noelia me viera interesante, diferente, poco convencional; un chico de esos que ya escasean; el único problema era que, en esos días, no me había ido muy bien en el trabajo y no tenía dinero suficiente para invitarla a tomar algo a su medida, de modo que opté por pensar de antemano un Plan B, por si nada funcionaba. Me perfumé y salí en mi moto, directo a su casa; llegué hasta la esquina de su conjunto y le timbré dos veces antes de que ella me contestara y aproveché para ir a la tienda que estaba justo en la esquina para comprar un cigarrillo y calmar con el humo mi ansiedad. No pasaron diez minutos cuando

ella salió del conjunto; llevaba un gorro rosado de lana, el cabello suelto, un jean negro, una camisa indigenista blanca, un saco rosa pastel muy delicado y unos botines de cuero; apenas me miró, de pie junto a la moto, hizo ademán de volver a su casa por un casco y unos guantes para el frío y yo hice seña de esperarla.

A los pocos minutos, ella llegó corriendo, se puso el casco y los guantes, se subió en la moto y me dio instrucciones muy precisas de ir a un lugar un poco más lejos del centro de la ciudad; un café-bar llamado María Mulata.

Dejamos la moto en un parqueadero muy cerca del bar y nos fuimos caminando hasta el sitio; en el camino íbamos hablando de su trabajo, de sus pasatiempos y de mi falta de dinero. Después de caminar unas dos cuadras, por fin llegamos al inquietante sitio; María Mulata era un lugar bastante sutil, con mesas adentro y afuera, ubicado en un jardincito cubierto, donde no entraba el aire helado de la calle y había bastante privacidad; ella prefirió sentarse en el exterior, en un gran sillón; yo me senté frente a ella, para no incomodarla ni tampoco hacer que se sintiera presionada y la miré con detenimiento para detallar aquello que se me había escapado de la mirada la noche cuando la conocí; al instante, una mesera joven se acercó a nosotros y, con su sonrisa de vendedora, nos entregó la carta, encendió una vela en el centro de la mesa y nos sugirió jugar jenga o algún juego de cartas; yo sabía que esa era mi coartada para robarle, por fin, un beso, de forma que la reté a que apostara unas cuantas partidas; Noelia aceptó y pidió ahí mismo una agua de panela con quesillo, pan de piso, mermelada de fresa y mantequilla; nada que contuviera alcohol; yo, por mi parte, pedí un hervido de maracuyá con vodka. Pensé que si no iba a ser yo quien pagara la cuenta, debía dejarle a ella los excesos y la curiosidad.

Llegaron primero las cartas a nuestra mesa y Noelia me enseñó un juego bastante peculiar, donde lo importante era quedarse sin ninguna carta en la mano; un juego de números que me era bastante llevadero, ya que era bueno para los cálculos, de modo que pedí como recompensa un beso; después de cinco partidas y una revancha, con la comida y el trago encima de la mesa, acepté que había perdido con ella.

No sabía que a ella le encantaba el agua de panela y que el pan de piso era como mermelada en sus mejillas. Disfruté verla feliz mientras se deleitaba y disfruté tenerla frente a mí, pero no precisamente por largo tiempo, justo hasta cuando ella quiso conservar una foto de nosotros dos como recuerdo, de modo que me pasé de su lado y me senté junto a ella en el gran sillón; después de tres o cuatro fotos intentando tomar una *selfie* perfecta, Noelia se me acercó impetuosa y me besó.

IX

DE LOS APUNTES DE NOELIA

Carta (23/03/2017)

La vida es un cíclico infortunio afortunado y pasa con desmedida confianza entre aquello que te place y aquello que te desencanta.

De repente, de las hojas de la vida salen charquitos rosados como trémulas caricias que impregnan el alma de significado y son recuerdos venideros y son eventos imprecisos que determinan el tiempo de la existencia. Hay charquitos semejantes que se convierten en familia, otros que se convierten en amigos, otros en soledades apaciguadas y tibias que embriagan los días con colores conjuradores de poderes y algunos que se ocultan en disfraces inesperados o sensaciones pasajeras.

A mi ser le siguen lágrimas que se acumulan en un caminito estrecho de temores infantiles y dudas antiguas; tengo imágenes como imposibles sueños lúgubres que alguna vez fueron, pero que jamás serán de nuevo; a tu nombre le guardo en mi caminito estrecho una piedrita que recogí y conservo en mi bolsillo como resguardada por soldados invisibles que solo disparan nostalgia. De todas, esta piedra era la más sincera, pura e inocente, con un verde incipiente y un brillo viajero que no pudo de mi ropa resistirse y saltar directo hacia el vacío y lo desconocido.

[MI MUSA-AYAX]

¿A dónde esta piedra ha de rodar? ¿A dónde ha de rodar, si de tus manos es camino que se abre en medio del otro camino?

Mi alma te quiere, no en posesión horizontal de un yo —→ tú, sino más bien en una conversación dialéctica y pausada de tu ser con el mío que, cuando se miran, se deshacen.

Al unísono de tus labios, mezcla de tus sueños y tus fantasmas, se posan los míos en la distancia y te dibujan marcos del rosa natural de mis días y el negro de tu ausencia tan cercana.

Hay piedritas preciosas en el camino que no son piedras, que masajean los pies cansados y se van volviendo cristales luminosos y sagrados, sanadores y benditos.

X

Después del beso, Noelia pagó la cuenta sin decirme nada. Me sentí halagado y avergonzado al mismo tiempo; ella, en efecto, era la mujer perfecta. No tenía reclamo alguno ante la coincidencia de haberla encontrado, pero ojalá, al menos aquel día, hubiera tenido el dinero suficiente para que fuera yo quien la invitara.

Salimos del lugar, tomados del brazo como dos extraños que, de repente, se habían convertido en los mejores amigos; atravesamos las calles caminando y hablando de su vida, llegamos hasta el parqueadero donde habíamos dejado la moto y salimos rumbo a su casa.

Subidos en mi moto, rodamos; el camino fue un silencio encantador y el viaje ya no parecía ser el primero ni el último. Por alguna extraña razón, justo antes de que la salida de esa noche concluyera, ella comenzó a hablarme de las películas que más le gustaban; así, además, esa noche descubrí que Noelia era una amante del arte, de todo tipo de arte y que con ella las charlas nunca eran aburridas; sin embargo, también las diferencias entre ambos se percibían abismales, pues la oía atento, pero entre más la oía parecía que no alcanzaba a comprender con claridad todo lo que me decía. Precisamente, me habló de una película vieja, “clásica”, como ella lo diría; se trataba de la historia de un hombre y de una mujer que nunca habían podido establecer una relación estable, que siempre estaban lejos el uno del otro; que se querían mucho, pero que jamás tuvieron el tiempo suficiente para demostrárselo sinceramente; una relación que había comenzado siendo una amistad, pero había terminado con un hijo y una muerte definitiva; se trataba de *Forrest Gump*.

Al fin, llegamos a la esquina de su conjunto; ahí, ella se bajó de la moto, me agradeció con un beso en la mejilla y, al despedirse, me dijo que ella era Jenny y que yo debía correr como Forrest. Y, entonces, le obedecí y, sin tener piernas para correr, encendí mi moto y me fui.

Cuando llegué a mi casa, me sentía confundido y apenado, pues sentía que la quería, pero no la merecía. Al instante, recibí un mensaje en mi celular, en el que afirmaba que se había estremecido con nuestro encuentro y de nuevo me agradecía por haberla hecho sentir tan bien, después de tanto tiempo en que no había podido sonreír. No alcanzaba a entender el final del mensaje, pero, con el tiempo, me iba a enterar que a Noelia la divertía la tristeza, la conmovían de alegría sus propias lágrimas y buscaba deprimirse todo el tiempo, aunque sonreía de dicha o gemía de placer a regañadientes en las noches.

Después de ese encuentro, no volvería a verla o a hablar con ella por un largo tiempo; le escribía para saludarla y mantener con ella una conversación algo duradera, pero a ella parecía que no le importaba o que no tenía tiempo para charlar conmigo; contestaba mis mensajes de manera cortante y bastante educada para no dar lugar a algo más personal o

comprometedor. Aun así, fui enterándome poco a poco de detalles importantes de su vida, tales como que era profesora desde hacía más de dos años; que le gustaban los niños, pero que jamás tendría sus propios hijos; que amaba los animales y, por eso, era vegetariana desde hacía más de ocho años; que vivía con toda su familia, pero que era lo que más odiaba; que su sueño era viajar a China y vivir allí el tiempo suficiente para olvidarse del temor a su soledad; que tenía solamente una mejor amiga y un viejo amor, al que nunca había podido corresponder lo suficiente; que no conocía a su padre y que, quizás por eso, todo su carácter se lo debía a su madre; que le gustaba pintar, leer y escribir.

Comprendí, debido a todas esas novedades, que ella mantenía una vida ocupada, muy parecida a la mía; que casi no tenía tiempo para distraerse, que debía mantenerse enfocada y que, si no se ocupaba trabajando, jamás conseguiría lo que soñaba; entonces, dejé de inquietarme por insistir en tener su atención todo el tiempo y admiré de lejos el contar con su presencia. Sentía que comenzaba a quererla y que toda su frialdad me motivaba lo suficiente como para alcanzar de ella toda la honda sensatez que requería para que mis días fueran menos aburridos.

Un día, de repente, cuando ya habían pasado cuatro semanas desde nuestro último encuentro, recibí una llamada de ella, tarde en la noche, justo cuando estaba alistándome para dormir, en la que me dijo:

—¿Quieres ir a ver las estrellas conmigo a Daza? —Pensé, de inmediato, en que hacía frío, que tendría que volver a vestirme lo suficientemente rápido como para no dejarla esperando y que, además tenía una deuda con ella o, al menos, que debería compensarla por ser toda una dama, al ser una chica tierna y recelosa, de modo que le dije que sí.

Me vestí con lo primero que encontré sobre mi cama, una chaqueta de cuero negra, una camisilla blanca, un jean y los mismos mocasines de nuestro primer encuentro; alisté las llaves de la moto y me puse los guantes y el casco; salí de mi casa sin despedirme de nadie y con la certeza necesaria de que, pese a que mi madre se preguntaba por mi actual desenfreno, no podía evitarlo, pues, aunque no podía entender las constantes necesidades asediantes de Noelia, me sentía obligado a complacer sus deseos, a llevarla donde ella quisiera, darle todo lo que me pidiera, todo con tal de no saberla aciaga, aun sabiendo que la aflicción era su condición más natural.

Recuerdo que era martes y que, al otro día, como acostumbraba, debía ir a trabajar muy temprano en la mañana, de manera que pensaba constantemente en que debería dormir lo suficiente esa noche, pero, también, darle el tiempo idóneo; aciaga contradicción de ese instante, como todas aquellas que sobrevenían mientras intentaba albergarla en mí, aunque estuviera distante.

Llegué a la esquina de su casa, mientras asumía que ese acto se convertiría en una costumbre y que no había límite para mí más allá de ese vértice de la calle que me separaba de ella y su familia, de modo que, después de timbrarle un par de veces, la esperé con impaciencia. Al instante, la divisé que salía de su conjunto, inquieta y alegre, con un pantalón azul claro de sudadera, que supuse debía ser su uniforme de trabajo, una chaqueta negra y unos tenis negros. Se subió en la moto tan rápido como pude sentirla y arranqué de inmediato en dirección a nuestro destino que quizás no se encontraba a más allá de una hora de distancia.

En el camino, la convencí de que se abrazara a mí con fuerza para evitar que sintiera frío y temor por la velocidad; evidentemente, todo ello era una excusa, porque, si bien había logrado que me besara, me hubiera bastado con sentir primero su abrazo para aferrarme con fuerza a ella y prolongar así mi estadía. El viaje transcurrió en silencio, nadie dijo una palabra y, sin embargo, presentía que ella quizás se arrepentía de haberme propuesto esa salida, pues la sentía estremecerse en mi espalda, había comenzado a lloviznar y la misma carretera, que de día parecía serena y segura, de noche era peligrosa y agitada. Al cabo de cuarenta y cinco minutos, llegamos a nuestro destino y parqueamos en cualquier lugar; de todas formas no había más que hierba alta y recién cortada donde fuera que miráramos; nos bajamos de la moto y encendí un cigarrillo para combatir aquel áspero clima, mientras tanto ella estaba con la cabeza alzada, mirando al cielo, fascinada, adormecida y enamorada; al instante, en efecto comprobé que miraba las estrellas, que en absoluto eran estrellas, sino galaxias enteras que danzaban en el cielo, estrellas fugaces, constelaciones que se nos revelaban y señalaban el ojo de Dios que nos cuidaba. Allí me percaté de lo dulce de su espíritu y de la inocencia de sus ojos, sus mansos ojos color caoba profundo que había heredado de sus abuelos y de su piel morena, que sencillamente se aclaraba con la luz de la luna que se proyectaba sobre ella.

Intente abrazarla y mantenerla apacible contra mi pecho, pero recordé que apenas la conocía, que aún no tenía ningún derecho sobre ella y que quizás nunca lo tendría, de modo que me limité a no hacer comentarios y a dejar que el tiempo pasara entre nosotros mientras nos sorprendíamos con imágenes inesperadas; de repente, de la oscuridad del bosque salió un perro, se dirigió hacia ella y se abalanzó sobre su cuerpo como si la conociera desde hacía mucho tiempo, como si le perteneciera o quizás como si en otra vida hubiera sido su familia; se agitó por verla y no se cansaba de batir su cola; ella no pudo resistirse a esa expresión sorpresiva de afecto, le acarició el pelaje, lo sostuvo entre sus brazos tanto tiempo como pudo, lo consintió con tiernas palabras y se olvidó de repente de mi presencia; solo se acordaba de mí para pedirme, de la forma más sutil y más indulgente, que lo lleváramos, que lo subiéramos a la moto y halláramos un espacio en nuestras casas para vivir con él, ante lo cual yo, triste, no podía repetir más que:

—No podemos hacerlo. —Poco a poco fueron pasando las horas hasta que llegó el frío y nos obligó a regresar; montamos nuevamente en la moto y arranqué tan rápido como pude, aun cuando, en la despedida, el perro se negaba a dejarnos partir y Noelia aparentaba que quería

llorar. En el camino, la lluvia comenzó a caer sobre nosotros, nos congelaba los huesos, me imposibilitaba ver el camino; se convirtió en lo menos pertinente de la noche, pero, también, en lo más preciso para lograr mi cometido: ella, ceñida contra mi espalda, con sus piernas y sus pies empapados, temblando de frío, buscando mi abrigo.

Al fin, después de haber sentido que el trayecto se tornaba interminable, logramos llegar a una pizzería; sentía la necesidad y el deseo de retribuirle la cena de aquella noche y de demostrarle que no era lo menos pertinente en su vida, de modo que no solo pude pagar la pizza, sino todo lo que ella quiso. Es necesario decir que salir a comer con ella era algo bastante complicado, pues era vegetariana (como ya lo había mencionado), pero, además, tenía un recelo impresionante por cada una de las cosas que comía, aun cuando fueran solo frutas y vegetales; en algún momento, incluso llegué a pensar que ella tenía algún tipo de obsesión por la comida o que no se consideraba lo suficientemente bonita como para cuidarse tanto con respecto a lo que entraba en su organismo.

Aun así, la llevé al lugar indicado o, al menos, eso pensaba yo, puesto que en ese lugar había una multitud de posibilidades de combinación de los ingredientes, por lo que nuestro encuentro se convirtió en una especie de *reality show* de comida o de curso corto sobre culinaria. Ella comenzó a darme cuenta de todo lo que aparecía en el menú: contaba las calorías, la cantidad de proteínas, las grasas; me hablaba de gluten, de “lactosa *free*”, de maíz dulce y maíz salado, de carbohidratos, vegetales, frutas y condimentos, todo ello para terminar por decir:

—Vámonos, que ya está lloviendo, —sin ordenar absolutamente nada, de modo que, desilusionado por la ignorancia y la torpeza de mis actos, también comencé a ver en ella a una anciana, pues en su carácter selectivo se ocultaba algo de vetustez más que de madurez, pero, aun así, me moría por tenerla conmigo.

La llevé hasta la esquina de su casa, como de costumbre, y se despidió de mí con un beso muy quedito; acercó sus labios a los míos, cerró los ojos y, con sus dedos, cerró los míos.

XI

DE LOS APUNTES DE NOELIA

Carta (22/06/2019)

Michigan, USA, a Pasto, Colombia

Estar aquí sin ti esperando el desmedido tiempo que se arrebata sobre nosotros, pero que no se siente pasar, saber que hace un año bailábamos bajo el nacimiento del sol, de la luna y de la vida y que definitivamente en este momento nada es absolutamente igual, es algo desalentador, pero ciertamente necesario. Me alejé lo suficiente de ti como para borrarte definitivamente de mi memoria y no volver a oír tu nombre en mi cabeza como un eco que no cesa, pero tu nombre no se va. Eres desmedidamente insoportable y atractivo, me gustan los demonios con que cargas y que soportas mientras te quejas de tu trabajo, de tus horarios, de tus compañeros, de tus estudiantes y también de mí.

Somos incomprensibles el uno del otro y, sin embargo, no me es extraño que ahora mismo también pienses en mí, que desees hacer un plan en la noche, quizás salir en un taxi a uno de esos bares en el centro, tomar un par de cocteles improvisados que solo esa ciudad tiene, perdernos hablando de lo que sentimos y de lo que quisiéramos, sentirnos tan enamorados, dormir juntos, abrazarnos en la noche, besarnos y hacer el amor para sentir al siguiente día que definitivamente no nos toleramos, que quisiéramos nunca habernos conocido.

Ayer recibí tu mensaje mientras estaba en Walmart intentando robar señal de Wifi y sentirme cómoda con la energía que se aborrece en el ambiente, con el lenguaje abrumador de un país lleno de mentiras, de caras hipócritas, de sentimentalismos inconclusos, de materialismo que vuelve las intenciones en máscaras de egoísmo y egocentrismo, de apariencias similares y nada interesantes, pero de ti no recibí un audio de voz, ninguna llamada y ninguna señal de sinceridad, entonces pensé inmediatamente después que este país sería el ideal para ti, que tú estarías feliz de estar rodeado de este tipo de personas, porque definitivamente tú eres como ellos, estás lleno de disfraces, de falsas intenciones, alientas a los demás con tus mentiras y te sientes feliz con la tecnología que reemplaza emociones y sentimientos por comandos y por operaciones básicas de supervivencia, estarías feliz y aunque no entendieras una mierda sentirías un patriotismo inigualable. Ahora, estando aquí no solo conozco y reconozco a los americanos, también te reconozco a ti y comprendo quién eres, comprendo por qué todo el tiempo llenas tu corazón con tanto rencor; eres tan frío como el invierno en New York y tan seco como el desierto en Arizona y aun así no tienes nada que ofrecer, ni siquiera lo realmente importante, que es el dinero.

Malas palabras, mala energía, risas odiosas y pensamientos sobrecargados de capitalismo me rodean, ojalá pudiera decirte cuánto odio este país y también cuánta necesidad tengo de estar aquí y ganar el dinero necesario para irme a vivir con Sabbat y con Matías, decirte también que aborrezco a esta gente hablándote todo el tiempo, intentando meterse en tu vida, intentando saber todo de ti y todo de todos, multitud de chismes y de comentarios sobre todo, nada de paz en este ambiente, nada de silencio que prevalezca, por donde seas capaz de mirar aquí lo único que puedes encontrar en un ruido insoportable y qué bueno es tener las palabras para dejar vivir los pensamientos de manera inacabable.

Finalmente... te extraño, pero qué bueno que no viniste, porque seguramente ya habrías renunciado; tu corazón aparenta mucha fuerza, pero en el fondo tu alma es de débiles y tu espíritu de cobarde... Todo esto para decirte que, después de todo, prefiero despedirme de ti y que, al volver, espero que los efectos secundarios de toda oración hayan terminado sobre ti para no volver a oírte comentar sobre tu persona ideal.

Noelia

XII

Noelia viajaba cada fin de semana a trabajar a un municipio diferente del Departamento; dictaba clases de Lectura Crítica por ocho horas continuas a estudiantes que se estaban preparando para ingresar a la Universidad y, a pesar de ser una especialista en su propia nutrición, cada vez que tenía este trajín de su trabajo, su alimentación terminaba por convertirse en un desastre, de ahí la razón por la cual, más tarde me enteraría, sufría de hipoglicemia y, también, de migraña; se desmayaba cuando comía a deshoras y perdía el apetito cuando sufría de vértigo.

Ese día, como era habitual, ella se fue muy temprano en la madrugada, sin decirme nada; agarró la maleta con sus libros, sus marcadores de tablero, sus listas de asistencia y su video beam y viajó en una camioneta de Transipiales para el Tablón de Gómez, un municipio situado a 62 kilómetros de San Juan de Pasto, de clima caliente, vías destapadas, una escuela, una iglesia, una plaza central y varias cantinas y billares alrededor.

¡Claro está que no hubiera sabido nada de esto, a no ser por la extraña llamada que recibí al mediodía, una llamada suplicante y confusa!...

—¡Noelia!, —le gritaban—, ¡Noelia!, —le decían, y Noelia no respondía...

Un silencio prolongado desde el otro lado del teléfono, con interrupciones anormales, con respiraciones entrecortadas, con una multitud de susurros y de gritos inesperados y la expectativa casi interminable, hasta cuando, de repente, alguien del otro lado del teléfono accedió a decirme:

—Si es usted un familiar de la profesora Noelia, le informamos que ella necesita atención médica de manera inmediata; se desvaneció en medio de su clase y sus estudiantes lograron traerla hasta la enfermería del colegio, pero no podemos llevarla al hospital, porque no sabemos mucho de ella. Como usted sabe, ella solo viene a dar quince horas de clase a la semana, de un curso que el colegio de manera particular ha decidido pagar a sus estudiantes; de manera que no somos mayormente responsables por su estado de salud. Le solicitamos que venga a recogerla lo más pronto posible, puesto que lleva casi media hora inconsciente; entreabre los ojos cada cinco minutos, pero vuelve a cerrarlos al instante. —Cinco minutos de una llamada, desde un lugar desconocido, de una persona desconocida, acerca de una persona que ni siquiera quería conocerme, para terminar por dejar tirado mi trabajo esa tarde de sábado, expuesto al desempleo y al enojo de Noelia, por presentarme ante ella como un auxilio que quizás jamás había solicitado.

—¿Dónde se encuentra ella?, —pregunté.

—Se encuentra en la Escuela Rural Mixta del Tablón de Gómez.

—Y yo me encuentro en Pasto, señorita, a casi tres ho...

—Venga por ella o tendremos que dejarla a su suerte.

—Está bien, voy para allá. —Me despedí de mi cliente, a medio convencer de la compra de un seguro, agarré mi moto y salí camino a las afueras de la ciudad; los papeles se habían vencido un mes atrás y me exponía a que el tránsito me multara o me quitara el único transporte con que contaba para salvar la vida de Noelia y la mía; olvidé el límite de velocidad al instante; mi mente atrofiada iba en automático entre acelerar, frenar, meter un cambio y pensarla: ¿qué pudo haberle pasado?, ¿por qué llevaba inconsciente tanto tiempo?, ¿en qué momento se fue tan lejos de la ciudad?, ¿por qué no me había dicho nada?, ¿con quién estaría en ese momento?, ¿quién estaría cuidando de ella?, ¿estarían cuidándola bien?, ¿sería algo grave?, ¿necesitaría hospitalización? y, por último... ¿por dónde quedaba el Tablón de Gómez?, mientras me daba cuenta que había una honda maquinación, extraña, muy oscura, casi enferma, casi psiquiátrica, casi irreconocible en mi ser, que me obligaba a olvidarme de mí mismo por complacerla, por querer tenerla viva, por verla respirando, caminar, con los ojos abiertos, con las mejillas heladas, vestida con atuendos tan desemejantes que parecía que representaran algunas veces personajes de cuentos, otras animales salvajes y otras mascotas caseras. Me acababa de dar cuenta que ya hacía mucho había perdido la cordura respecto a ella y que lo peor de todo era que ahora todo el mundo lo sabía, para obsesionar mi cabeza con esas tres palabras: *todo el mundo, todo el mundo...* ¡Sí!, ya *todo el mundo* lo sabía.

Llegué hasta el Tablón, preguntando en el camino por el camino mismo; el límite de velocidad permitido en las afueras de la ciudad siempre había sido de 60 km/h y en situaciones muy extremas podía llegar hasta los 80, pero sentía que mi situación había pasado de ser extrema a ser desorbitada, había excedido los límites de la normalidad misma, ya no marchaba sobre los confines de la carretera, sino levitaba con pensamientos abrumadores en mi cabeza y un solo nombre: Noelia.

La vía hasta el Tablón de Gómez, entre otras cosas, era bastante accidentada e indefinida; desde Pasto hasta Buesaco era una mezcla interminable de curvas, saltos, fragmentos despavimentados y cúmulos de piedras pequeñas que llevaban a que resbalara fácilmente una moto o un carro, pero desde allí hasta el Tablón las cosas eran aún más complicadas; un desvío por una calzada destruida, llena de polvo, huecos y enmendaduras, solitaria, con caseríos pobres y mal contruidos a sus alrededores, rodeado por árboles de mango, naranja y limón que, de cuando en cuando, caían al piso y rodaban minando la carretera, esto sin contar con las historias rurales que se habían conformado en el pueblo desde tiempos de la violencia en Colombia: persecuciones inesperadas de “mulas”, de narcotraficantes, de campesinos que habían hecho alianzas con la guerrilla y no habían pagado “la vacuna”, de

mujeres a las que trataban como mercancía, de niños desplazados de sus casas o que habían perdido a sus familias por culpa del negocio de la coca, y es que un clima tropical, “perfecto” —como suele decirse— no podía sino traer consigo maleficios; nada es gratis en la vida —dice el dicho— y, en efecto, no era gratis el olor del café recién recolectado que se sentía desde la entrada de la vía; tampoco era gratis el calor que sacudía mis piernas a medida que avanzaba, ni era gratis el haberme encontrado con una familia que iba camino hacia el mismo lugar y que, desde su camioneta Mazda B2200 modelo 1996, me vigilaba y me animaba para que peleara contra los abismos que se dibujaban entre curva y curva de la montaña. Por fin, después de una hora y media de travesía, logré llegar al pueblo anhelado; divisé desde la entrada unas doscientas casas construidas de manera ascendiente, un CAI y una piscina clausurada por falta de mantenimiento y, en el centro del pueblo, una plaza con pocas bancas, limpia, llena de árboles y acompañada por una iglesia.

Avanzaba y no lograba sino encontrar casas y más casas, unas con negocios muy rudimentarios de ropa, de zapatos, de comida, o tienditas que ofrecían lo necesario, ni un solo supermercado, ni una sola intervención industrial, ni una sola multinacional; el aire limpio y el licor en las esquinas, en espera del fin de la jornada laboral; tampoco lograba encontrar la escuela ni el hospital; este parecía un pueblo dominado por el olvido; se había quedado en los años en los que la medicina natural curaba todos los males y la educación era un riesgo innecesario, porque todo lo que se necesitaba saber se aprendía en la casa. Sin más remedio, recurrí al viejo refrán: “Preguntando se llega a Roma” y, de hecho, pregunté. Me dieron las indicaciones precisas para llegar a la escuela, que se encontraba oculta, junto a un llano grande, donde se alimentaban caballos y donde, también, los estudiantes se reunían a fumar marihuana después de escaparse de sus clases.

Di dos golpes en el portón grande de la entrada y salieron a responder dos profesores mayores, uno gordo, de aproximadamente 48 años, y el otro muy joven, con acento paísa; pregunté por Noelia e inicialmente su gesto de desconocimiento me dejó desalentado y confundido; no sabían nada de ella, ni siquiera habían oído su nombre una sola vez en la escuela; sin embargo, bastó con describir en detalle su figura y su aura para recibir una afirmación inmediata; ella seguía inconsciente en el aula en la que debía dar clases y sus alumnos la rodeaban, con indicaciones precisas de no mover nada, de no tocarla y de no obligarla a volver en sí. De seguro, mi gesto, al saber información tan inconexa, tan ridícula, tan inhumana, debió ser excesivo para estos profesores, a quienes empujé de inmediato al interior del recinto, sin pensar en las consecuencias; fui en busca de ella salón por salón desesperado, con un nudo en la garganta, con ganas de gritar, de insultar a las personas que se encontraban presentes por toda su negligencia, pero no hice más que callar y caminar tocando una a una en las puertas hasta que, al fin, la encontré y, claro, estaba en el piso, inconsciente; tenía un pantalón de jean y una camisa azul de flores, que la hacía ver sombría en combinación con su rostro pálido y adormecido; la levanté entre mis brazos e intenté despertarla:

—Noelia, —le decía—, Noelia, —le gritaba—, Noelia, —le susurre al oído, casi entre lágrimas y ella no reaccionaba. Tomé su pulso, sentí su ritmo cardíaco e intenté darle respiración boca a boca, pero nada funcionaba. Por demás, la escena parecía sacada de una telenovela: dramática y algo erótica.

—Noelia, —le dije, al fin, y la abracé con fuerza contra mi pecho, poniendo su mejilla junto a la mía, mientras sentía su cuerpo helado, frágil, diminuto. Y ella ni se movía.

De forma inesperada, una voz, en medio del recinto, se acercó con un pañuelo blanco en su mano y un recipiente, que parecía ser una mezcla de alcohol y agua oxigenada, y me dijo:

—Intente poniendo esto en su nariz, —mientras remojaba lentamente el pañuelo y me lo entregaba. Le puse el pañuelo sobre la nariz con la esperanza de que algo tan elemental al menos funcionara, lo sostuve contra sus fosas nasales por varios minutos, como quien mantiene intacta la esperanza y se aferra ciegamente a la fe:

—Al menos tiene pulso, —me decía entre dientes, en el intento de no perder a la única mujer que me había provocado a tomar riesgos innecesarios. Mantuve el pañuelo presionado un par de veces sobre su rostro e intentaba empapararlo cada vez más, pues pensaba que el problema seguramente era la escasa cantidad de líquido sobre él; intenté apartar a los estudiantes de su alrededor, para lograr que el aire circulara y llegara en mayor cantidad hasta sus pulmones o hasta su cerebro (si es que ese era el problema); por un tiempo, dejé de ser vendedor de seguros y me convertí en médico y, sin embargo, no sabía lo que ella tenía y mucho menos sabía cómo curarla.

Después de estar casi al límite de perder la ilusión, después de haber vuelto a ser creyente nuevamente, de rogarle a Dios por ver una vez más su mirada palpitante y voraz dirigida con rabia hacia mí por estar ahí, después de quedarme casi solo en el salón de clases en el intento de reanimarla, porque ya todos se habían apartado con la certeza de lo imposible, después de estar casi expuesto a que me sacaran incluso del colegio, después de haber pausado las clases casi por media jornada, después de no querer llorar por temor a la vergüenza, después de implorarle que regresara de todas las formas posibles, después de intentar leer a través de sus manos qué le había pasado, después de olvidar por completo cualquier información relevante sobre mi propia existencia, después de cancelar todas las llamadas de mi jefe, quien estaba consternado sin saber nada de mí y que, en el fondo, solo quería que volviera para que siguiera vendiendo sus seguros y aumentando su riqueza, después de indagar en la vida de Noelia y preguntarle a extraños por el nombre de su madre, por su padre, por sus hermanos, por el teléfono de algún familiar o conocido, por su lugar de trabajo, por su afiliación a alguna entidad de salud, por su salario, por sus cuentas pendientes, por sus dolencias, por sus problemas, por sus mentiras, por sus necesidades: ¿tendría hambre?, ¿tendría frío?, ¿estaría soñando?, ¿oíría mi voz?, ¿la reconocería?, ¿sabría que era yo quien la sostenía entre mis brazos?, ¿sabría que era yo quien intentaba sanarla?, ¿qué le había pasado?, ¿volvería?;

después, mucho después de ver que su vida (que no sabía) pasaba ante mis ojos con tanta delicadeza y delicia, después..., al fin despertó.

—Me duele la cabeza y tengo sueño, —me dijo, con los ojos entreabiertos. Intenté, en ese momento, no llorar de la alegría y tratar de explicarle todo (algo que a ciencia cierta ni siquiera yo sabía) de la forma más veraz y menos dramática posible, sin pausas y sin distracciones; entonces, allí, en medio de la conmoción, ella me reconoció y se enojó conmigo, como quien hubiera hecho algo imperdonable:

—¿Qué haces aquí? Sabes que puedo cuidarme sola, que no necesito de alguien que vigile lo que hago. Vete, por favor, —me dijo, con su mirada fija en mí, casi a punto de gritarme.

Y, entonces, no supe cómo explicarle que si estaba allí no era por mera coincidencia o por capricho, que había intentado salvarla y la había salvado y que, en realidad, ella también sabía que ya hacía mucho la había salvado, pero, claro, ella jamás me escucharía; tenía la insensatez de ser necia, de cometer siempre los mismos errores por no escuchar; de ser caprichosa, injusta y hasta maligna, cuando ponía entre sus planes hacer sentir mal a las demás personas, de manera que opté por decirle que lo único que ahora debíamos hacer era irnos, que era tarde y que yo debía volver a trabajar.

—Yo también debo terminar de trabajar, —me respondió, ignorando la situación—, pero me duele mucho la cabeza y siento que no puedo mantener los ojos abiertos.

—Te llevaré a un hospital, pero debemos regresar a Pasto, —le repliqué.

—¿Y mi trabajo? Sabes que no puedo irme así nada más, necesito trabajar.

—Noelia, yo te pagaré las horas que hoy debías trabajar; estoy seguro que tu jefe va a entender; vámonos de aquí, porque los estudiantes necesitan regresar a sus puestos.

—Está bien, —me dijo, entristecida y ensimismada—, vamos.

Mientras salíamos del salón, yo con ella de un brazo, para servirle de apoyo, y ella aún con los ojos entreabiertos, varios muchachos, estudiantes, se acercaron a preguntarle cómo se sentía, a regalarle chocolatinas, galletas y bombones, a pedirle su número para contactarse más adelante con ella, a ofrecerse como sus choferes para llevarla en carro, a pedirle que regresara la siguiente semana para terminar las clases, a preguntarle referencias de libros que criticaran el catolicismo, que pusieran en duda la existencia de Dios, libros que no fueran de Nietzsche, pero que lo tomaran como referencia; a felicitarla por su valentía, a recomendarle plantas, infusiones y remedios naturales, a solicitarle que los mantuviera informados de cualquier evento, a abrazarla entre gritos y sollozos, a despedirse de ella, como si nunca más la fueran a volver a ver y, claro, a decirle que tuviera cuidado conmigo, que parecía peligroso y extraño.

Salimos del colegio y evidentemente ella se encontraba muy afectada, casi se volvía a desmayar por momentos agarrada de mi brazo y el clima, que no era favorable, la enfermaba aún más; sabía que le dolía la cabeza y que si cerraba los ojos con tanta insistencia era porque el sol la obligaba, así que intenté no demorarme mucho en llevarla hasta el lugar donde había parqueado la moto, pero ponía en duda si debía llevarla en el asiento de atrás en esas condiciones, de modo que erróneamente le pregunté:

—Noelia, ¿estás segura que quieres ir en moto conmigo?, —pregunta que se respondió sola:

—¿Acaso quieres que yo maneje? —Arrogante, como ninguna otra mujer en el mundo y hábil para dominar todos mis caracteres imprecisos, pero, al mismo tiempo, tan vulnerable, me llevaba a que me preguntara:

—¿Qué especie de sortilegio me obliga a permanecer con ella? —Me puse el casco y le puse el suyo, me subí a la moto y la encendí rápidamente e intenté ayudarla a subir de la forma más segura; la aferré con sus brazos fuertemente a mi cintura y le advertí que no se durmiera, que si lo hacía iba a golpear su casco con el que yo llevaba en mi cabeza; no sé si logro entenderme, pero interpreté sus onomatopeyas como varias afirmaciones consistentes. Así, con las reglas de juego claras entre los dos, arranqué; esta vez respeté minuciosamente los límites de velocidad de la carretera e intenté llevarla lo más cómoda posible; sin embargo, cada veinte minutos en promedio debía golpear mi casco contra el suyo y evitar que se durmiera, sentía todo su peso recostado sobre mi espalda, demasiado abrigado, su bolso colgando en la parrilla de la moto y su cabeza afligida por su propio peso, pero se mantenía erguida y firme, al menos hasta que le llegaba el sueño e intentaba de nuevo apoderarse de ella.

Otra vez, rumbo a Buesaco, el camino jugaba sus malas pasadas y sentí que perdía el control de la moto en más de una ocasión, dominado por las piedras inesperadas que sembraban el camino y el polvo que lograba traspasar la visera del casco, de forma que, cansado de poner toda la fuerza de mis brazos en el volante, con las piernas adormecidas y con la espalda grávida, me detuve en una cascada oculta en medio de lo que parecía una cueva natural entre las montañas. Bajamos de la moto y, mientras yo estiraba las piernas, en que cada vez más sentía como arañitas que cosquilleaban en las plantas, ella se internó en medio de la frondosidad de la cueva, iba tocando todas las plantas que le salían al encuentro y perseguía los sonidos que venían del manantial que se desbordaba en el fondo de todo; la seguí con mis ojos e intenté no perderla un instante de vista, porque sabía, en el fondo, que si eso sucedía, la pérdida podía ser eterna; de súbito, ella se detuvo y se puso en cuclillas frente a lo que parecía era un laguito; la observé que metía su mano como en una suerte de clímax perfecto; se llevó la mano mojada a la frente, alzó la vista al cielo y respiró, inhaló el aire que llegaba desde arriba de las montañas y lo mantuvo en sus pulmones con los ojos cerrados; después, exhaló con fuerza y su exhalación llamó consigo a las aves que seguramente hacían su nido

a media mañana o buscaban mangos tirados en el camino para alimentar a sus polluelos. Sentí miedo por verla otra vez perdida de la realidad, de modo que me le acerqué, la abracé por la espalda lo más cautamente posible y la levanté del suelo sin que pudiera percatarse de nada, mientras le susurraba dulce al oído:

—Debemos irnos. —De nuevo, montados en la moto, una Pulsar *speed* azul, a 60 km/h, descendimos por la montaña camino a un hospital, mientras observaba con atención el paisaje que olía a una mezcla entre café seco y mango podrido. Nos detuvimos un par de veces a recoger las frutas maduras y tiradas en el piso y las guardamos en su bolso.

Cuando, al fin, llegamos a Buesaco, nos dejamos seducir por los puestos de comida, verduras, bananos y mangos que había en la carretera y lo hicimos no precisamente con la intención de comprar algo, sino de reírnos, porque mientras afuera el precio era exorbitante, en su bolso llevábamos al menos media docena de frutas recién cosechadas y frescas; ella no quiso almorzar, pero sorprendentemente ya se había recuperado por completo, como si el agua del laguito, que no había alcanzado a probar, con cuya agua había alcanzado a humedecer su frente, hubiera sido todo lo que necesitaba y, como para rematar el momento, me sugirió que no fuéramos a ningún hospital, a ninguna casa, no fuéramos a Pasto, sino quedarnos una noche allí, en Buesaco. Allí pensé que la mujer ya no lo era, debía ser un animal herido, un ave desolada, una musa perdida o una hechicera desahuciada, pero peor aún pensé de mí mismo, que ya estaba perdido, que debía ser su víctima desde hacía mucho tiempo, porque, como en otras ocasiones, aun sin un peso en el bolsillo y con mi trabajo, de seguro, perdido, solo pude decirle que sí.

Buesaco es una municipalidad del Departamento de Nariño, aun mucho más grande que el Tablón de Gómez, con un nombre relativo a los buisacos, etnia quillacinga que había vivido allí antes de la llegada de los conquistadores españoles, con un clima perfecto todo el año, una plaza justo en el centro, junto a una vieja iglesita de ladrillo y piedra, nada fuera de lo normal. Sin embargo, quizás lo más interesante de Buesaco no se encuentra precisamente en el pueblo, sino a quince minutos en carro de allí o a cinco minutos en moto: el cañón del Juanambú, lugar oculto entre montañas azules a lo lejos, verdes de cerca y moradas durante la madrugada; una hondonada profunda desdibujada ahí por el tiempo y por la guerra, rodeada por un río cada vez más seco y engalanado con un puente, del que con frecuencia se lanzan los suicidas o los valientes, como por curiosidad o convencimiento. Este lugar cada fin de semana atrae a cientos de personas para que pasaran unas cuantas horas desconectadas de toda comunicación humana y real, donde piscinas naturales y caminos en piedra sanan todo dolor mental. Justo en ese lugar, por una suerte de impulso y de azar, a ella se le ocurrió proponerme que pasáramos una noche, sin celulares, sin internet, sin luz, sin agua caliente, sin comida hecha en casa, sin una cama cómoda, sin cobijas ni almohadas, sin siquiera un techo que nos cubriera de la lluvia, sin más que la misma ropa que llevaba puesta, con la que había ido a buscarla y con la que ella había dictado clase ese día, lo que demostraba que, en

definitiva, ella era toda contradicción, toda falta de costumbre en mi vida; yo, que nunca dormía en un lugar diferente a mi casa, jamás me acostaba sin un mínimo de cinco cobijas sobre mi cuerpo, pasaba una sola noche sin responder a todos los mensajes o llamadas de mi celular o dejaba de cenar balanceado.

Sin embargo, ante aquella contradicción errática de los ojos imperativos que dirigió sobre mí, no pude más que aceptar. Dejamos la moto en un parqueadero sobre el parque natural, compramos un par de empanadas de queso y nos cargamos en la espalda el peso de los mangos y naranjas que habíamos logrado meter en las mochilas a lo largo del camino, bajamos trotando el largo camino destapado hasta la entrada del lugar, pues contábamos solo con una esperanza de que aún estuviera abierto, cuando ya eran las cinco de la tarde, hora de cierre.

De forma inexplicable, evadimos todas las piedras que se fueron perfilando e íbamos poniendo los pies sobre la tierra de tal forma que logramos mantener el equilibrio en medio de la espesura de la tierra seca y de la neblina que comenzaba a caer sobre nosotros. Olvidé mencionar que ella guardaba temores infantiles e incluso irracionales y vivía con ellos en su cuerpo, pero, sobre todo, en su mente, temores que, a veces, no le permitían terminar una acción que había planeado con el mismo empeño que cualquier otro proyecto de vida o desplazarse a lugares con los que siempre había fantaseado; uno de esos temores irracionales se refería a los gatos salvajes, animales aparentemente tiernos, místicos y venerados, pero que a ella solo le generaban inquietud y sensación de peligro; el problema, en realidad, no eran los gatos salvajes, el problema era que ella los veía aun donde no existían, tal como sucedió esa tarde, mientras intercalábamos el trote con la caminata, pero, en este caso, el temor le varió un poco y ya no les tuvo miedo a los gatos salvajes, sino, en realidad, fue a las vacas.

Una vaca se atravesó en nuestro camino de bajada y volví a ver a Noelia paralizada, con la palidez en su rostro que ni siquiera el frío más exagerado hubiera logrado poner; entonces, detuvo su marcha estupefacta y me sugirió que regresáramos, olvidando por completo toda la travesía en la que ya se había convertido el viaje. De manera que me vi obligado a pararme frente a ella, como ante una niñita, a tomar su rostro entre mis dos manos, mirarla a los ojos y convencerla de que a mi lado nada malo le pasaría y que efectivamente aquello solo era una vaca, no un gato salvaje. Sorpresivamente ella confió en mí, la mujer que ya me había demostrado que era recelosa e indiferente por fin me mostraba algunas señales de afecto. Así que la tomé de la mano y la persuadí para que corriera los casi cinco kilómetros que aún nos quedaban hasta la entrada; sentí que su cuerpo temblaba con cada paso y podía oír los gemidos entrecortados en su respiración, mientras sus piernas pequeñas se elevaban entre los matorrales y la arena seca, pero, en menos de lo que habíamos pensado, ya estábamos allí, de pie junto a la entrada, saludando a los vendedores de la taquilla.

—Buenas tardes, jóvenes; les informamos que el parque está a punto de cerrar, de modo que, si no buscan quedarse, tendrán que volver mañana, —nos dijo el empleado del parque.

—¡Claro que nos quedaremos!, —le respondió ella, pero no tenemos una carpa, de manera que ¿podría decirnos qué opciones tenemos?

—¡Claro que sí!; nosotros contamos con servicio de *camping*; la entrada al parque cuesta 8000 pesos, el *camping* 10.000 y, si quieren una colchoneta, \$ 2000 más.

—Está bien, pagamos de una vez, —le replicó y sacó de su cartera un billete de 50.000 y pagó todo, sin preguntarme ni pedirme nada.

—Un momento, —le dije y la alejé de la taquilla—, no es necesario que pagues por todo, no vine hasta aquí para que cargaras con todos los gastos; yo puedo pagar, al menos, mi parte.

—No te preocupes; yo pago las entradas y pagarás la comida hoy y mañana, —y regresó con una sonrisa hasta el empleado, quien tenía la carpa y la colchoneta listas.

—Entonces, síganme, —dijo el empleado, mientras abría la puerta y se adelantaba.

Anduvimos por un camino de piedras, entre árboles y flores de colores; el olor de la hierba húmeda nos iba introduciendo hacia el abrigo de la noche que ya caía; inquieta y con hambre, ella fue corriendo a la única tienda que se encontraba medio abierta y convenció a la vendedora para que no cerrara, mientras yo caminaba en dirección opuesta y trataba de seguir el paso hasta la que sería nuestra casa esa noche; le grité, ya en la distancia, que buscaría el mejor lugar; que la esperaba y que comprara lo que quisiera, que yo le devolvería.

En la tienda, la comida casera ya se había terminado; lo único que había era comida chatarra y mecato, así que Noelia compró papas, plátanos, Chitos y dulces; compró tantos como le alcanzaron en una bolsa negra para guardar la basura y fue en busca de mi rastro. Yo había decidido que debíamos instalarnos en un lugar cubierto por la sombra de un árbol, pues presentía que esa noche llovería y, como por un asunto de azar y de suerte, di con el árbol más grande, ubicado justo detrás de la piscina natural e intenté comenzar a armar la carpa por mi cuenta; entonces, llegó ella, sonriente, aún envuelta en su chaquetón negro y su jean azul de tiro alto, tiró la bolsa negra en el pasto y me ayudó a armar la carpa; luego, metimos la colchoneta y todas las cosas que cargábamos en las manos; ubicamos las cosas más pesadas justo alrededor de la carpa, para evitar que se levantara o que la lluvia lograra entrar en la noche.

Entretanto, la convencí de meternos a la piscina y bañarnos juntos, para aprovechar que el parque estaba vacío y que tendríamos toda la piscina para los dos, pero ella estaba muy cansada, de forma que me propuso algo diferente, algo que ya se estaba volviendo una costumbre entre nosotros: quería ir hasta el lugar del parque donde el cielo se encontrara más

despejado y ver las estrellas; sin pensarlo, acepté. Ella se quitó su chaqueta y se quedó solamente con su camisa morada y su pantalón jean. Salimos de la carpa y nos tomamos de la mano, caminamos bajo la luz de la luna en cuarto creciente y las estrellas, subimos todo el camino de piedra por el que antes habíamos llegado hasta el lugar y encontramos un campo grande, lleno de libélulas, de enredaderas de tallos con flores moradas, amarillas y rosadas y, en lo alto del cielo, las estrellas, muchas más estrellas aún de las que habíamos logrado divisar en nuestra salida a Daza.

Después de mantener la cabeza inclinada hacia atrás por más de diez minutos, intentando contar todas esas luces instaladas en el firmamento y armar con ellas las constelaciones que conocía, dirigí la mirada hacia el rostro de ella y la observé clara; me pareció una diosa ancestral y sentí que la conocía desde hacía mucho tiempo, y quizás no me equivocaba; reconocí en su semblante los rasgos característicos de Quillacingas y Pastos, la belleza de su nariz de luna imperfecta y excelsa, al mismo tiempo; el tono de su piel, entre canela y melado; los lunares situados simétricamente a la altura de su mejilla izquierda; la frente en armonía; los ojos alargados, los labios pálidos, dos redondeles colorados en sus mejillas y el cabello lacio. De hecho, no era bella; era atávica, remota y arcaica. La conocía desde siempre y nunca la había reconocido como ahora con tanta claridad.

Sin poder contener mi sensación de encanto, aturdido por la semejanza de lo ideal con la realidad, saqué de mi bolsillo una bolsita de marihuana, la trillé con mis manos y la envolví en una hoja de maíz, sellé el porro con saliva, lo puse entre mis labios y lo encendí con paciencia. Ella seguía distraída, entre meditaciones y espionajes lejanos, quizás inventaba una historia, narraba en su mente estos hechos y recreaba a su conveniencia mi relato, de modo que no se percató de mis acciones sino hasta cuando alcanzó a percibir el olor a hierba quemada, a dulce natural y afrodisíaco, pero, como ella nunca había sido partidaria de fumar, no me interrumpió ni se alejó al paso, se mantuvo a mi lado, mientras se sostenía como podía de mí, más drogada por la oscuridad y los astros que por cualquier otra sustancia o planta.

Estuvimos de pie y obnubilados hasta cuando sentí que me volvía el efecto natural de su presencia y el temor excitante por ser descubiertos. Cuando decidimos volver a la carpa, a ella le entró una necesidad inexplicable de zambullirse en la piscina, de modo que se quitó la ropa de afán, la lanzó como pudo sobre la colchoneta y entró a la piscina natural con cuidado y con ansia. La noche era cálida y el agua estaba templada y limpia; al fondo, no muy lejos de ahí, se oía que pasaba el río y las libélulas zumbaban con su luz natural en el ambiente oscuro y apartado. Apenas vi que ella introdujo con sutileza sus pies en el agua, con cuidado de no resbalar, únicamente con su ropa interior encima, pude ser testigo por primera vez de la tersura impecable de su cuerpo; era frágil, tenía los senos pequeños, la cintura ceñida a sus caderas anchas, las nalgas firmes y las piernas vigorosas.

Yo, que siempre me habían gustado los cánones de belleza depurados, que había deseado tener entre mis manos dos senos grandes, que había podido entrelazar mis piernas a unas nalgas monumentales, que estaba acostumbrado a pasar mi lengua por vientres planos y espaldas pálidas, me sentí, en pocos minutos, engañado y desperdiciado. La deseé; deseé tener su cuerpo sobre el mío; deseé acariciar con la yema de mis dedos sutilmente sus pezones, rodear su cintura con mis brazos, recostarme junto a ella y nunca dañarla, no exigirle nada, no cambiarla en nada; deseé nadar a su lado y verla cómo se movía cual sirena, secarla con mi lengua y, después, hacerle el amor, hacer el amor con ella.

Tan desarticulada estaba ya mi mente de todos mis sentidos, que parecía que ya no escuchaba, parecía perdido en un trance interminable de sensaciones, tanto que me había contenido de meterme a la piscina y, cuando, al fin, lo hice, me le acerqué e intenté sorprenderla con alguna técnica de natación que no conociera o que pareciera extraña, pero ella solo me ignoraba; se ocupaba únicamente de llenar el espacio en el que se encontraba, se tiraba de espaldas y flotaba con los ojos cerrados; después, giraba bruscamente y nadaba como perrito hacia todas las direcciones, menos hacia mí. Para no parecer tan tonto, imité sus acciones y me alejé de ella, nadando siempre en un costado opuesto de la piscina; permanecimos así hasta cuando ella se sintió cansada y quiso volver a la carpa. Ella estaba temblando de frío y se abrazaba a sí misma en el intento de mantener el calor de su cuerpo. Aun en esas circunstancias, intenté acercarme y abrirla con el calor de mi cuerpo; sin embargo, aún sentía por ella una especie de lejanía y de respeto, de modo que me abstuve de hacerlo y la seguí, como ya se había convertido en un hábito entre nosotros.

Sin escrúpulos ni vergüenza y aprovechando que esa noche éramos los únicos en el área, ella se sacó frente a mí su ropa mojada, quedó desnuda por completo bajo la luz de la luna y colgó sus prendas en una cuerda improvisada, que algún otro visitante había dejado templada entre dos árboles quizás para el mismo propósito. Sentí pena por no tener ropa que ofrecerle y pensé incluso en quedarme esa noche desnudo, con tal de no verla palidecer de frío, pero, como también se había convertido en una costumbre entre nosotros, ella me sorprendió, pues sacó de su maletín un buzo vinotinto largo, que la cubría hasta las piernas, puso su maletín en la cabecera, para simular una almohada, se recostó sobre la colchoneta y se cubrió con el chaquetón negro, para dejar su cabello todo enmarañado y mojado, libre, sobre nuestro piso improvisado. También me saqué la ropa mojada y la colgué junto a la suya, me vestí con la única camiseta que tenía, puse mi bolso como almohada y me recosté junto a ella, quien, motivada por una especie de acto humanitario, compartió conmigo su chaquetón y sorpresivamente me abrazó por la espalda; esa noche dormimos juntos por primera vez, en cucharita, acurrucados. Por alguna extraña razón, esa noche soñé con mi madre y no pude evitar sentirme vulnerable.

Dormimos abrazados y apaciguados; el sonido del río había logrado mecernos y arrullarnos. Habíamos caído rendidos como dos bebés recién nacidos y, al llegar la mañana, las energías

se encontraban renovadas. El parque había comenzado a llenarse y se oían las primeras voces de niños emocionados al ver tanta agua en pocitos recreados; inevitablemente, ella y yo nos despertamos hambrientos y despeinados. Le di los buenos días y pregunté qué quería hacer esa mañana, ante lo que me respondió:

—Desayunar. —De manera que nos vestimos con la ropa que apenas se había alcanzado a secar, salimos de la carpa y, tomados de la mano, fuimos hasta el restaurante donde los desayunos apenas se estaban preparando. Pedimos dos desayunos y nos quedamos sentados en la mesa conversando alegremente. Noelia era de esas personas que, cuando tenía confianza, sacaba una conversación de la nada; a veces, demasiado objetiva y, otras, muy emocional; me gustaba hablar con ella, porque sentía que podía aprenderle mucho, pero, sobre todo, porque, a pesar de eso, siempre respondía a mis palabras con su inocencia y a veces fingía estar sorprendida por algo que, en efecto, ya sabía. Inventaba frases y términos extraños e infantiles que, a veces, solamente ella conocía; sin embargo, nunca hablaba de sí misma; en efecto, desconocía mucho de su historia y su presencia; recuerdo que ignoraba incluso la fecha de su cumpleaños y su signo del zodiaco, dos aspectos importantes que, por alguna extraña razón, la desmotivaban de una conversación; claro está, esto lo supe precisamente a partir de ese día, justo cuando se me ocurrió preguntárselo, mientras ella tomaba su agua de panela.

Quizás por la especie de magnetismo inexplicable que sentía hacia todo lo que la incluía, decidí preguntarle acerca de su familia y, aunque al principio mostró su descontento, preferí ser el primero en responder a mis propias preguntas. Le dije que no me encontraba muy a gusto viviendo en mi casa, pues, en más de una ocasión, había logrado sentir el rencor por el abandono de mi padre, dirigido hacia mí; que no tenía una buena relación con mis hermanos y, sin embargo, quería mucho a mis sobrinos, quienes, además, se sentían orgullosos de mí y me veían como un ejemplo a seguir. Le dije que trabajaba desde muy joven, casi desde hacía cinco o seis años atrás, pues nadie me había ayudado a mantenerme en mi carrera; que me gustaba ayudarle a mi mamá en su trabajo y que, cuando me alcanzaba, colaboraba con los gastos de la casa. Le conté que me sentía culpable por haber sido en algún momento una carga en mi hogar y que, por eso, sentía que debía tomar las riendas de mi propio camino cuanto antes, irme de la casa, responder por todas las cosas que necesitaba y, sobre todo, ser independiente, porque solo quizás de esa forma asumiría toda la responsabilidad que tenía por existir. También, le confié que disfrutaba sentir el paso del tiempo de forma inequívoca; vivir un momento a la vez, sin planear nada, sin suponer ningún hecho; que me sentía feliz por tenerla a mi lado ese día y que esa situación era muy emocionante para mí.

Entonces, descubrí su fragilidad y su semejanza conmigo; ella tenía una historia muy parecida que contarme y, de hecho, me la narró en lapsos medidos; primero, me dijo que a ella también la había abandonado su padre y que no tenía una buena relación con su madre; que se sentía insatisfecha cuando debía vivir con ella y su familia, porque estaba muy

acostumbrada a vivir sola, tras haber viajado a Estados Unidos y vivir allí durante un año. Me contó que quería mucho a su hermano, pero, desde que nació, todo había sido una división de tratos y que, quizás por su condición como menor o como hijo varón, desde entonces había sido mucho más privilegiado.

Después, recostados en una de las sillas junto a la piscina natural, tomando una cerveza y hablando sucesivamente de lo mismo, me confesó que no me conocía mucho, pero le parecía la persona perfecta, la más indicada, la predestinada para vivir con ella. Me insinuó de muchas formas que viviéramos juntos, en una casa a las afueras de la ciudad, quizás en un pueblo o en un lugar cercano —San Fernando, Genoy, Obonuco o Catambuco—, rodeada de flores, árboles grandes y verdes, sin el sonido de los buses o los carros cerca, con perros y gatos callejeros, que podríamos ir adoptando con el tiempo; con un carro en lugar de nuestras dos motos, para poder transportarnos de la casa al trabajo; con todos los gastos divididos, con un solo cuarto, una sola cama para los dos, donde podríamos dormir abrazados todas las noches; con una cocina muy amplia, donde podríamos cocinar comida vegetariana para ella y pizzas con pollo y champiñones para mí. Y, mientras ella hablaba y hablaba, yo la oía con atención e imaginaba esa vida onírica a su lado; en ese instante, la gente y el tiempo pasaban en cámara lenta, nada más importante ocurría alrededor y de nuevo, en mi mente, como un solo hecho de mi imprescindible memoria e inmediato me repetía que: ¡Ella era, ella siempre había sido la mujer!

[Look in front of you / I'm sure this is the girl / But she's not for you / You're a creep and she's a belle. / You think she looks at me? / Am I invisible? / She's just playing with you / I don't know how to do. / You told me (I told you) / To dance with her].

Mantenia mis ojos puestos en ella, trataba de oírla, pero, en realidad, no lo hacía; mi imparcialidad había sucumbido tanto a su lado que ahora solo quería lanzarme al abismo de vivir toda una vida con ella. Intenté silenciarla y decírselo, pero me di cuenta de lo imprudente que hubiera sido mantenerla al margen de mis necesidades, pues, sin saberlo, ella ya sabía todo sobre mí.

Cuando, al fin, ella entró en reserva y comenzó una reflexión contemplativa con el agua, desperté del letargo y la invité a caminar; ella aceptó de inmediato y me siguió. Recorrimos el parque por los caminos menos transitados y, de repente, llegamos a la orilla del río; ahí caminamos con cuidado de no resbalar o terminar atraídos por el sonido del agua que golpeaba contra las piedras; llegamos hasta donde la hierba nos permitía tomar asiento y ahí nos quedamos. Noelia se sentó sobre la hierba y dobló sus piernas, una sobre la otra, como lo haría cualquier monje budista; ubicó las dos manos sobre sus rodillas, encogiéndolas en un movimiento extraño, mientras juntaba las yemas de sus dedos anular y gordo, cerró los ojos con delicadeza y comenzó a respirar de forma controlada, primero con emisión de sonidos bajos que, después, se convirtieron en lentas vibraciones de su diafragma, que se

—Frrraaaaaaaaaaaaaaaaaannnnnnnnnnnn; daaaaaaa; ciiiiiiiii
iiiiiiiiiiissssss. —Yo, dubitativo y confundido, sin saber qué lugar ocupar,
me quedé de pie a un costado suyo, la observaba y me preguntaba si debía hacer lo mismo.
Entonces, ella abrió los ojos, como si estuviera alterada, y me invitó a que me sentara a su
lado; me preguntó si sabía meditar; yo, que en todo resultaba que era su aprendiz, le dije que
no, pero que deseaba que me instruyera. Así que, como una maestra paciente y eficiente, me
enseñó las posibles posiciones de meditación que podía adoptar; me sugirió que las probara
y eligiera una en la que no me sintiera somnoliento y sí relajado; también me contó que
aquello que hacía con sus manos se llamaban mudras, o “gestos”, y que servía para dirigir
la concentración; simulaban una danza del cuerpo en que todo se encontraba en silencio; me
señaló cuáles eran sus mudras preferidos y, luego, me sugirió que buscara un mantra, algo
así como un sonido que me representara y que me hiciera sentir en mí, sin estar ensimismado
y lo suficientemente laxo.

Ella extendió cada parte de su cuerpo en el suelo y se desperezó de cara al sol; de su piel no salía ni una gota de sudor, aun cuando la temperatura era alta y parecía ir aumentando cada vez más, mientras se trajinaba la mañana. Posteriormente, con un gesto indescriptible de dicha en su rostro, se paró de su puesto, me tendió su mano y me invitó a caminar por el

sendero que habíamos dibujado; en el piso había muchas hormigas que colectaban su alimento y nos acompañaban; también había ramas secas y roídas y, junto a nosotros, nadie más siguiendo aquella ruta. Al término, llegamos a un camino que se encontraba bloqueado por piedras y que llevaba al río; descendimos con cuidado hasta que logramos llegar a la orilla, donde la gente se amontonaba en torno a kayaks de diversos colores, cada uno con sus remos, y dos individuos que le ofrecían a la gente un paseo corriente abajo por el río.

Por un momento pensamos en animarnos a subir, pero, luego, llegó hasta nosotros Joaquín, que, en realidad, no tenía ese nombre, pero nosotros decidimos bautizarlo así; era un cachorro french poodle negro, que se aferraba a su dueña con chillidos y saltitos exasperados para no dejarla ir; evidentemente era muy consentido y fino, de modo que quien estaba a su cargo se encontraba en un dilema al querer subir en los kayaks, pero no saber con quién dejarlo; sin embargo, cuando vio que Noelia se acercó amigable a saludarlo, lo consintió, se ganó rápidamente su confianza, decidió pedirnos el favor de que lo cuidáramos el tiempo que durara el paseo, con instrucciones muy exactas de lo que deberíamos hacer en su ausencia, ante lo cual Noelia accedió emocionada y yo me mostré descontento. Jamás había sentido una inclinación hacia los niños, mucho menos hacia los cachorros, de forma que al principio le dejé toda la responsabilidad. En efecto, apenas Joaquín vio que su dueña se alejaba, se puso a ladrar, halar con fuerza de su collar e intentaba salir corriendo en repetidas ocasiones tras su dueña, quien, para aprovechar la situación, subió rápido, con una amiga, al kayak y se despidió con el fluir del agua, agitando su mano en el aire. Seguro, no dudaba que aquel cachorro quedaba en buenas manos, al estar con Noelia; sin embargo, no pasaron cinco minutos y ya la vi muy atareada, sin saber cómo distraer del todo a Joaquín, luchando inquieta mientras caminaba de un lado para otro de la orilla y trataba de consolarlo, todo lo cual resultaba imposible, pues no entendía que lo único que el perrito buscaba era jugar, así que tomé del piso una rama, me le acerqué tímido a Joaquín, agarré en mis manos su correa, tiré la rama lo más lejos que pude y salí corriendo con él, a su ritmo, con cuidado de no tropezar con las piedras o la arena; fue justo en ese momento cuando le pregunté a Noelia cuál era el nombre del perro, ante lo cual me respondió, confundida e inquieta:

—Lo he olvidado, —mientras abría los ojos en señal de preocupación. Fue inevitable que me riera a carcajadas, pues ahora su rostro revelaba que había perdido toda la paz. De súbito, ella se enojó y me volteó la cara, en forma infantil y caprichosa, como apenas me daba cuenta que era, por lo que le sugerí que le pusiéramos un nombre al perrito, pues lo necesitaba.

—Ramón, —dijo—, se llama Ramón.

—Me parece un nombre demasiado adulto para un cachorrito, Noelia.

—Entonces, será Tomás.

—Debe ser un nombre primoroso, ¿acaso no viste a su dueña?

—Está bien; entonces, podemos llamarlo Joaquín.

—Me parece bien, se llamará Joaquín, —pero a Joaquín no le gustó el nombre, porque, cuando lo cargamos para tenerlo más cerca, se orinó y me mojé bastante la camisa que llevaba puesta, que era la única que tenía. Noelia me devolvió la carcajada que me debía y alejó a Joaquín de mí, mientras a la distancia se veía que se acercaba su dueña, igualmente mojada, pero con una gran sonrisa y agitando en el aire su remo. Joaquín no pudo contener la alegría cuando la vio y casi sale corriendo en dirección al río y, de no ser por Noelia, que lo sostuvo con fuerza por la correa, hubiera desaparecido.

Por fin, la dueña de Joaquín llegó a la orilla; su paseo había sido toda una aventura; se sacó el chaleco salvavidas, devolvió su remo y extendió los brazos para abrazar a su perro; nos agradeció por haberlo cuidado y se despidió y, nosotros, por nuestra parte, nos despedimos de Joaquín. Ya era mediodía y necesitábamos almorzar, de modo que fuimos en busca de alimento; cuando, al fin, encontramos un lugar desocupado, nos sentamos a esperar y, mientras se prolongó nuestra espera, de nuevo comenzamos a charlar:

—¿Qué crees que pasará con Joaquín?, ¿crees que nos recordará?, —me preguntó.

—Dudo que lo haga; en realidad, si el perro piensa, solo piensa en comer, en dormir y en jugar; no deberías ser tan sensible ante eso.

—Es verdad, los animales como las personas vienen y van, pero si su dueña no hubiera regresado, si por alguna razón ella lo hubiera abandonado, hubiéramos tenido que llevarlo.

—No lo sé; a veces es mejor no apegarse, ¿no lo crees? El cariño puede ser pasajero. Quizás hubiera muerto en nuestras manos y, como los dos no tenemos un buen trabajo, ¿cómo lo hubiéramos mantenido?

—Me pregunto si siempre has sido tan insensible; más bien, cuéntame un poco más sobre tu padre y tu madre. ¿Cuántos hermanos tienes?

—Tengo muchos hermanos; a algunos ni siquiera los conozco; mi padre no engañó a mi madre; sin embargo, jamás le fue leal. Supongo que solo fui un accidente del momento y que, como tal, debo asumir la consecuencia de mi existencia.

—La existencia es una decisión y eres dueño de ella, no tu madre. Ella solamente te dio la vida.

—Si es así, aún no me he decidido del todo a existir. Más bien, dime, ¿cómo es que empezaste a no comer carne?

—Eso es muy simple; cuando estaba en el colegio, tuve un profesor que nos motivó a ver videos donde claramente se observaban las diferentes formas de matar a los animales para,

luego, comerlos. Después de ver el video, muchos de mis compañeros y yo terminamos con una sensación de vacío, asco y culpa, todo al mismo tiempo. Entonces, por respeto, decidimos volvernos vegetarianos. Claro está, que muchos de ellos ya no lo son y otros, como mis amigos, que pronto conocerás, siguen siéndolo.

Bastó saber que Noelia tenía amigos aún mucho más íntimos para sentir que una especie de temor empezaba a socavar todo mi cuerpo: ¿y si los amigos de ella no me aceptaban?, ¿si pensaban que era demasiado joven a su lado?, ¿demasiado inexperto o demasiado indecente?, ¿si se daban cuenta que me habían visto antes en algún lugar o si terminaban siendo mis conocidos o los conocidos de mis conocidos y, en realidad, ya sabían todo sobre mí para, después, contárselo a ella? No estaba seguro en ese momento de querer perderla; no era lo suficiente a su lado y quizás jamás lo sería. El temor que delataba mi inseguridad y mi ego no podía permanecer más en mí; sería débil junto a ella y, en ese sentido, ella muy seguramente se aprovecharía de mí, de forma que pensé rápido en incitarla a cambiar de tema, pero al instante no se requirió, porque ella ya estaba hablándome de desdoblamientos, sueños astrales, cartas del tarot, arcanos mayores y menores y hasta brujería. Con una interlocutora tan ávida de temas y palabras, pensé que jamás me aburriría y pensé que quedarme solo un día con ella no sería suficiente.

Mientras caía la tarde, recorrimos todo el parque juntos, unas veces caminando tomados de la mano, otras libres y sueltos el uno del otro, totalmente relajados y desapegados, cada quien por su lado; así se hicieron las cinco de la tarde, el momento de partir y de dejar todo el eterno presente atrás, pero bastó una plática de su mirada y la mía para comprender que ninguno de nosotros quería acabar el viaje justo en ese momento. Así que decidimos ir hasta la entrada del parque y solicitar una nueva manilla, que nos permitiera quedarnos una noche más en el lugar; compramos un helado, un De Todito natural y algunas galletas para cenar; fuimos a la carpa y, mientras aprovechábamos que las personas abandonaran el parque en grupitos de gente que se subía en carritos de colores que los llevaban hasta la entrada del cañón, nos sacamos la ropa, nos pusimos el vestido de baño que había permanecido secándose todo el día y nos fuimos corriendo al agua.

Yo, que siempre había sido arrebatado aun ante la vida y estaba mucho más acostumbrado a la velocidad y lo frenético del camino, me lancé, sin pensarlo, dos veces al agua, nadé de un lado al otro como un perro ansioso que jamás había salido de su casa y que por primera vez conocía la emancipación. Al instante, me percaté de que ella permanecía de pie junto a la piscina, metía con lentitud uno a uno sus dedos en el agua, algo temerosa e inquieta, de modo que me le acerqué e intenté convencerla de que se lanzara al agua sin pensarlo demasiado; ella tenía frío, mucho frío; veía que su cuerpo temblaba y tenía los vellos de su piel erizados, como un zorrillo a la defensiva. Así que la tomé de uno de los dedos de su mano y empecé a halarla poco a poco en dirección a mí; ella fue confiando en mis intenciones y se dejó llevar; primero metió un pie, después metió indecisa el otro, hasta que, al fin, el agua le llegaba hasta

la cintura; aproveché el momento, la abracé y recordé jamás haber sentido tan íntimamente a alguien junto a mí; sentía el palpitar de su corazón y, también, que todo su cuerpo temblaba; toqué su alma con mi piel y pensé que todas las circunstancias serían inmortales ante nuestro afecto; me arrepentí de haber perdido tanto tiempo sin ella, de haberla estado descifrando tantas veces en otras mujeres, que ya quería olvidar y, entonces, el universo entero se detuvo en ese momento.

En todo caso, luego, ella se soltó de mi abrazo y nadó, nadó en todas las formas que conocía; la vi serpentear como una mariposa y, también, refundirse como una sirena; su cabello dorado, que palidecía con el agua, llevaba a que pareciera una ninfa, y su cintura contorneada por el agua retaba las olas imposibles de formar; por mi parte, trataba de disimular un poco mi encanto, pero me resultaba difícil no mirarla, no detallar cada milímetro de su cuerpo; me atraía, me gustaba, me encantaba, la deseaba y ya no podía dejar de sentirlo, ya no podía disimularlo.

Nadamos hasta cuando la noche cayó sobre nuestros rostros, que ya no se diferenciaban por la oscuridad; las libélulas comenzaron a volar sobre nuestros cuerpos en movimiento, de modo que salimos del agua, arrugados y pálidos por la impasibilidad del viento, pero, como no podíamos ir a la cama sin bañarnos, busqué una botella de plástico, que nos sirviera como chorrera, en los basureros y, una vez la encontré, la llené con agua limpia, que caía desde una pequeña tubería, puse perfectamente a Noelia bajo mi brazo extendido y dejé que cayera el agua sobre ella, de los pies a la cabeza, mientras ella se restregaba el jabón por todo el cuerpo y ponía shampoo en su cabello; repetí la acción hasta cuando ella terminó su baño. Luego, ella lo hizo conmigo y sostuvo la botella, mientras yo me bañaba. Justo cuando ambos terminamos el proceso, nos dirigimos a la carpa y allí nos secamos con la toalla, que había permanecido colgada todo el día en la cuerda, y nos pusimos lo único que teníamos disponible, la ropa interior.

Esa noche, también dormimos semidesnudos y abrazados; nos abrigábamos los cuerpos y los espíritus sin frenesí. Al fondo, sonaban las últimas canciones que soportaba la batería de mi celular... Angélica, La maga, Rara Bien... [En la infinitad del cielo hay un barco abandonado en el cual yo quiero/ Después de una tarde tomado de tu mano, la brisa batiendo tu cabello blanqueado / sexo sin cesar, sin peros/ en un mundo donde no existan condiciones, donde solo tú seas todo lo que deseo/donde solo yo sea lo que tú te propones /Woooo /Angélica] y llegaban los ecos de Cortázar [Oh Maga, en cada mujer parecida a vos se agolpaba como un silencio ensordecedor, una pausa filosa y cristalina que acababa por derrumbarse tristemente, como un paraguas mojado que se cierra], [Fue tan extraño el despertar sin sus caricias... / Me sobra cama / Se me queda grande cuando no me arroja su enorme sonrisa / Pasé de ser ese loco solitario, a ser una pareja de locos raros / Nunca pensé que pudiera encontrar en este lugar una chica como tú]. Y sus besos iban y venían a mi boca como leves gotas del río que se zambullían en la espuma y se volvían millares, como rayitos de sol acumulados todo el

día a la espera del invierno, como mariposas en la garganta sin reposar, con el sabor de todos los mangos que recogimos y nos habíamos comido entre el desayuno y la cena; sus besos iban y venían sobre mi boca sin cesar y mis manos luchaban contra las arañas salvajes de la tentación abrumadora del deseo de tocar su piel, que se posó sobre mis dedos inevitablemente como un ave en el frío de su nido, como una bandada de aves desamparadas a la medianoche; me atrapó la suavidad de su espalda, la redondez de sus nalgas, la delgadez de su abdomen y la anchura de sus caderas; la sentía con mis sentidos abiertos, la veía que cerraba los ojos y soñaba despierta, se enternecía ante mí, jadeaba como las flores abiertas ante el rocío de la mañana, rodaba de un lado a otro de su espacio limitado y se ponía sobre mí, para dejar que cayera todo su cabello a un lado, me besaba cada vez más rápido y sin calma, tramaba movimientos fuertes y suaves y yo trepaba todas las montañas y podía llegar hasta la cumbre de sus huesos.

Entonces, toda su fragilidad sucumbió ante mi presencia; ella ya no era más una mujer, no era más toda su figura sobre mí; era una gata que se contorsionaba en todas sus posiciones en una noche de celo; una gata preñada de deseo, que quería que la penetrara y que la socavara con toda mi vehemencia. Así que saqué mi miembro erecto y lo introduje suavemente en ella, que estaba boca arriba y dibujaba con sus pupilas enfurecidas las estrellas y guiaba con luces de sus pestañas el camino al firmamento. Esa noche la penetré muchas veces; una vez fue su cuerpo, la delgadez de su figura, la inocencia de sus senos; otra vez fue su tiempo, el peso de sus años, que eran pasado y, también, tormentos; luego, fueron sus sueños, la condena fragorosa de tenerla a mi lado para tornarla familia, hogar, camino y encuentro y, por último, fueron todos sus temores.

Permanecemos entrelazados lo que debe durar el invierno hasta cuando llegue la primavera; sabía, por la experiencia de su cuerpo, que no había sido el primero y que no sería el último en desdibujarla toda; sin embargo, con ello teníamos ya un pacto de por medio, un pacto de lealtad, que nos llevaba a querernos.

Dormimos profundo entretejiendo nuestros dedos; algunas veces en cucharita, en espera de su abrazo sobre mi espalda y otras con mis brazos que la protegían de las paronirias y los desencuentros. Al otro día, ella se despertó primero; quizás se sintió un poco avergonzada de haber dejado que la cordura se arrinconara en un espacio de la carpa abandonada ante el pudor, así que salió corriendo en busca de su ropa, se vistió y me sugirió que fuéramos a comer algo antes de que de todo se acabara. Mi celular ya no tenía batería y el suyo se encontraba casi en las mismas condiciones; sin embargo, ella había decidido apagarlo, para conservar un poco para la salida. Ya casi era mediodía y sentía que habíamos desperdiciado la mañana; sin embargo, mi aire ya no era el mismo; era un perfume a fruta, naranja como los mangos que pendían en la entrada, tan naranja como la carpa y como los días a su lado, y sentía un calor que me arrullaba; entonces, ¿cómo no sentir deseos de seguir viviendo?

Salimos en busca de comida; como ya se había vuelto práctica constante esos días, nos dirigimos al restaurante, pedimos dos desayunos y, mientras comíamos, charlamos nuevamente de todo, menos de lo que había sucedido la noche anterior; al terminar fuimos al baño, nos lavamos los dientes y de inmediato decidimos jugar voleibol. El resto de la mañana de aquel día me reí mucho por verla cómo fallaba muchas veces de golpear el balón; definitivamente, este deporte no era lo suyo, pero hacerme sonreír lo era, al menos eso pensaría hasta cuando la vi que intentaba pararse de manos y de cabeza, para demostrarme que algo excepcional en ella era que retaba todo límite físico que se le impusiera, mientras, por mi lado, prefería pensar en que no se causara ningún daño, así que la invité a caminar. Esta vez recorrimos un lado desconocido del parque, donde encontramos un sendero que debía seguirse con los pies descalzos. Al ver el anuncio fijado al inicio del sendero, ella se emocionó y, sin pensarlo se descalzó y caminó sobre piedras lisas, sobre la hierba seca y mojada, sobre ladrillos, sobre arena y, por último, sobre cuarzos de colores incrustados en el piso; cuando llegó al último cuarzo, mantuvo su distancia conmigo y se sentó al final del camino, sobre una piedrita cristalina de color rosado, y se quedó mirando al infinito, con una sensación de paz y de melancolía; salieron de sus ojos dos grandes y saladas lágrimas que limpió con suavidad con la palma de sus manos, por lo que pensé que lo mejor era dejarla sola, así que llegué hasta la mitad del camino y me regresé tanteando; sin embargo, ella, que se parecía mucho a los cachorritos, sintió mis pasos y me pidió que me le acercara. Me acerqué, me senté a su lado y padecí su llanto silencioso.

Pasamos las horas que quedaban ese día con reserva; me sentía incongruente e impotente; en definitiva, no me agradaba verla llorar, pero debería aprender pronto que ese también era su fondo, era parte de su personalidad. Ella era como un cristal; cualquier paso, cualquier forma, cualquier sonido o color la destrozaba. Debía ser cauteloso, cuidadoso, minucioso y dulce con ella. Después de todo, no quería lastimarla.

Llegó la tarde y sentimos más cerca el final de nuestro encuentro; sin embargo, en el ambiente impreciso sentía cómo ninguno de los dos quería concluir aquello que se sentía como un inicio. Llegamos a la carpa, empacamos nuestras cosas, limpiamos las colchonetas y, antes de desarmar todo, la encontré escribiendo sobre su manilla; no pude dejar de pensar que todas sus acciones me parecían extrañas; sin embargo, esa despertó mi curiosidad:

—¿Qué haces?, —le pregunté.

—Toma y léela cuando ya estés en tu casa, —me dijo y me entregó la manilla doblada.

No pude hacer menos que lo mismo y le escribí, absurda e injustamente: “Un pedacito a Noelia (01-07-2018), una carita feliz y un visto junto a la letra en mayúsculas”.

Como ella después sabría, yo era un jarro partido y me repartía en mil pedazos.



XIII

DE LOS APUNTES DE NOELIA

Carta:

(18/07/19)

Michigan, 5:56 p. m. (verano, a 30 grados centígrados).

Ahora, sabrás que si te escribo es porque he perdido la fe en mí misma y, sin embargo, trato de convencerme de que estas palabras no son verdad, porque a la larga ya sabes que el cerebro es capaz de reproducir cualquier información. Nunca pensé estar aquí y, al mismo tiempo, volver a perder toda mi tranquilidad, como hace cinco años, cuando vine por primera vez, volver a verme buscando ayuda en todas partes, tratando de escapar a como diera lugar, obligándome a resistir aun con el miedo apretando mi pecho y con un nudo en la garganta cada vez que trato de hablar.

Anoche tomé pastillas para dormir por primera vez en mi vida y creo que no pensé bien en las consecuencias, porque hoy amanecí aún más asustada de lo que ya estaba y es que sigo intentando adaptarme a todo y, también, a la realidad de que ya falta poco para regresar a casa, para verte, para hablar de frente, quizás hacer el amor unas cuantas veces más, para volver a odiarnos de repente. Me duelen los brazos y el cuello, el estrés está invadiendo todo mi cuerpo y trato de hacer catarsis a través de ti, trato de escribirte para contarte lo mal que me hace estar tan lejos de mis raíces, del cariño de las personas, de tus palabras, de tu voz, de todas las veces que me tratas como una “ridícula”; extraño tu amor, extraño las miradas entrecruzadas, las risas, todas las veces que ibas a mi casa, que salíamos en tu moto a escondidas por la noche o que salíamos a rodar en bicicleta por las calles de la ciudad, atravesando procesiones de santos y burlándonos de las creencias infantiles e innecesarias de la gente y, sin embargo, ahora es cuando más quisiera creer en algo, aunque ese algo sea tan siquiera Dios. Debería tener mente para concentrarme en otras cosas, pero sencillamente esto se ha vuelto parte de mi vida y ya no puedo ocupar mi entendimiento ni mi tiempo más que en el trabajo; el trabajo en todas partes sin dejarme respirar y, sin embargo, sé que soy fuerte, soy muy fuerte, pero ¿dónde está en estos momentos mi fuerza?, ¿a dónde se fue?; quiero recordar y tener claro, porque estoy aquí; tú me lo recordaste, me hablaste con palabras frías, llenas de desapego; me contaste sobre lo aburrida y lo monótona que era mi vida antes de venir aquí, y tienes razón; esta ha sido toda una aventura, pero ahora me está costando la tranquilidad; siento que ya fue suficiente, empero aún me faltan muchas semanas para volver o quizás no tantas y quizás, en realidad, deba comenzar a mentalizarme otra vez con mi casa, con la ciudad y contigo... ¡Cómo quisiera que estuvieras aquí!, deberías haber venido conmigo, todo habría sido mucho más fácil contigo a mi lado.... Pero, dime, ¿cómo hago para convencerte?, ¡¡nunca he podido!!! Y me da tanta rabia al mismo tiempo saber que tal parece estamos hechos el uno para el otro con los mismos miedos e inseguridades, con las mismas ganas de temerle a todo, menos a la vida misma.

Me dijiste: acá solo verás todos los días las mismas putas caras; vas a seguir quejándote, porque en tu casa solo hay comida para tu hermano y para tu padrastro, de que no sos parte de esa familia, de que no tratan bien a tu gato, de que no tienes plata para comprarle la arena y el concentrado; vas a volver y vas a encontrar la universidad como la dejaste, con los mismos amigos de siempre, con los mismos enemigos, con las mismas personas preguntando por tu presencia como algo nada curioso, porque a la larga todo sigue igual.

Acto seguido, me pregunto ¿qué ha pasado con Juan Sebastián?, ¿hace cuánto que ya no piensa en mí?; él se parece tanto a esta gente, en el fondo está tan loco, tan perdido de sí mismo que por eso le agrada tanto estar aquí, vivir aquí, trabajar aquí... Dios, tantas cosas en mi cabeza, tantas cosas que quisiera contarte, decirte que

medité nuevamente anoche, después de casi un año sin hacerlo y sentí de nuevo esa sensación de plenitud en mi alma, que recuerdo que la última vez que lo hice fue contigo, que estábamos sentados a la orilla del río y que intentaba transmitirme mi concentración, pero nunca me tomaste en serio; siempre era yo y mis ocurrencias tan convencionales y tú del otro lado, tan lleno de vida y de realidad. Nunca encontraré un lugar en el que me sienta tan plena, tan feliz, o es que quizás ya lo encontré, pero sigo sin poder regresar ahí. Quiero que el dolor y la intranquilidad se vayan ya mismo de mí, espero que mañana me levante y todo sea tan diferente que pueda sentirme feliz, pero sé que en este país de mierda nunca podrá ser; quiero volver a mi tierra, estar en mi casa, comer mi comida; aquí todo es tan artificial, comenzando por las almas y, sin embargo, trato de alejar la ansiedad de mí, porque este es un mal muy necesario y porque si no tengo dinero sencillamente no tengo nada, no tengo paz, no tengo comida, no tengo sueños, no tengo una vida tranquila y sobre todo no puedo tener a Sabbat...

¿Te acuerdas? Vos y yo, sentados sobre la hierba, meditando, dejando pasar el tiempo, escuchando el río con sus canciones mezclando las piedras en su interior, con las piernas entrelazadas, con las manos en posición de sanación... era todo tan perfecto. En la noche, recostados sobre las sillas, frente a ese manantial natural y con la luz de las estrellas pensábamos en vivir juntos, en la coincidencia de nuestros espíritus, que se hallaban rodeados de los mismos problemas; pensábamos en un futuro juntos, en cómo podría ser la casa deseada, el patio deseado, las mascotas deseadas y, sin embargo, justo en ese momento, ni siquiera teníamos dinero para comprar una cerveza en la tienda (mírame ahora, ganando en dólares, pero aún tan pobre como entonces). Recuerdo que esa noche me abrazaste por la espalda y nos paramos en medio de uno de los jardines rodeados de flores, fumaste marihuana y yo me extasiaba de la noche; saqué de mi bolsillo unas cuantas hojas de coca y las mambeé, mientras contabas las estrellas y me hablabas al oído; recuerdo tu voz en los mejores momentos, tu voz enamorada, tu voz ilusionada (conozco también tu voz en los peores momentos, aquellos en los que te enfureces y pierdes el control). Sigo sin creer que no pueda despedirme de ti; me prometí no hablarte más y, sin embargo, aquí estoy pensando en que sigues siendo mi polo a tierra. Aquella noche dormimos en una carpa, no sin antes hacer el amor, yo encima de ti, moviendo mi cintura, tú dejándome hacer todo el trabajo, acariciándome la espalda con las manos, apretando fuerte mis nalgas, buscando con tus yemas mis pezones, rozando con tu lengua mi mejilla y mis labios, penetrándome lentamente, con tu miembro erecto, ancho y largo, haciéndome sentir tanto placer, evitando el ruido para disfrutar del sonido de los grillos en la noche.

Vivo en el pasado, ya lo sé, pero ¡cómo olvidar esa noche, si ha sido uno de los recuerdos perfectos de mi vida!... Te llevo tan metido dentro de mí. Te he cargado por kilómetros conmigo y, sin embargo, sigo sabiendo de antemano que nunca más vamos a coincidir.

Un año y en cada viaje sigues siendo el conductor de mi nave.

Carta:

Michigan – muy cerca de Detroit.

(22/08/19).

... mi descanso (1 hora, 60 minutos y 1000 pensamientos invadiendo mi cabeza).

Sara se sienta en “Arts and crafts” y comienza a escribir en su pequeña libreta; tiene un carisma que adoro desde el primer día en que lo identifiqué en su ser; sin embargo, aun no entiendo su comportamiento y tampoco lo haré; ¿por qué?, porque en tres días dejo este país (en realidad, son cuatro, pero intento evadir la realidad y darme alientos para aguantar un poco más). Generalmente nunca termino lo que comienzo y evado el momento de poner fin a las cosas (ese es mi problema), pero ahora siento que al fin logré una pelea en contra de este país y toda su pesadez, logré terminar mi trabajo en el tiempo que tenía predeterminado y logré reunir el dinero para mi casa, para la adquisición de mi lugar de paz. Estoy ansiosa por volver, por ver a Sabbath y experimentar nuevamente la sensación de dulzura al rozar con mis labios su pelaje tan precioso; me muero por abrazarlo, ponerlo contra mi pecho, conservar todos sus rasguños en mi piel como recuerdos sagrados, dormir a su lado, saber que se orinará de la emoción por tenerme de nuevo junto a él y lo imagino como un ser lleno de tanta sapiencia que sé por excelencia que ya sabe que volveré.

Por otra parte, sigo pensando en ti, sigo hablando de ti y te sigo hablando, ¿cómo es que conservo tanto tu recuerdo como una presencia incalculable en mi vida?, sabes que me he despedido tantas veces de ti y que ninguna de esas veces ha sido realmente una despedida, al final tú solo sigues con el juego: comenzando una conversación, riñendo por temas importantes, fingiendo consideración y al final desapareciendo por completo como si nada. Trato de anclarte a mi ser como el ferry de Navy Pier en Nueva York o como el pequeño bote de The Fowler Center; trato de remar a través de ti, como un kayak amarillo con verde, trato de subirme en ti y fingir que estoy en contra de todas las tormentas, así como cuando finjo que puedo con 90°F sobre mi cabeza; eres tan quimérico como los ocho minutos de descanso que aún me quedan y trato de perseverar a tu lado en la tarea de ser amigos, pero vamos (¡come on!), tú sabes que goce y cariño jamás estarán de la mano.

Aquí todo es tan aburrido mientras no hay música en mi cabeza y me fastidia pensar que aborrezco ciertas presencias en mi vida, como la de Jackie, la lesbiana que te conté, aquella que pretende llamar siempre la atención con su ruido jamaquino, que se viste como un hombre negro gánster o quizás como uno de aquellos suburbios de Kingston, aquel atuendo que no le queda, aquella silueta enfermiza y devastada de alguien que en definitiva nunca pudo tener el amor de su madre, madre de 20 hijos más, y menos aún de su padre, un rastafari vegetariano, con drellos y fumador de ganjah. Me enferma saber que su presencia altera la energía en el ambiente y más aún que está aquí pretendiendo ser la musa de todos, la “inspiración de los no-experimentados”, la maestra de los recién llegados y la madre del conjunto. (Un tema que en definitiva prefiero evadir).

No sé si sea el momento adecuado para decirte que vivo de los recuerdos imperfectos de todos los momentos que he pasado en mi vida y estando aquí me he dado cuenta en definitiva que soy una ansiosa incurable, que la sensación de miedo y de emoción comienza en mí como un entumecimiento de mis brazos, un dolor generalizado en el lado izquierdo de mi pecho, un zumbido en el lado derecho de mi cabeza, náuseas, mareo y un temblor difícil de parar.

XIV

Salimos del parque y fuimos hasta el estacionamiento; allí comimos algunas empanadas de queso y arroz con leche antes de partir en la moto nuevamente a la ciudad; de camino a casa, pasamos por el puente de Juanambú, nos bajamos de la moto y le pedimos a una pareja que nos tomara unas cuantas fotos. Ella me arrastró hasta la mitad de la calle, donde por el momento no pasaba ningún carro, levantó las piernas y dio un salto en el aire, mientras yo vigilaba que no fuéramos atropellados. Nos hicieron tres capturas en el celular de ella y regresamos a la moto.

Noelia se aferraba con sus brazos a mi abdomen y yo adoraba sentirla tan cerca de mí, su calor en mi espalda, sus manos en mi cuerpo y sobre todo su presencia en ese presente que no podría ser diferente. Traté de alargar más el camino, de ir despacito para jamás dejarla en su casa, pero fue inevitable ser testigo de la maldición del tiempo, no me quedaron más segundos a su lado y el paseo, de repente, terminó; regresamos al abismo de una ciudad donde cada uno tenía un rostro y una rutina diferentes, pero, justo cuando estaba a punto de llevarla a su casa, me arrepentí y preferí llevarla a la mía. Aproveché que, de entrada a la ciudad, el camino era el mismo a su casa y a la mía y disimuladamente me desvié; esperaba que ella me reclamara o me sugiriera llevarla a donde correspondía, pero, contrario a ello, sentí el abrazo más fuerte recargarse sobre mí en signo de aprobación.

Llegamos a mi casa, dejé la moto en el garaje y subimos a mi cuarto; la vi que se sentía confundida y desubicada, de modo que le indiqué que se sentara en la cama o donde ella quisiera; le serví agua de panela con queso en un pocillo grande, porque sabía que le gustaría tanto como a mí, encendí el televisor y me recosté a su lado. Tan cercano a ella, me sentí completo; sentí que nuevamente mis fracturas habían sanado, que ya no era más pedacitos, que era un jarroncito nuevo y que quería dejarla que me pintara de colores. Noelia se fue durmiendo, cerró los ojos, depositó toda su confianza en mi cuerpo, así como toda su dulzura.

Para aprovechar su letargo y antes de llevarla hasta su casa, saqué de mi bolsillo la manilla del parque, que ella me había escrito y la leí; decía: “LAM, mangos y amarillo. Mi amor”.

Entonces, la alegría me trajo el llanto y me aprisioné a esa niñita que ensoñaba, tan cercana que ya no quería dejarla ir.

XV

DE LOS APUNTES DE NOELIA

Carta (Sin fecha ni final):

Ayer caminaba rumbo a la Universidad y me alcanzaste en tu moto, frenaste, te orillaste, te sacaste el casco y lo recargaste sobre tu antebrazo, te bajaste y corriste hasta donde estaba para agarrarme por el brazo y forzarme a quedarme; me preguntaste qué pasó el viernes en un tono humillante y desesperado; insististe:

—¿Qué pasó el viernes?, —y te respondí—: Nada, no pasó nada, —e intenté alejarme de ti caminando con la misma calma con la que me encontraste; sentí rabia, sentí asco, sentí tristeza. Insististe, tantas veces insististe hasta que vi reflejado en ti nada más que un modelo convencional del amante que se ha olvidado de lo fundamental: amar.

Siempre fue un juego mío contra tus principios, contra la normalidad de tu moral, que me daba repugnancia; una lucha interminable por terminar con la convencionalidad aburrida de tu ser y tus acciones, un sentirme poderosa por tener control sobre tus actuaciones mediocres y desinteresadas; una mujer mayor, ejerciendo una vigilancia minuciosa sobre tu trabajo, sobre tu estudio, sobre tus conversaciones, sobre tu presencia, sobre tus amigos, sobre tus amantes, sobre tu familia y sobre mí en tu vida. Siempre pensé que eran más que noches de viernes a tu lado, pensando y pensando siempre..., siempre pensando y, sin embargo, ahí, en cinco minutos a tu lado, parada frente a ti, junto a la cafetería donde un día de domingo en la tarde tomamos chocolate con masmelos y pandebono, fui consciente de la ausencia de razón en toda esta relación, abandoné definitivamente y para siempre toda falsa esperanza a tu lado, me deshice del disfraz de víctima y protagonicé finalmente nuestro último encuentro.

No sabes cuántas veces te he escrito y ya te he escrito tantas veces que agoté todas mis palabras, agoté mis sinónimos y mis verbos, agoté todas las combinaciones posibles entre frases en presente y futuro, con los pronombres Tú y Yo como núcleos de la oración; agoté mi último aliento contigo y agoté todos los sentidos. De tanto escribir, mira que ya no digo nada, mira que la novela quedó sin terminar, mira que solo oigo a Pizarnik recitar poemas con su voz y gimo a regañadientes por la letanía de no poder deshacerme de ti, ni tampoco poder partir a un lugar lejano sin tener que cargar con tu figura en mi maleta como en un guacal para gatos... “irme y no saber volver”.

“Simplemente no soy de este mundo...
Yo habito con frenesí la luna.
No tengo miedo de morir;
tengo miedo de esta tierra ajena, agresiva...
No puedo pensar en cosas concretas;
no me interesan.
Yo no sé hablar como todos.
Mis palabras son extrañas y vienen de lejos,
de donde no es, de los encuentros con nadie...
¿Qué haré cuando me sumerja en mis
fantásticos sueños y no pueda ascender?
Porque alguna vez va a tener que suceder.
Me iré y no sabré volver.
Es más, no sabré siquiera que hay un “saber volver”.
No lo querré acaso.”

Alejandra Pizarnik

Justo ahora, te escribo con el rostro lleno de tristeza y de una sensación lejana de mareo que se proyecta en mi visión cada vez que siento que no te tengo, que no te tuve, que te he perdido; cada vez que siento que ya no me importa acabar con esto que queda de mí, porque cuando voy de mi casa a mi estudio o a mi trabajo acelero por

la calle más inclinada y freno rápidamente al final con la sensación traicionera de mi instinto de supervivencia, que me grita, con una voz de perro niño: —¡Aún no, Noelia... aún no!, —y me obliga a ser fuerte, a ser sumisa y detenerme; entonces, inapelablemente me pregunto en silencio, mientras la calle avanza y mi cuerpo se somete al desequilibrio: Fuerte, ¿para qué? ¿Acaso no han pasado ya más de tres meses desde que pusiste fin a tu carrera sin ponerle fin aún?, ¿acaso no terminaste con tu exnovia hace más de siete meses y todavía sigues cargando entre tus manos con su recuerdo desteñido, anticuado, malhumorado y vencido solamente para evadir la acción de olvidar?, ¿acaso para ti mi nombre ya no está impregnado de facilidad?; ser fuerte, ¿para qué?, si obviamente no me quieres ahora y seguramente ya jamás me querrás. Fuerte, para tener que hacer por un día más lo que a nadie le gusta: sobrevivir, homogeneizar todos los sentimientos y los placeres por un día más, sentir que nada se aprende, que toda marcha es innecesaria, que esta deconstrucción que soy y que hemos sido, solo ha sido de tiempo perdido; para no poder olvidar lo vivido, para no inventar en algún momento extraño una teoría que desvanezca todos los recuerdos, todos tus recuerdos, y sembrar en la cabeza siempre la misma idea de haber nacido aquí y para el mismo mal.

Ya dirás en estos días a tus amigos, mientras niegas embriagarte por mí, que Noelia vive una vida tan llena de despedidas, de ausencias, de desencantos y de tristezas, que toda ella es un trastorno de ansiedad y depresión, miedo, cobardía, inutilidad e inconsistencia, una mentirosa compulsiva que te ha obligado a vivir tan ensimismado en la paciencia. Dirás que Noelia vuelve, siempre vuelve a los mismos lugares, aunque diga que se va y no vuelve jamás, pero que, aunque vuelva y vuelva tantas veces, inmediatamente llega quiere volverse a marchar.

Y sí, no soporté la pesadez de tu mano sobre mi brazo, no soporté en ese instante tener que mirarte de frente a los ojos como si no hubiera de por medio una culpa infantil... ¿Qué pasó el viernes?, ¿qué pasó el viernes? Te contaré con detalles qué pasó ese viernes... Mientras iba camino a una de mis clases al mediodía, interrumpiste mi paso para encargarme una libreta; me pediste que la cuidara como si fuera mi vida y, acto seguido, te arrinconé por un beso. Te reíste y te alejaste. Fui directo a mi clase y, entretanto, a cada paso revisaba el contenido de la libreta: fórmulas matemáticas, algoritmos, funciones, sistemas y ni un solo poema, ni un solo dibujo, ni una sola señal; todo parecía normal, normal y demasiado importante para ameritar la seriedad de un compendio de hojas sin desarmar. Entré al salón de clases y me senté rápidamente en el primer pupitre junto a la puerta, pues la clase ya estaba comenzada y el profesor hizo, a mi llegada, un gesto de desaprobación; revisé nuevamente el contenido para por fin encontrar algún indicio, algo sospechoso o que pudiera servir como argumento a mis necesidades masoquistas, pero no, no encontré absolutamente nada; convencida entonces de que debía cuidar esa libreta con mi vida y como a mi vida, así lo hice.

El tiempo de espera para volver a vernos duró lo que duraba la clase; ya a las siete de la noche recibí un mensaje tuyo, querías encontrarte conmigo y cumplir con la promesa de dormir juntos y justo ahora recuerdo con emoción que dormir contigo para mí siempre fue como firmar una tregua con la dicha: solos los dos, sobre tu cama doble, con una almohada para cada uno, a medio vestir, abrazados o tomados de la mano bajo las cobijas, mirando alguna serie o alguna película en tu televisor empotrado en la pared verde de tu cuarto o jugando video juegos [Swinging in the backyard / Pull up in your fast car / Whistling my name / Open up a beer / And you take it over here / And play a video game / It's you, it's you, it's all for you / Everything I do / I tell you all the time / Heaven is a place on earth with you], cayendo poco a poco dormidos, no sin antes caer bajo el rumor lejano de hacer el amor, yo sobre ti, con los brazos extendidos en dirección al espaldar con la intención de que me saques en un solo movimiento la camisa y el brasier, con mi cintura ceñida con fuerza a tu abdomen plano, dirigiendo con mis manos tus manos a la parte baja de mi espalda, instándote a agarrar mis nalgas con la ilusión de una voluptuosidad imaginaria, dándome pequeñas nalgadas para luego dirigir tus manos a mis senos, pequeños botones del firmamento que apretabas con dulzura y tratabas de meter en tu boca como tratándose de tu helado favorito. Tu boca en mis senos, tus manos en mis nalgas, mi abdomen en tu abdomen, mi cintura practicando *bellydance* sobre tu sexo, con movimientos letárgicos, una atracción de sube y baja y fugazmente

la penetración más profunda, más aclamada, tu sexo erecto y caliente abriendo el campo de mi vagina hasta la morada más honda y escondida, revirgando (si es que el verbo existe) toda mal hechura del pasado, hincando profundamente contornos de piel extraños a mí, haciendo de tus secreciones néctares exquisitos de placer y de dulzura, moviendo en múltiples direcciones tu sexo en mi centro convexo de creación, como tratándose de una parte heterogénea de tu ser, un autómatas con nombre y con extensión auténtica. Tú bajo mío, luchando por el poder de controlar un combate inexistente, el único momento ausente de tensión entre nosotros, la única paz firmada sin eventos fácticos ni leyes ficticias, toda la autenticidad de tus piernas, de tus brazos, de tus nalgas, de tu espalda, de tu pecho, de tu cuello y de tus manos desplegándose hacia mí y yo, que siempre fui una aprendiz exigente de las múltiples formas de hacer el amor, improvisando movimientos, contorsionando mi cuerpo como una perra en celo, como una loba recién menstruada, como una serpiente serpenteando en el desierto del Oriente, abriendo y cerrando las piernas con un movimiento involuntario de mi pelvis, y tú preguntando: —¿Cómo lo haces?, —re-aprendiendo contigo a mover las nalgas, a hacer de mi cintura camello y de mi espalda elefante. Tantas veces, tantos movimientos incontables que aun ahora abrigan la parte media de mi pantalón, justo en la entrepierna, y me hacen pensar en ti y al mismo tiempo en todos los riesgos innecesarios que tomé contigo, desmesurada en las consecuencias, sin pensar en nada y principalmente sin pensar en las tantas mujeres que estuvieron como yo sobre ti, disputando y gobernando esa lucha, sin defensa, sin cuidado, con la retaguardia tan partida en dos, tan distraída y mezquina. Entonces vuelvo nuevamente a la sensación de aversión por ti.

Dormir contigo, un hecho que, como verás, siempre me emocionó tanto como ver la luna llena en una noche fría, viajar en avión a un lugar muy distante en la tierra o mambear hojas de coca escuchando a Sig Ragga con su Aquelarre convulsivo. De forma que tu propuesta aquella noche fue más estimulante para mí, estaba decidida a pasar contigo esa y todas las noches que quisieras, si así me lo pedías. Sin embargo, como otras noches, en aquella hubo algo entre nosotros, algo como un hilo negro (hostil al hilo rojo) que siempre nos mantuvo en un extremo subversivo de la unión y que siempre se presentaba justo cuando todo parecía marchar muy bien entre los dos.

En esa sombra menguante, fue la divergencia de opiniones, alguien mencionando lo inapropiado de seguir estudiando una carrera determinada y alguien más tratando de convencer que es mejor jamás tener la razón aun teniéndola siempre, todo entre tragos, todo con una botella de Korzakov de por medio relampagueando en medio de la oscuridad de la noche. Dos grupos pequeños de amigos, intenciones de un encuentro con el Cabildo Indígena de la Universidad y nuevamente tú, parado con uno de tus tantos amigos, enemigos de la verdad, fingiendo interés y simpatía. De forma que decidimos tomar rumbos apartados, al menos por un momento, al menos para disimular el interés. Tú te fuiste con tus amigos y yo me fui con los míos, cada uno de nosotros tomando en lugares diferentes, alcoholizando el pensamiento y el corazón y finalmente nuevamente los dos. Decidí ir en busca tuya para pasar la velada juntos, pero ante el hallazgo me encontré también con tus intenciones puestas sobre alguien más; de inmediato, sin el menor llamado de atención decidí despedirme de ti y renunciar a tu propuesta, me fui y al unísono también me dejaste ir. —Bebé, si ya no quieres saber nunca más de mí, yo tampoco quiero saber nada de ti, —me dijiste, en una llamada a las dos p.m., el domingo, después de ese viernes de desencuentros de síncope.

Millares de sentimientos embriagando mi mansedumbre. ¿Ser tuya?, ¡nunca más! Imperativo dominante de mi mente desde que volví, y es que nunca te lo dije —es más, tal vez te lo esté diciendo en este momento, mientras redacto un veredicto irrevocable de adiós—: Cuando me fui, no volví para buscar volverme a ir —engañarte siempre ha sido mi única estrategia, el haz bajo mi manga ante el desacierto de tu ego, que siempre busca tener la razón—; en realidad, yo no volví. Ya no volveré.

Postdata: Destruí en mil pedazos tu agenda, los metí en la caneca donde recibí las diez cervezas Club Colombia, en el bar junto al Parque Infantil, e incineré con ellos todo aquello de mí que te perteneció. Ahora estoy por completo segura que ni yo he de volver a ti, ni tú volverás a mí.

XVI

Esa tarde se volvió rápidamente noche y de nuevo entretejí en mí la ilusión de dormir junto a ella un día más, pero ella, sin que se oyera el más mínimo ruido, se conmocionó y se despertó abrumada.

—¿Qué hora es?, —preguntó—. Debo irme, —me dijo, y se levantó de la cama en busca de su limitado equipaje.

—No te preocupes, ya estaba a punto de despertarte, —le dije, mientras disimulaba mi desilusión. Así que tomamos sus cosas, abrimos la puerta de la casa, sacamos la moto y, mientras ella cerraba la puerta, la oí que gritaba con vergüenza y con desencanto:

—Hasta luego; muchas gracias, —mientras, desde arriba, nadie respondía.

Le dije a Noelia que mi madre era un poco mayor y que seguramente no la oiría, pero, al mismo tiempo, me sentí culpable por tener que cargar de nuevo con el silencio; también, deseaba decirle que ella era mi amor, pero no pensaba fingir sobre mi realidad, que ella aun desconocía.

Ella se subió a la moto, la llevé a su casa, pero esta vez ya no nos detuvimos en la esquina, pues me pidió que la dejara en la puerta del garaje, donde nadie podría notar que apenas llegaba y que había pasado ya varios días lejos y no por asuntos de trabajo; se despidió de mí con un beso muy fugaz y me fui encantado a dormir, no sin antes volver a hablar con ella.

Esa noche, como muchas otras de la semana, hablamos por celular varias veces; sentía en ella una confianza creciente y aumentaban constantemente mis deseos de verla, como si estuviera padeciendo en ese mismo instante del síndrome de abstinencia más exigente que jamás había podido sentir. Planeaba nuevos encuentros inesperados con ella y fingía terminar cerca de su casa los paseos con mi perro, solo con la intención de verla. Una noche, la esperé unas cuadras más abajo de su casa con mi mascota; ella llegó muy puntual a nuestro encuentro y me llevó a uno de los parques más especiales que conservaba en su lista; allí fingimos estar solos, sin casas a nuestros alrededor, sin familias o vigilantes que sospecharan algo; enrollamos un porro de marihuana y fumamos, ella siempre menos que yo, pero con los sentidos dispuestos; después, corrimos por toda la cancha tras Bruno, rodamos por la montañita inclinada que formaba la hierba a los lados del parque, nos deslizamos en trineos improvisados, que construimos con dos cartones viejos y rotos, nos reímos en el sube y baja mientras tratábamos de mantener el equilibrio; jugamos a ser lo suficientemente livianos para evitar la caída al piso, mientras Bruno se paseaba muy campante bajo nuestros pies, como si nos retara al peligro; tratamos de balancearnos juntos en el columpio, como dos siameses recién paridos; nos tomamos de la mano y hablamos de nuestro pasado; me confesó que se

sentía querida, como hacía mucho tiempo no lo sentía; me dijo que se sentía frágil, que levitaba mientras nos mirábamos de frente; me pidió que tratara de que solo existiera el presente, que ya no habláramos del pasado y que no pensáramos en el futuro; que el amor no era un asunto de posesión, sino de fluidez; que si todo fluía bien entre nosotros, ella se iría a vivir conmigo; que ahí, en nuestra casa, haríamos el amor todos los días y tendríamos perros y gatos, conejos, gallinas y hasta pavos. Me ilusionaba con tanto y, al mismo tiempo, se reía y las horas pasaban como trenes que chocan en el vacío, como dos estrellas fugaces que provocan catástrofes en el espacio.

Por mi parte, yo procuraba mantener siempre mi cordura y no dejarme llevar por tanta fantasía; fingía que era demasiado tarde, que tenía deberes para el siguiente día y que era muy seguro que ella también los tenía, así que terminaba el encuentro y me marchaba a mi casa, lleno de temor, un temor que hasta Bruno sentía.

Otro día tramé de nuevo ir a verla; esta vez la invité a un parque cerca de su casa, que yo conocía; nos vimos, como habíamos acordado, en el lugar y, en el momento preciso, solté a Bruno y cerré la reja para evitar que él se saliera, pero sobre todo que alguien más entrara; ella me retó a que subiera caminando al resbaladero y que me deslizara desde lo más alto boca arriba y yo acepté correr todos los riesgos, incluso aquellos que ni siquiera se me habrían ocurrido. Acepté malabarear en el sube y baja y aguantar mi temor a las alturas. Ese día me enteré que ella compartía una pasión conmigo: montar en bicicleta; también, me enteré que le gustaba Artic Monkeys y sentí que se dirigía hacia mí la letra de una de las canciones que sonaban en mi celular [Have you got color in your cheeks? / Do you ever get that fear that you can't shift the type / That sticks around like summat in your teeth? / Are there some aces up your sleeve? / Have you no idea that you're in deep? / I've dreamt about you nearly every night this week / How many secrets can you keep?] y me sentí por completo desnudo, sin nada más que poder ocultar o aparentar, así que de nuevo hui de la amenaza de enfrentarme a la verdad; la acompañé hasta su casa y, justo cuando estaba a punto de despedirme, ella me pidió que no me fuera, que la esperara; subió hasta su cuarto y bajó corriendo a toda prisa; al regresar, mostró sus manos, que permanecían escondidas en su espalda, y me entregó en un sobrecito algo que parecía una carta; me pidió que lo abriera cuando llegara a mi casa y se despidió con un beso y una sonrisa. Durante todo el recorrido, no pude aguantar la intriga y me excusaba para aguantar las ansias de romper el sobre y ver lo que contenía.

Cuando llegué, dejé a Bruno en la terraza y lo aparté, mientras en privado rompía el sello del sobre para ver qué guardaba; saqué de su interior un librito; se trataba de un cuento infantil que se titulaba: *Foxtrot*, de Helme Heine, impreso y cosido cuidadosamente de forma manual, con la portada de un zorro amarillo con blanco, que tocaba una flauta.

Imaginé que ella quizás había pensado que con ese regalo me provocaría confusión y ternura o, más bien, esperaba que yo considerara que ella era una mujer tierna y detallista; quizás

solo buscaba impresionarme, quizás realmente me quería, quizás ponía demasiadas expectativas en un solo detalle, pero puedo decir con exactitud que en ese momento sentí que me reafirmaba en el pensamiento que siempre me había aterrado: “Ella era; sí, ella era la mujer”. Sonreí, con una sonrisa lo suficientemente honda para que emanara desde mis entrañas baqueteadas; recordé cuando era niño y jugaba con carros, *Power Rangers* y canicas; extrañé a mi padre, me sentí negligente y abandonado, pero, aun luchando contra mi precariedad, abrí el cuento y justo en su contraportada encontré que habían escrito con tinta negra y delicada caligrafía, que parecía ser más de un médico o un abogado especializado que de una licenciada:

... hemos sido ridículos, tontos, locos, arriesgados y aventureros; hemos corrido directo hacia el impulso agarrados de la mano y hemos sido cielo, paraíso, magia, infierno... Tal vez soy superlativa y exagero este instante presente, pero no habrá, no hay y quizás no haya nadie como tú, porque eres tú y solamente tú.

Despierto con ganas de besarte, de abrazarte; no sé si este sentimiento se irá, pero si se va, que nada haya sido un error.

Ahora también eres mi zorro... con el que una mirada basta para reír, para ser feliz... (p. 4-5: “Los padres de Foxtrot hablaban poco, al igual que todos los zorros. Se entendían sin palabras. Bastaba que se sonrieran o que mostraran los dientes”).

Noelia

Tan malo como siempre habría sido para escribir o leer algo, tan objetivo, calculador e insensible, como me habían criado en mi familia, para aguantar siempre la tempestad antes de la calma, correr para no caer, gritar para no sufrir, trabajar para poder comer, cuidar a mi madre para que jamás le pasara algo malo, sentir culpa y desesperación por momentos, pero fingir que aumentaba con ello mi fuerza y mi ego, aunque me sabía tan inhumano. Ella me llevó a que derramara dos lágrimas, que cayeron sobre la portada del cuento y que se quedaron marcadas ahí para siempre, como un fiel recuerdo de mi sentimiento hacia la mujer que hubiera logrado en mí tanto en tan poco tiempo. Inexplicable ante mis propias conductas, no pude más que cerrar el cuento y guardar compostura... Ahora, también era el zorro de Noelia y ella se había convertido en mi gata salvaje.

Ese día le agradecí a Noelia, pero sobre todo a la vida, por su abstrusidad. ¿Cómo era posible que el amor adquiriera formas tan exóticas?; yo, que creía que lo sabía todo, me faltaba aún conocerla.



XVII

DE LOS APUNTES DE NOELIA

Carta (lunes)

Esta tendría que ser una carta a mí, una carta de reclamo y de desilusión. He regalado mi cuerpo, he vendido mi cuerpo por un poco de ternura, he pedido a regañadientes que alguien agarre entre sus manos mi sexo y mis piernas y me “haga suya” y, sin embargo, a pesar de la variedad de manos y de miembros, de la disidencia de todos los cuerpos, de las luces encontradas al amanecer entre camas y colchones en el suelo, de músicos, escritores y abogados; “ser de ellos” es un imperativo que siempre me devuelve a la misma afirmación: “ser tuya”, ¡sí!, ¡tuya! De ti, que nunca me has querido, que solo me haces llorar mientras te escribo, que jamás pensarías en regresar, que jamás has esperado tomarme como algo en serio, algo formal; de ti, que nunca le has pedido a nadie; a nada, nunca, nada.

Hemos caído nuevamente en la tentación equivocada de intentar querernos o al menos de intentar que tú me quieras un poquito, porque, como ya está claro, yo a ti te he querido, te he querido tanto que no se puede medir con palabras o con hechos. Ahora, también te escribo por la imposibilidad tan obvia de tenerte en mi vida, por la incapacidad de conservarte al menos por poco tiempo y, como puedes ver, te lo he dado todo. Entonces, me reclamo: ¿por qué te lo he dado todo?, ¿por qué te quiero tanto?, y lo más importante: ¿por qué no puedo dejar de quererte? y me imagino tantas situaciones contigo, incluso imagino, cuando leas todas mis cartas largas y recuerdes lo que yo no he podido olvidar, imagino tu cara de asombro y tu tristeza al pensar que pudimos ser churo cósmico y tiempo en marcha y que al final preferimos quedarnos en el nunca. Tantas veces imagino tus palabras en mi enferma cabeza diciéndome: “Cuando vivamos juntos”, y nuevamente me cuestiono sin respuesta alguna y sin intermediarios: ¿cuándo vamos a vivir juntos? Mi deseo reprimido y abnegado de compartirlo todo contigo, de irnos lejos, de tener una casa en el campo, de mirar las estrellas abrazados como la primera vez, como todas las primeras veces en que solo hemos sido capturas fallidas en las redes sociales, donde eres mi eco y mi silencio, donde me absuelvo de todas las instancias fallidas en que he procurado nombrarte y hablarle de ti a Sabbat (¿recuerdas a Joaquín?), quien me mira desinteresado, con la profundidad puesta en sus ojos de gato y sin más remedio, después de un lapso largo de tiempo vespertino me responde con su miau característico, ese que alguna vez se quedó grabado en una fotografía de los tres, tú a la izquierda recostado en la cama, sin camisa; yo a la derecha, con un buzo blanco que jamás me ha gustado, y él sobre ti, con sus minúsculos cuatro meses, el pelo lleno de ajo macerado, sus patitas imprudentes y sus ojos azules o grises (al menos hasta donde podía dibujarlo la vanidad), los tres sobre mi cama de antaño, lecho de memoria ancestral de mi nacimiento y del nacimiento de mi madre, de mis tíos y mis abuelos.

Tanta historia contenida en un solo recuerdo y los ojos se encharcan, el presente se estanca y ahí otra vez tú. Tú, Kolla Raymi y Sabbat.

Noche de luna menguante, caída, reminiscencias innecesarias y tristeza disimulada, suena la sirena en el edificio y la gente permanece dormida, suena la alarma de incendios y el único que sabe que algo ocurre es Sabbat, que chilla, se estremece y no duerme.

En mi puerta, alguien toca tímidamente, alguien que se esconde tras la oscuridad, un alguien invisible, pero familiar; abro la puerta con desconfianza y ahí estas tú, parado con tu sombra desgastada, tu casco en una mano y en la otra las llaves, con tus ojos rojos, tu aliento a alcohol, el cabello lleno de ceniza de cigarrillo, la peste sobre todo tu cuerpo y un ¡hola! enredado entre los pasos descoordinados.

Te sobresaltaste de encontrarme extrañada tras verte entrar, incluso tras sentirte llegar, incluso después de tocar a mi puerta, aun así... ya no siento lo mismo, ya no me agrada tu abrazo, ya no requiero tus besos; ahora la soledad es todo en mi vida, ya porque ahora lo quiero así, ya porque ahora mucho más que antes pienso más en la muerte, he vivido con la muerte, te he extrañado llorando sobre el hombro de la muerte lánguida y experta, mientras ella me hace su mejor amiga y me mira desde la oscuridad como una niña tímida (que soy yo), me mira en la profundidad con sus ojos de abismo, me seduce y se queda, mientras tú te vas y te has ido, ya te fuiste.

Sin embargo, permaneces en mi casa, te acuestas en mi cama y me estorbas por instantes, anulas el espacio donde hay paz y donde ya no estás; me niego a la realidad de tus manos en mi cuerpo, en mi casa, tu cuerpo en mi cama y tus labios entreabiertos predispuestos a mis besos; tanto tiempo anhelé esto y, sin embargo, ahora que lo traes hasta mí siento que se hizo tarde. Siento que no quiero regresar a lo inevitable.

Tardes de besos y de miedos, ¿a qué temes?, ¡al amor!... yo soy tu deseo y tu goce... hicimos el amor en toda la casa... ¿lo recuerdas?, penetraste con tu nombre las paredes que ahora solo olían a gato. Dejé de ser tu gata en celo, ahora solo era una aprendiz del cariño. Te aprovechas de mi soledad tan esperada, te aprovechas porque vivo sola y porque siempre tengo la casa sola, te aprovechas porque tú solo podías pensar en mi nombre, en mi sexo, en mi cuerpo y, sin embargo, contigo ya no habrá más charlas profundas, ya no más caminos por el río de la mano, ya no más fingir empatía. Mi realidad abstracta y mi designio.

Te quiero como tú me quieres, con la necesidad momentánea y aun así no olvido que ya sobrepasaste mis tres veces, mi límite... me pides quedarte, te quedas... pero en el fondo siempre te vas.

Al fondo, en mi cuarto, Sabbat maúlla y te ronronea, se trepa sobre tu hombro y te cobija... Sabbat te cuida, te quiere, te mima. Sabbat te acepta.

Capturas de los dos haciendo el amor y Sabbat a blanco y negro trepado sobre tu pecho desnudo.

Cartas a Ni

Recuerdo todo respecto a ello, tu cara, tu cama, tus gestos, mis orgasmos, el cielo, el alcance, el cuerpo elevándose, el sudor frío de tu espalda, tus manos, esas manos en mis pechos, en mis nalgas, tu sexo... tantas y tantas ganas de hacerte instante, ave perforada por el tiempo, recuerdo fraterno del cuerpo vuelto cielo, revuelto de lluvia, de pétalos consagrados en una orgía desaforada.

XVIII

Después del cuento, me aferre más a su presencia; la sentía mía, prefería despropiarla de cualquier otro lugar, en otras personas, en otros pensamientos. La pensaba conmigo para siempre y decidí entregarme a su fluidez, decidí dar de mí también todo por ella. Me sentía enamorado y desaparecían cada vez más mis otras imágenes semejantes que me abnegaban a su entrega. Pasamos muchos días mirándonos de forma improvisada; siempre fingíamos salidas pasajeras, pero, en el fondo, cada salida nos anclaba más en el otro. Ya era un viaje sin salida ni retorno.

Entre tanto, un día ella me pidió que la acompañara con sus amigos y yo, que había pensado ya muchas veces en ese momento y que también lo había evitado aun en mi mente, acepté hacerlo. Me explicó que eran amigos muy íntimos de su colegio, que se reunirían en un bar y que, después de tomar unos cuantos hervidos, irían a bailar. Planeamos perfectamente aquella salida; deseaba en lo hondo causar una buena impresión, recibir alguna especie de aceptación, que parecía absurda, pero necesaria, de forma que pasaría por ella a las siete de la noche, cenaríamos juntos cerca de mi barrio y nos encontraríamos con sus amigos en las afueras de la Cámara de Comercio.

En efecto, toda la tarde estuve pensando en la noche que tendríamos; de ser un neurótico con los pies bien puestos en la tierra, me había convertido poco a poco en un ser irracional; no hacía más que pensar en ella, imaginarla de todas las formas posibles; quería perfilar su figura bajo la luz del día y también bajo la luz de la noche, todos los días; sin darme cuenta, ella era una idea, un pensamiento maniaco en mi mente y tenía todo el poder sobre mí.

Cuando se acercaba la hora de nuestro encuentro, busqué entre mis prendas aquella que mejor cuadraría con el momento; como al principio, me hallaba intentando no parecer demasiado poco para ella, aunque sabía de antemano que lo era; seleccioné una camisa de cuadros azules con rojo, un buzo negro que puse en mis hombros, un jean con desgastes y unos mocasines cafés; me bañé, me perfumé, me vestí, me cepillé los dientes y me despedí de mi madre, antes de encender la moto y salir por ella.

Llegué a su casa muy puntual y, como se había vuelto un nuevo hábito de cortesía entre nosotros, esta vez la esperé en la puerta del garaje de su casa. La esperé durante cinco minutos, que me parecían interminables, pero, cuando al fin ella abrió aquella puerta desgastada y ruidosa, me di cuenta que toda la espera había valido y seguiría valiendo mucho la pena. Esa noche ella estaba muy bien presentada, era la primera vez que la veía fuera de su atuendo indigenista; llevaba un bodi negro ceñido a su cuerpo que ponía a flote su sigilosa delgadez; sus senos pequeños, pero seductores, su cintura ligera, sus caderas anchas, sus piernas bien dispuestas en un jean negro de tiro alto y los dedos de sus pies a medio aparecer

en unos tacones negros demasiado rudos, pero también galantes y sobre su bodi un bléiser en animal *print*; el cabello liso, largo y dorado, los ojos perfectamente delineados al estilo egipcio, sus labios cafés, sus pestañas rizadas y un collar con un cuarzo rosado que hermozeaba su garganta. Salió sonriente y dispuesta; me saludó con un beso en los labios, que no pude rechazar, me abrazó cariñosa, se subió a la moto y me dijo:

—Arranca. —La llevé de nuevo hasta mi barrio; le sugerí que comiéramos alguna pizza o un sándwich y ella aceptó descomplicada; cenamos en un pequeño restaurante de comidas rápidas y, de inmediato, pude notar que todas las miradas estaban puestas en ella, en su atuendo vibrante y atrevido, en sus piernas enhiestas y bien tonificadas, en su rostro que, particularmente esa noche, iluminaba más que todos los demás días; entonces, lo inevitable pasó de inmediato y sentí celos. Sabía que no sería sano prohibirles a las miradas que se dirigieran en ese momento hacia ella, pero sentía como un nudo en la boca del estómago que me forzaba a cubrirla, a volverla invisible o a marcharme corriendo de allí y, de paso, sacarla a ella conmigo y jamás volver a llevarla a un lugar así, pero también noté que sería demasiado precipitado y, además, egoísta prohibirle que fuera del mundo; después de todo, ella era tan libre que faltarían escasamente unos segundos para que sus alas se notaran y establecieran a su paso un espacio profundo donde vibrar. De manera que calmé mis instintos, respiré hondo y procuré disfrutar de la compañía de esa mujer que en todo parecía perfecta. Cenamos, conversamos sobre su día y sobre el mío; ella percibió mi perfume, me halagó tierna y mantuvo su sonrisa, como si aquella fuera una velada primorosa.

Justo cuando estábamos a punto de marcharnos, ella recibió una llamada, contestó alegre y pude notar que eran sus amigos que la reclamaban para su encuentro; al parecer íbamos lo suficientemente tarde como para que le pidieran que se apresurara y, también, al parecer ya lo sabían todo de mí, pues fue inevitable notar el rubor en su rostro cuando les decía:

—Sí; estamos cenando algo, pero ya vamos para allá. —Entonces, asumí que mi fortuna estaba lanzada, que ya no podía buscar una excusa que en ese momento me sacara de ese lugar, de forma que me resigné a enfrentarme con mi destino; subimos de nuevo a la moto y nos dirigimos al centro. En el camino, ella, agarrada fuertemente de mí, con su temor inevitable a caer, cantaba una canción engalanada por su ukulele, que aún no logro sacar de mi mente: Dame de tu vida y de tu tiempo / Suficientes para ver / Dentro de tus ojos el momento / Que me obligué a renacer. / Dame vida y dame aliento / Que yo ya perdí el conocimiento, / Solo quédate un momento / Hasta evaporarnos en el viento.

Esa noche, los nervios inevitablemente me jugaron una mala pasada; sabía que ella le temía a la velocidad y, sin embargo, no podía más que acelerar; me era imposible fingir que no me importaba estar en torno a una situación en que todo lo que debía hacer era mostrar lo mejor de mí, fingir que existía algo bueno en mí y, además de ello, hacerlo notar. En un abrir y cerrar de ojos, estábamos en el mismo parqueadero donde dejamos la moto en nuestra primera

cita, la cita del beso y, ya desde la entrada, la sentí que saludaba a sus amigos en la distancia, quienes estaban de pie en las gradas de ese gran edificio de ladrillo y ventanales de vidrio. Parquéé la moto y nos dirigimos caminando hasta la entrada; noté de inmediato que, pese a su buena presentación, se le dificultaba mucho caminar sin perder el equilibrio con aquellos zapatos, así que me pidió que le diera la mano y no la soltara, pasara lo que pasara. En ese momento, por mi cabeza pasó el riesgo indefinible que corría y que no podía contarle a ella por ningún motivo al atender a su solicitud; dudé por un momento en hacerlo, pero, inmediatamente después, como por una suerte de adrenalina que aún no lograba comprender, estreché su mano con la mía, entrelacé mis dedos y caminé junto a ella hasta donde se encontraban sus amigos.

Íbamos a paso lento, pero muy seguro, como si flotáramos en el frío de la noche, y nos abrigábamos desde las manos hasta el alma. Caminábamos con cautela, pero con alegría y fue ineludible notar que sus amigos fijaron toda su atención en nosotros y que sus amigas en particular comenzaron a señalarnos con sus cómplices risas y sus miradas; sin embargo, seguimos avanzando a paso firme hacia ellos, cruzamos la calle y ahí estábamos, de pie como si nos halláramos en medio de una audiencia silenciosa. Ella me presentó por mi nombre, yo sonreí y, después de notar a uno de sus amigos, en realidad era un amigo en común entre nosotros, logré entrar en confianza y sentirme mucho más cómodo y, de inmediato, tomé como excusa su presencia para aferrarme a él esa noche en una conversación interminable en la que momentáneamente perdía el hilo de la temática o divagaba sin razón entre la retórica de armar un porro de marihuana y tocar algún instrumento desconocido. Mientras tanto, las amigas de Noelia la expropiaron de mis manos y la llevaron con ellas, para preguntarle hasta el cansancio sobre mi identidad, mi procedencia, mi apariencia, mi personalidad... Así comenzamos con la difícil labor de decidirnos por un lugar donde tomar hervidos, a veces juntos, a veces dispersos, a veces como íntimos amantes y amigos, otras como si fuéramos unos perfectos desconocidos; lo único que no puedo negar es que por lapsos indefinidos la ciudad se desvanecía ante mis ojos y yo solo me conectaba en algún punto fijo con Noelia, tanto así que no sé cuánto caminamos y buscamos esa noche, pero estoy seguro de que debió ser mucho, pues ahora recuerdo que entre todos no había forma de llegar a un acuerdo.

Al fin, después de mucho divagar entre lugares concurridos, lugares elegantes, lugares sutiles, lugares populares y lugares extraños, nos decidimos por el bar más frecuentado de la ciudad y allí, casi de súbito, ya no éramos seis, sino más de diez, sentados en dos mesas junto a una tarima improvisada; pedimos un par de jarras de hervidos de maracuyá y establecimos conversaciones divergentes, cada uno por su lado con el acompañante designado. Por demás, debido a la solicitud de jarras y mesas, las nuestras se demoraron más de media hora, primero una y después la otra, pero ambas frías. Al pensar todos con las mismas intenciones, a pesar del malestar e inconformismo que se nos había suscitado por tener que tomar irónicamente aquellos hervidos algo fríos y descompuestos y, en busca de embriagarnos de alguna manera, todos tomamos de a un chorrito de la jarra, para después, entre risas, quejarnos con la mesera

de la mala atención y de la deficiencia de los productos, solicitar la devolución del dinero y marcharnos de ahí.

Esa noche, en ese bar, fueron dos capturas en dos celulares diferentes; yo, sentado junto a ella, la tomaba de la mano por debajo de la mesa, como ocurría cuando estaba en el kínder y no quería que la profesora se diera cuenta, pero esta vez para que nadie lo notara, pero, sobre todo, para que nadie se atreviera a reclamar sobre lo insoslayable.

Después de fingir indignación, nos levantamos de las mesas, salimos de ese lugar y decidimos ir directo al grano, buscar una discoteca lo suficientemente prendida, pero lo suficientemente cerca, entonces volvimos a analizar las opciones disponibles y, tras hacer un esfuerzo por analizar los lugares que teníamos a la mano, terminamos por elegir uno, que no estaba cerca, pero prometía ser muy bueno; el lugar se llamaba Kabana. Con Noelia, preferimos adelantarnos y caminar lo suficientemente rápido, para que ella olvidara la incomodidad de sus zapatos; de hecho, tuvimos que recorrer unas cuantas cuadras al norte de la ciudad y llegar con el tiempo suficiente para encontrar una mesa. Todo el tiempo la llevé de la mano y al instante me detenía en el camino para besarla o abrazarla, según lo iba sintiendo. Aproveché el momento para decirle que estaba radiante y que, a pesar de la incomodidad que le producían sus zapatos, me parecía encantadora y me sentía orgulloso de pasear tomado de su mano esa noche. Cuando por fin llegamos a la discoteca, un par de amigas suyas ya se encontraban ahí y se habían relacionado incluso con más personas, que también conocían a Noelia, y habían cotizado tanto el precio de la entrada, como el precio de los licores y se habían percatado del horario de funcionamiento. Esperamos a que todos los demás llegaran, pagamos nuestra entrada y recibimos una manilla.

Apenas entramos al lugar, Noelia apartó dos asientos juntos para nosotros, me dejó fijo en ese lugar y se fue al baño con sus amigas; sin el conocido común de la noche presente en ese momento, inevitablemente me sentí de nuevo incómodo, la esperé con paciencia sentado en el mismo lugar donde me había dejado, hasta que mi ansiedad pudo mucho más y me obligué a salir de ahí en busca de un cigarrillo. De seguro los amigos de Noelia, que estaban ahí sentados, pensaron en mí como en un psicópata desesperado, porque salí corriendo sin decirle nada a nadie, crucé la calle y encontré lo que buscaba. Me fumé el cigarrillo con calma, hasta cuando vi que Noelia salía del bar totalmente descubierta y me buscaba con la mirada; crucé rápido la calle para encontrarme con ella, la tomé de la mano y la llevé hacia adentro, donde el ambiente había cambiado rápido y la pista estaba totalmente llena; fuimos hasta la mesa donde sus amigos se ponían de acuerdo respecto a qué tipo de licor pedirían; hice las respectivas sugerencias y cálculos, que a todos parecieron convincentes, y esperamos a que la mesera nos trajera una botella y media de ron. Mientras tanto, Noelia se levantó de su puesto y me jaló hasta la pista, donde sonaba una salsa rosada romántica y muy pegada. Ella puso una de mis manos en su cintura, tomó mi mano con su otra mano, inclinó un poco su cabeza hacia la mía y se deslizó al margen de la pista para formar innumerables figuras entre

sus pasos y los míos. Sentía que su cintura se contoneaba como una serpentina en la fiesta más alegre; su mejilla, que se recostaba sobre la mía, era cálida y delicada; sus manos me refugiaban y, al instante, lograba olvidar todo el significado de las palabras que salían de la voz de cada cantante que el DJ mezclaba. Bailamos una combinación de melodías clásicas de antaño y modernas, probamos todos mis pasos conocidos y nos besamos lento un par de veces.

De súbito apareció Nino Caicedo en la producción de Guayacán Orquesta, con el coro sentimental de Te amo, te extraño, para ponerle melodía a mis sentimientos y yo, con ella entre mis brazos, ya embriagado de gusto y la sentencia final del fondo que le ponía fin a esa pieza de baile... de noche y de día te amo, de noche y de día te extraño, soy muy feliz... Después de ver en su rostro una gran sonrisa, regresamos a la mesa, donde el ron se encontraba perfectamente servido para los dos; tomamos de las copas y brindamos por esa noche.

Noelia bailaba con sus amigos y, a medida que yo iba entrando en calor, también me iba haciendo el ambiente con ellos; después de todo, pretendía ser lo suficientemente agradable. Conocí a sus amigas y todas me interrogaron por lo que parecía ser ya evidente: ¿hacía cuánto nos conocíamos?, ¿cómo nos habíamos conocido?, ¿qué estudiaba?, ¿dónde estudiaba?, ¿cuántos años tenía?, ¿cómo me llamaba?, ¡qué agradable que estuviera ahí!, ¡qué buena persona parecía!, ¡qué decente!, ¡qué bien presentado!, ¡qué conveniente!... En ese momento, reafirmé dos cosas: que a Noelia la apreciaban mucho sus amigos y que, mientras yo me enfrentaba al interrogatorio de calidad, a ella le encantaba bailar; no podía quitar mis ojos de ella y concentrarme con claridad en todas las preguntas y sus respuestas; ella saltaba a la pista de baile y, dependiendo de la música que le pusieran, contoneaba sus caderas, zigzagueaba su cintura, improvisaba pasos de salsa, merengue, bachata, cumbia y cualquier otra música conocida o desconocida, en los distintos niveles que podían existir, pero poco a poco, entre baile y baile, fui notando también que Noelia ya estaba un poco “prendida” o “chumada” como diríamos, y que, pese a ello, cada vez pedía más y más; la noche se iba terminando y ella pedía más.

Justo en ese momento encendieron las luces del lugar; el DJ anunció por el micrófono una inevitable despedida y la mesera llegó hasta nuestra mesa para llevarse la botella vacía; a esa altura de la noche, me parecía increíble que Noelia siguiera con sus zapatos puestos y no podía imaginar el cansancio y la incomodidad que la apremiaban, de forma que decidí tomarla en mis brazos, la cargué y la llevé directo a la salida, hacia donde también sus amigos habían comenzado a marchar.

Afuera, la decisión ya se había tomado; continuaríamos con la fiesta en la casa de una de sus amigas más cercanas: Lucía, una mujer que, además, llamó mi atención desde el primer momento en que la vi, y no precisamente por su figura, sus ojos, su color de piel o sus pecas,

que engalanaban su rostro, sino por aquello que no se podía ver, la energía que la rodeaba, una vibración extraña que la tornaba toda tranquilidad, dulzura y humildad. Entonces, motivado por ese simple hecho, accedí de inmediato a pasar con ellos el resto de la madrugada, pero primero debería ir con Noelia hasta donde se encontraba la moto y, teniendo en cuenta que ya faltaba muy poco para que el parqueadero también cerrara, le sugerí que tomáramos un taxi, mientras sus amigos nos sugerían que, de paso, compráramos el trago y uno que otro pasabocas.

Paramos rápido el taxi que primero se aproximó, la entré con cuidado en el asiento de atrás, porque aún la llevaba cargada y, después, ingresé yo; sentados, como ya estábamos, en la parte trasera, Noelia me besó descontrolada, un poco alterada quizás por el ron, quizás por el sereno o quizás por la adrenalina que lograba contagiarme al subir tímidamente sus piernas a las mías, para después aferrarse a mi cuello con sus brazos extendidos.

Entretanto, el viaje desde un extremo de la ciudad hasta el centro se hizo muy corto y, en menos de lo que pensamos, me hallaba corriendo a sacar mi moto, con Noelia atravesada en la puerta para evitar que la cerraran. Noelia se subió rápido y la sentía temblar de frío, pues ya eran las dos de la madrugada y vi que las calles, que a esa hora deberían parecer mausoleos, en realidad cobraban más vida que durante el resto del día; la gente borracha se apresuraba a tomarse de la mano, a parar algún taxi, a caminar rápido o a arrinconarse en alguna esquina para seguir tomando cualquier vino o besarse; yo, mientras tanto, le sugerí que se abrazara de mí y que pronto llegaríamos a la casa de su amiga, no sin antes pasar por la calle que conduce a La Colina, para comprar una botella de Aguardiente Nariño, dos cigarrillos y un paquete de papas fritas.

Me fumé un cigarrillo justo en esa licorería, mientras Noelia comía a manos llenas las papas que acabábamos de comprar, como para tratar de recobrar la lucidez y la cordura; seguía montada en sus tacones, de aproximadamente ocho centímetros y, a pesar del ajetreo, a mí me seguía luciendo bellísima, casi igual que como la había encontrado en la puerta del garaje de su casa; ella también fumó un poco del cigarrillo y al cabo, cuando se terminó, volvió a subirse a la moto aferrada a mí, como una niña, tiritando de frío.

Marchamos directo a la casa de Lucía, quien vivía en un barrio muy cercano a La Colina, llamado Villas de San Rafael. Tenía una casa bastante normal por su fachada, pero contaba con la ventaja particular de tener una chorrera natural justo en la esquina, donde, además, se podía notar un laguito con el concierto de patos, ranas y sapos. Lucía abrió la puerta, nos permitió entrar la moto en su garaje y nos brindó un lugar donde sentarnos, en medio de todos sus amigos, que ya habían encontrado un entretenimiento a nuestra aparente demora jugando UNO. Entregué la botella, como me lo habían pedido, y, al instante, los tragos comenzaron a servirse con medida, tal parecía que ahora nadie quería tomar una sola gota de alcohol más,

pues la ronda acelerada de la discoteca ahora se había convertido en una suerte de retos curiosos, preguntas al azar y juegos en el celular.

El primero de los juegos comenzó con un “Yo nunca, nunca”, que terminaba con alguna revelación vergonzosa, pero muy conocida de los que allí, involuntariamente, estábamos participando; el propósito era precisamente que aquel que “nunca” hubiera hecho, nunca tomara una copa rebosada de alcohol. Poco a poco me fui enterando de abyectas verdades y, aunque poco me importaba la vida de las personas que se encontraban en esa sala, pues apenas las conocía, tristemente me enteré de una parte significativa de la vida de Noelia. Me enteré, por ejemplo, que ella había sido el amor platónico de uno de sus amigos del colegio, que precisamente se encontraba ese día con nosotros y quien, además, comenzó a develar algunas curiosidades de aquel supuesto amor irrealizable y, al igual que yo, esa noche Noelia se enteró que, mientras ella estaba borracha y perdida en las noches de excursión de su colegio, sus amigas se habían acostado con sus novios o con simples desconocidos justo al lado de ella, que permanecía profundamente dormida; de esa forma se fue vaciando poco a poco la botella, pero aquello que a mí me parecía que casi había llegado a ser suficiente, en realidad apenas era el inicio.

Después de plantearnos ese extraño juego, comenzaron los retos con las cartas de UNO, que se pasaban a la izquierda, después a la derecha, después abajo, arriba y en todas las posiciones, hasta que alguien al azar terminaba por escoger entre decir la verdad o hacer un reto. Noelia, que se había percatado esa noche de que las verdades la estaban incomodando y quizás por un asunto del destino, aunque en realidad yo nunca he llegado a creer en él, terminó siendo la víctima de la mayor parte de los retos que, para ser más agraciados, se habían impuesto con su amigo, aquel que había confesado que sentía un gusto interminable por ella durante el bachillerato y que, al parecer, en realidad no terminaba; así empezó, una sesión de “tómame el trago del ombligo de tu amigo”, “bájale la bragueta del pantalón con la boca a tu amigo”, “tómame el trago de la columna vertebral de tu amiga”, “bájale la tira de la camisa a tu amiga”, “báilale de forma sensual a tu amigo”, “susúrrale al oído a tu amigo”..., formas sencillas de provocar en todos risa, entretenimiento y humillación, mientras una foto iba y otra foto venía para recordar siempre la desvergonzada experiencia.

Aburrido, como ya me estaba sintiendo, de sentirme otra vez con los pies puestos en la tierra, desencantado, un poco ebrio y con ganas de irme, esperé paciente hasta que la botella se terminara, fingiendo cordura y comprensión. La imagen que tenía de Noelia se había caído en menos de dos horas y ahora la veía menos aural, menos idílica, más imperfecta, más terrenal, quizás como cualquier otra mujer común y corriente. En efecto, se hicieron poco a poco las seis de la madrugada y ya incluso me había arrepentido de haber llevado a Noelia hasta mi casa: ¡qué pensaría mi mamá, si le contara que aquella mujer en realidad era una histérica, que no tenía nada de dulce y mucho de lujurioso, que había levantado su máscara y que ahora la conocía más humana! Quizás mi mamá solo se hubiera reído de mí y de mis

malas decisiones, yo que, justo antes de que todo aquello pasara, me sentía peor que un insecto por aquello que Noelia, muy seguramente, ya no conocería de mí.

Abrumado por mis pensamientos, me hallé solo en un puf, no sentía ya ningún deseo de abrazar o siquiera de estar cerca de Noelia; entonces, sobresaltado por mis impulsos, me levanté, le pedí a Lucía que abriera la puerta, saqué mi moto sin despedirme de nadie o agradecer y arranqué rápido, para después frenar en seco en la esquina, llamado por su grito:

—¡Hey!, ¿a dónde vas?

—Pensé que te quedarías con ellos, —mentí.

—Claro que no; ¿por qué iba a hacer eso, si llegué contigo?, —me respondió con sus ojos ya descoloridos y opacos.

—Bueno, ¿te quedas o te vas?, —no pude más que responderle, con rabia.

—Me voy contigo, pero espérate, me despido. —Como se demoró en hacerlo, aproveché su descuido y arranqué en mi moto; eran las seis de la madrugada, alrededor se oía el canto de algunos gallos; no había carros en las calles de aquel barrio de la ciudad, por lo que no me importaron los semáforos en rojo, ni todos los borrachos que había tirados en el piso; mientras avanzaba hasta la Panamericana, allí progresivamente fui aumentando la velocidad hasta llegar a 100 Km/h. En menos de 20 minutos, ya estaba ante la puerta de mi casa, mi madre había quitado el cerrojo por lo que aproveché para entrar muy sigiloso, subí a mi cuarto, me saqué los zapatos y, oloroso a tabaco y alcohol como estaba, me tumbé en la cama; ese día, por primera vez, en el que parecía ser ya mucho tiempo, dejé por completo de pensar en ella.

XIX

DE LOS APUNTES DE NOELIA

He conocido gracias a ti el dolor, la magia del dolor que penetra cada rincón del ser y alberga la mente de oscuridad. Me repito constantemente que fue mi culpa; luego, que no busque culpables, que en realidad la culpa fue tuya, y vago en la memoria de todas las palabras que me has dicho y que ya he acumulado como en una gran enciclopedia repetitiva... pero al final la culpa es lo menos importante, hago una recapitulación tan precisa de todo en mi vida (¡me refiero a todo!) y entonces comprendo por qué las personas deciden saltar al vacío, entregarse a la muerte y no sentir más dolor. El dolor, ese dolor, el inquietante dolor jamás es físico, se siente como un nudo en la garganta y doblé todas las entrañas de a poco, va tornándose como una lluvia lejana que amenaza con volverse río y volverse tormenta.

En qué momento se perdió el control en mí de todo lo bueno que sentía por ti. Regresar a tu casa, recapitularlo todo, entrar sin un saludo amoroso o amigable, subir a tu cuarto, sentarme a tu lado o recostarme con la confianza absoluta, prender el televisor, mirar los Simpson o buscar cualquier película. Jamás quise hacerte daño, jamás hacerte sentir dolor...

Costumbre irremediable, vicio irremediable de querer a quien solo quiere lastimarnos; tenía una esperanza infantil puesta en el hecho de ser mejor persona estando contigo, pero resulta que la conclusión final de todo es que quizás quien debe cambiar su forma de actuar no soy yo. He tratado de ser amable, gentil, condescendiente, cariñosa, comprensiva, paciente, complaciente e incluso indulgente contigo, con todas tus acciones, con todas tus palabras, con tus gestos, con tus errores, con tus ausencias, con tus desplantes, con tus temperamentos, con tus pensamientos, con tu forma de tratarme y creo que me he terminado por volver demasiado sumisa, demasiado irresponsable conmigo misma; me falta carácter y me falta madurez. He terminado por perder el cariño que me tenía, por buscar conformarme con lo insuficiente. Me dejé convencer de tus intenciones imprecisas de ir lejos, viajar juntos, tener un proyecto de vida en conjunto, trabajar de la mano y hasta luchar contra el sistema capitalista, pero creo que al final nada de esto es lo suficientemente estable en tu mente y en tus necesidades; el problema es que a la larga yo solo soy el reflejo de lo que veo en ti, me he proyectado en lo que eres y sigo pensando tontamente que vas a llamar o que me vas a escribir y lo pienso con tanta seguridad, porque exactamente eso es lo que yo haría por ti.

Sin importar la fecha, sin importar el día, sin importar las circunstancias, el lugar, la lejanía, la distancia, yo te he dado toda la disponibilidad de mi vida y de mi tiempo, pero creo que ya fue suficiente, estoy perdiendo el control de mi vida y en mi mente todo ya es una sola confusión. No estoy dispuesta a seguir insistiendo más en esto, yo nunca recibo de tu parte ni siquiera lo más mínimo de lo que te ofrezco y estoy más que segura que sin ningún problema en el momento menos pensado tú simplemente consigues a alguien más, te marchas y me dejas y yo... con los años que ya tengo encima ya no estoy para reclamos innecesarios, para exigencias o peticiones insistentes a alguien o algo que no demuestra quererme y valorarme lo suficiente en su vida. Ya no quiero más lo pasajero, me cansé de ofrecer mi corazón y recibirlo tan lastimado, no por culpa de los otros, sino por culpa mía. Quiero cambiar mi realidad, quiero estar con alguien que sí me quiera todos los días, que me apoye, que me diga palabras bonitas, que se esfuerce por cuidarme y por hacerme sentir feliz todos los días. No digo, por demás, que las relaciones no sean conflictivas; en efecto, lo son, porque la naturaleza del ser humano es haber nacido para ser siempre individuo y no unidad con los otros; sin embargo, esta relación sobrepasa los límites de lo saludable, no es sana, es demasiado problemática, me ha generado mucho dolor y me cansé de lidiar con la falta de comunicación entre nosotros, con mi pasado y, además, con la inseguridad de que tú siempre estés a la deriva. Definitivamente quiero y busco algo que sea mutuo y, si no es así, entonces prefiero la tranquilidad de la soledad en mi vida.

Quiero volver a aterrizar, quiero volver a sentir una confianza plena en alguien y por alguien y sobre todo quiero evolucionar, crecer, madurar, y tú no me dejas. Te quiero mucho y mi cariño ha sido muy progresivo; agradezco mucho a la vida por haberte conocido, me hiciste encontrarme para después perderme nuevamente y comprender que la construcción es personal y solamente depende de uno. Tú no lo sabes, pero te darás cuenta que ya no quiero más seguir en esta misma dinámica irracional e improductiva. Te agradezco por todo; desde el fondo de mi ser, te guardo con todos los buenos recuerdos. Quizás podamos construir una amistad con el tiempo; por ahora es mejor mantener la distancia.

Con cariño y tristeza.

Noelia

(En un día de mi cumpleaños).

XX

Me despertó el zumbido de mi celular; había perdido la noción del tiempo tirado en mi cama, sentía resequedad en la boca, el abrumante olor a cigarrillo y mucho dolor de cabeza. Y, en efecto, ahí estaba; Noelia me escribía al celular para saber cómo me encontraba; en el fondo, sabía que solo quería cerciorarse de que nada de lo que había pasado me había afectado; el engaño que había preparado era hacerle pensar que, en realidad, todo seguía muy normal; la verdad era que ya todo había cambiado en mí y cambiaría también entre los dos.

Agarré el celular y me di el tiempo suficiente para asimilar sus mensajes:

—¡Hola!, ¿cómo estás?, —me preguntaba—, quisiera saber si estás bien, si te pasó algo, cómo llegaste a tu casa, —insistía—. No entiendo por qué te fuiste de esa manera y me dejaste, cuando habíamos llegado juntos y se suponía que también deberíamos marcharnos juntos. Avísame apenas mires estos mensajes, estoy preocupada por ti.

Yo, que la había acostumbrado, pero, sobre todo, me había acostumbrado a mantener con ella una conversación ininterrumpida y casi rutinaria, no sabía cómo expresar ahora mi desinterés. No era necesaria la distancia para sentirse tan lejano, cuando hacía falta la empatía, por lo que:

—¡Hola!, —le contesté—. Estoy bien, con un poco de dolor de cabeza y sed, pero es normal. Llegué bien a mi casa, no te preocupes. No te dejé, quisiste quedarte o ¿acaso no me dijiste eso cuando te lo pregunté?; discúlpame, en todo caso, —y fingía una respuesta en audio de unos 30 segundos y, al instante, ella con un nuevo mensaje alentador:

—Bueno; en realidad, no importa. Solo espero que estés bien. Te envió un abrazo y cuídate mucho, —y, dos horas más tarde, una foto suya, en uno de sus estados, con el cabello, los labios y sus gestos totalmente rojos. ¿Acaso ella no era una, sino muchas?... No pude más que responder a su estado y mandarle un corazón, igualmente rojo, como ella.

Seguramente, con ese gesto, que en nada parecía ser mínimo, quedaba firmada de nuevo una tregua entre nosotros; ella ya no era más ella y la que me había ofendido la noche anterior se había ido. La mujer con un halo en la cabeza, con su aura cristalina y brillante, con el cabello pintado con brochazos de color dorado, con su tez cargada de muchos años y generaciones de indígenas, de repente había desaparecido, y quizás todo en ella, que, además, también me gustaba.

Ahora era una mujer moderna la que me hablaba, una especie de muchacha en su pubertad, con crisis de identidad, que había decidido cambiar el color de su cabello, como si tratara de reafirmar la expresión: “Nuevo cabello, nuevo yo”, había tirado a la basura el halo que

cargaba en su cabeza; ahora su aura era un solo estruendo precipitado de color y ya no notaba en ella toda la magia de antaño y seguramente yo, ante esta nueva mujer, todo lo que podía hacer, era volver a conocerla.

Decidí comenzar por algo mínimo; ese día, en la tarde, celebrarían el cumpleaños de mi sobrino con una fiesta en un conjunto residencial muy cercano a la casa de Noelia, de forma que, por una suerte de coincidencia, especialmente de lugar, decidí invitarla; le dije que sería una fiesta infantil y que quería estar con ella para no aburrirme, como acostumbraba a hacerlo en esos casos, pero que, también, toda mi familia estaría en el lugar, así que le daría el tiempo suficiente para que lo considerara. Ella, sin dudarlo, aceptó acompañarme, de forma que quedamos en que la recogería en su casa y la llevaría hasta el lugar de la fiesta; que no estaba seguro de la hora en que la recogería, pero que ella debería estar lista y no demasiado arreglada, porque ya lucía perfecta.

La fiesta comenzaba a las dos de la tarde y yo había llegado muy puntual; sin embargo, me sentía bastante nervioso por llevarla conmigo y justo en ese momento ya ni siquiera sabía para qué la había invitado; si yo no era el tipo de personas que presentaba a alguien con quien estaba saliendo a su familia, mucho menos era el tipo de persona que esperara aprobación para salir con alguien; aun así, la presentaría como mi amiga, le pediría permiso a mi hermano por haberla llevado y me sentaría con ella en un lugar apartado, donde ni mis sobrinas ni mis hermanos ni mi mamá pudieran cuestionarnos. Esperé a que el lugar se llenara, pero, antes, aparté dos sillas juntas y las ubiqué muy cerca de la mesa donde se encontraban la torta y todos los pasabocas y, cuando al fin el salón se encontraba parcialmente lleno, fui por ella. La llamé desde afuera de su casa y esperé a verla salir, para comprobar el contraste de su cabello con algún color conocido, pero, cuando al fin ella salió, me di cuenta que no había visto antes una mujer en lo mínimo parecida a ella.

Nuevamente sentí que me volvía a enamorar; ahora, del tono fuego de su espíritu que parecía que hacía que olvidara por completo lo que había pasado la noche anterior; incluso parecía que ya no me importaba. Ella salió, cerró la puerta, me saludó con una gran sonrisa y yo no pude más que besarla, expresar lo bella que se veía con ese color de cabello, detallar su camisa, que tenía algunas transparencias, abrazarla y sentir la delgadez de su cintura entre mis manos y lo ancho de sus caderas; sugerirle que se subiera a la moto y que no se preocupara por el regalo, porque eso yo ya lo había solucionado, y dirigirme con ella hasta el lugar de la fiesta.

Cuando llegamos, ella me manifestó lo sorprendida que se encontraba con el paisaje, pues nunca había logrado ver la ciudad desde esa altura, así que se bajó de la moto y se dirigió rápido al filo del andén que separaba el conjunto del resto de la ciudad, se recostó sobre la malla y observó fijamente las casas que se levantaban al pie de aquel abismo, el volcán Galeras al fondo y algunas calles donde la gente y los carros transitaban diminutos en medio

del ruido y así permaneció por un largo tiempo, suspirando por lo que miraba y se alejaba cada vez un poco más de mí, pero especialmente del lugar donde se estaba llevando a cabo la fiesta; sin embargo, yo sabía que en realidad no se sentía solamente sorprendida, sino también se sentía asustada y quizá un poco avergonzada, porque aunque pareciera que las mujeres son algunas veces acertijos ocultos y difíciles de descifrar, otras veces preguntas tan simples como las de Noelia (¿se ve bien mi cabello?, ¿no te parece que es un color muy fuerte?, ¿no estoy llamando mucho la atención?, ¿quién tanto está en la fiesta?, ¿tu mamá ya llegó?) eran las que lograban poner un final, llevar a una respuesta y ponerlas en evidencia. Aun así, traté de fingir que no sabía lo que le pasaba; la invité o más bien la presioné a que entrara al lugar, pues le argumenté que ya iban a cantarle el cumpleaños a mi sobrino y que requerían mi presencia, aun cuando a mí también me costaba mucho calmar mi ansiedad; mientras caminábamos hasta donde se encontraban separados nuestros puestos, la presenté rápido a todas las personas conocidas que fuimos encontrando y siempre que la presentaba lo hacía diciendo que ella era una amiga y, aunque en ella notaba el desencanto, solo sonreía, extendía la mano y saludaba amable. La noche anterior, o incluso hacía algunas semanas, no hubiera dudado en presentarla a todas las personas, incluso a mi familia, como mi novia o mínimo como mi pareja, pero la realidad es que a veces el presente no es suficiente y con ello quiero decir que yo desde el principio ya le había dado ese lugar en mi vida y la había sentido como ¡la mujer! en mi vida, pero ahora el pasado pesaba mucho para ponerla a ella bajo un sustantivo tan significativo.

Yo había tenido pocas novias; en realidad, solo un par y de todas recordaba minuciosamente algo, bien en sus gestos, bien en sus palabras, bien en su forma de hablarme, de acariciarme, de abrazarme o de hacerme el amor, pero había aprendido de mi última relación, que por cierto había sido bastante larga, que no quería dar mi tiempo y mi preocupación a cualquier persona y no pensaba que Noelia fuera cualquier persona o al menos hasta la noche anterior y claro está que ella ya no era más la misma Noelia y que secreta y silenciosamente los dos nos habíamos comprometido a volvernos nuevamente unos desconocidos, pero aun así ya no sentía más que ella fuera ¡la mujer!; más bien la asociaba con otras mujeres en mi vida, todas pasajeras, todas insignificantes, todas con la duración de un momento a su lado (al menos de eso trataba de convencerme), de forma que, con un nudo en la garganta y un malestar en el estómago, me tragué toda la desazón que sentía y avancé el camino con ella hasta llegar a nuestros puestos.

Justo en el momento en que nos sentamos, mi hermano, su esposa y mi sobrino, que se encontraban ya detrás del pastel a punto de comenzar con la canción y buscando un encendedor para las velas, notaron nuestra presencia, nos miraron un poco inquietos y se acercaron a saludarnos; al instante, noté cómo Noelia se ruborizaba, cómo ahora su rostro y su cabello se tornaban casi del mismo color; sentí cómo la sangre se le calentaba aún más en todo su cuerpo, cómo la sonrisa le temblaba, cómo le sudaban las manos, cómo sus ojos parpadeaban ahora con más rapidez y cómo sus piernas temblaban al estar de pie tanto

tiempo, mientras nos saludaban, así que desvié la atención del momento y quizás para variar lo volví un poco más incómodo; mi mamá aun no sabía de ella, en realidad no sabía de muchas mujeres en mi vida, así que, justo en el instante en que noté que había llegado al lugar, la llamé, se la presenté rápido y cada uno volvió a su asiento.

Ese día Noelia se comportó como toda una mujer educada, cantó el cumpleaños, comió pastel, tomó gaseosa y se encargó de cuidar a mi sobrina de pocos meses de edad por algunos minutos, al menos por el tiempo en que ella escapó de brazos de su mamá y fue a parar a los míos. Yo quería mucho a mis sobrinas y a mis sobrinos también, pero particularmente por ellas sentía una atracción inexplicable, quizás lo más parecido a un sentimiento paternal, y no podía evitar el deseo natural en mí de tener también un hijo o una hija para cuidarlo, para quererlo, para consentirlo y para darle mucho amor; extrañamente, sentía lo mismo en Noelia, algo que jamás le había dicho, porque logré detectarlo en ella, incluso desde el momento en que tomé el cuento en mis manos, en que percibí su inocencia y su infantilidad y quizás jamás se lo diría, porque no podía poner en evidencia también mi endeblez, pero ahora que la sentía junto a mí, que le decía palabras aniñadas a mi sobrina, le cortaba el pastel en rebanadas pequeñas para que lo pudiera comer, la ayudaba a tomar la cuchara y el vaso de forma correcta, la cuidaba y se preocupaba por ella, le hablaba en un mismo lenguaje, como si se entendieran, la hacía reír y sentirse tan segura, presentí nuevamente que ¡ella era, que ella siempre sería la mujer!...

Pasé un instante en aletargamiento y traté de no confundir más mis expectativas y mis planes; yo debía tarde o temprano ser sincero con Noelia, el problema era que cada vez mi semblante se entorpecía más, perdía el rumbo de la verdad y de nuevo pensaba en que no la quería solo como mi amiga. Entonces, pasó lo absurdamente inesperado, apareció el payaso y comenzó a animar la fiesta; al inicio sus trucos pueriles comenzaron a causar gracia a todos, incluso a nosotros. Ella participó en un par de concursos y, aunque no ganó nada, al menos mostró que no era una persona aburrida; yo, por el contrario, me rehusaba a hacer el ridículo, a parecer ñoño, no solo ante las personas que se encontraban allí ese día, sino especialmente ante ella, pues sabía que se había formado una imagen un poco estructurada de mí; de seguro, me consideraba un hombre bastante objetivo, frío, un poco insensible, un poco distante y por eso también un poco serio y había preferido que conservara esa imagen; al menos así tenía garantizado su respeto y su empatía, de forma que reiteradamente me negué a participar en el espectáculo, hasta cuando al final el payaso logró acabar con mi pudor, se dirigió a nosotros y, mientras alzaba muy a propósito la voz, dijo:

—¿Acaso no quieres mostrarle a tu novia que eres capaz?, —y la señaló al instante, con su dedo grande y rojo, de modo que, en ese momento, me vi incapacitado de responder con una sola acción; no supe si hablar o levantarme de la silla y concursar, mientras ella reía sonrojada y me empujaba con insistencia para que concursara.

—La novia le está diciendo que vaya; vamos a decirle todos: ¡que venga!, ¡que venga!, ¡que venga!, —mientras alzaba mucho más la voz y provocaba al mismo tiempo un solo coro, donde extraños, conocidos, desconocidos y familiares eran cómplices.

Entonces, me levanté de la silla, pasé a ocupar el último lugar que quedaba para un hombre, en el concurso que estaba por comenzar, y al estar de pie, le repliqué al payaso y también a todas las personas que se encontraban en la fiesta, lo que también incluía a Noelia, a quien miré fijamente a los ojos:

—Está bien, pero los dos no somos novios; solo somos amigos, — y noté cómo ella se sonrojó aún más, bajó el tono de sus aplausos poco a poco y se encogió en la silla. En ese momento, no supe si sentirme culpable o poderoso, pues quizás lo único que pretendía hacer con eso era devolverle el sentimiento de la noche anterior y mostrarle también mi otra faceta de la máscara. Se había caído para ambos el telón y era mejor que los detalles sentimentales, los idealismos histéricos, los sentimientos abrumadores y todo lo demás comenzara a desaparecer, pues, después de todo, yo seguía con ella aun consciente del daño que podría ser capaz de causarme y ella debía decidir en ese momento si también se sentiría capaz de hacerlo conmigo, con decisiones inmediatas que pueden definir el tiempo.

Terminó el concurso y, para apaciguar un poco el relámpago clandestino de sinceridad por el que ambos nos habíamos obligado a pasar, fui por su comida que, ese día, era arroz mixto, que había preparado mi mamá, con pollo asado; como sabía que ella no comía carne, separé con cuidado el pollo de su plato, lo serví en el mío y procuré que ella al menos comiera algo; le llevé el plato y se lo serví. Entonces, reconocí en ella a una mujer de detalles simples, humilde como era, que con un simple plato de comida era capaz de sentirse como una reina; sonrió y me agradeció por haber tenido esa consideración con ella.

Mientras yo terminaba de comer, ella sacó su celular, abrió la cámara y tomó varias fotos; ahora recuerdo muy bien una de ellas que, además, publicó en uno de sus estados en *Facebook*; en ella aparecíamos los dos, ella con su cabello rojo y los ojos muy abiertos fingiendo sorpresa y yo sacando la lengua y, en una esquina de la imagen, un breve enunciado, en letras pegadas y rosa, que decía: “¡Ridículo!” Entonces, también reconocí en mí la humildad y fui consciente de que un leve gesto suyo bastaba para afirmarme su cariño, su ternura e incluso su lealtad. Al instante, ella recibió muchas reacciones a la foto; al parecer no era un evento muy común que ella saliera con alguien y que, además, lo hiciera público. Reconocí aquello como hechos de confianza en los que lograba aferrarme de nuevo al sueño y temblaba ante la idea de la realidad; además, ella parecía que tuviera el don de confundirme o quizás ese don ya me pertenecía.

Tras el arroz llegó el helado; después, llegó la piñata, luego la miniteca, en la que decidí ir al baño, antes de pasar una vez más por el bochorno de salir, obligado por el payaso, a la pista y, aunque pensé que me había demorado lo suficiente, al regresar la encontré con un sombrero

de colores y bailaba en un círculo, en el que, además, participaban mi mamá, mi cuñada, mis sobrinas y mis hermanas, así que permanecí vacilante entre la silla y la puerta del baño; me parecía sorprendente que ella fuera una mujer con tantas agallas, que en todo mostraba fuerza y sutileza, incluso en su carácter atrevido; sin embargo, parecía que nadie la hubiera obligado, bailaba y disfrutaba de la música como la Noelia que ya conocía, de forma que, sin la intención de interrumpir, me senté de nuevo en mi sitio, la observé y sonreí.

Cuando la música terminó, se sentó a mi lado y antes de que terminara la fiesta quise invitarla a tomar algo en un lugar diferente. Mi intención en ese momento era resolver mi conflicto interno y contarle aquello que hacía ya varios meses atrás debía haberle relatado. Ella aceptó ir conmigo, nos despedimos de todos y salimos en la moto, no sin antes pasar por una chaqueta a su casa, pues ya era de noche y ella se encontraba medio descubierta. Llevamos la moto al mismo parqueadero de siempre, nos tomamos de la mano y salimos al bar que quedaba justo al frente. Allí pedimos algo que popularmente se llamaba “aguas locas”, pero que no era más que chapil mezclado con curazao azul, pero que tenía todo el poder embriagante de aquel alcohol artesanal, tanto así que solo fueron suficientes dos tragos para darme cuenta que disfrutaba mucho estar con ella, nuevamente abrazarla, verla sonreír, querer pasar con ella esa noche, no con la intención de hacerle el amor, sino de dormir a su lado y despertar a la mañana siguiente a su lado; esa noche pasó rápido entre conversaciones, chistes y coqueteos y cuando al fin nos sacaron del lugar, llamé sin temor a mi madre, le pedí que no trancara la puerta y, también, permiso para llevar a mi amiga del cabello rojo esa noche a quedarse conmigo. Ella asintió y yo quedé alucinado, pues había descubierto tarde algo que quizás podía haber hecho hacía mucho: podía llevar a dormir a mi casa a cualquier mujer, cualquier día de la semana, sin el menor reproche de mi madre.

Fuimos al parqueadero, pagamos la cuenta, sacamos la moto y nos fuimos directo a mi casa. Cuando llegamos a la puerta, por alguna suerte de pudor, justo en el momento en que mi madre nos abrió, Noelia rápidamente se escondió tras la sombra que se dibujaba junto a la pared y se paralizó como una estatua esperando a que mi madre se fuera de la entrada y, por supuesto, no la mirara, mientras tanto yo abría el portón para meter la moto y la invitaba a regañadientes a seguir. Al fin, ella entro tímida, subió a mi cuarto y me pidió algo de ropa prestada para dormir. Yo me había mentalizado en sentirla a mi lado, en acurrucarme junto a ella, abrigrarme con su cuerpo y caer profundo en su pecho o recostado sobre su espalda. Y así fue, hasta que a ella se le ocurrió darme un beso de despedida; entonces, bastó el simple roce de sus labios con los míos para querer mucho más que estar recostado a su lado; esa noche no hubo música en el celular, tampoco hubo suspiros o respiraciones sostenidas entre los dos que terminaran en un orgasmo; todo lo que circundaba a nuestro alrededor era el silencio y las gotas de lluvia que cada vez se hacían más grandes y se lograban sentir a través de mi techo, el resplandor de la luna atravesaba las tejas y dejaba ver mis manos sobre su espalda, mientras ella súbitamente había pasado de estar a mi costado a estar sobre mí para dominar todos mis movimientos.

Nos besábamos frenéticamente, sin descanso, como si esa fuera la última o la primera noche juntos; yo agarraba su cabello rojo entre mis manos y lo sentía cálido, como un animal herido o recién parido; la penetré profundamente; luego, la giré con fuerza y me puse encima de ella y configuré la danza copulativa, sin evitar sentir que la agitación subía rápido de mi pene a mi cabeza y me hacía estallar al instante de placer.

—Perdóname, pero me voy a venir, —le susurré al oído, mientras sentía que cada célula de mi cuerpo se desintegraba en deleite, veía que mi cuerpo brillaba y palpaba en el aire con mis manos pequeños poliedros plateados y perfectos. Después, dejé que cayera todo mi cuerpo sobre el suyo y me aferré a ella como un canguro, para después cerrar los ojos y dormir con el arrullo de los latidos de su corazón.

XXI

DE LOS APUNTES DE NOELIA (NOTAS SIN FECHAR EN EL CELULAR)

“No siendo más, ni siendo menos”, dos libros, sesenta mil pesos en las manos y la misma despedida infinita de un ciclo que ya no parece ser un eterno retorno, tampoco una espiral y mucho menos un churo cósmico que nos permita hacer saltos en el tiempo. Me quedo aún con la confusión irremplazable por no saber en qué momento cambió tu ánimo y te alejaste de mí para no admitir más mi ingreso en tu vida.

Esto de haber sido eco me dejó compulsiva y confundida entre tantas (melomanías) franquezas; hemos sido tantas veces y aún me disientes con tanta confianza que quizás ya fue suficiente de los dos y yo solo logro recordar nuestras charlas nocturnas en la Plaza de Nariño comentando con el lenguaje, el lenguaje mismo, teorías de Chomsky, Wittgenstein, Gadamer y Marx; nuestros pasajes turísticos por los restaurantes venezolanos de la ciudad en la Avenida de los Estudiantes, buscando comida rápida vegetariana; las marchas apresuradas tras los colectivos coreográficos de la ciudad durante los días de paro en el país; la vergüenza acumulada en las exhibiciones fotográficas de mis amigas (“Tránsitos de luz”) con mi foto colgada en el mutismo buscando, en mi cara, el rostro de Medusa; los besos al aire desde diferentes carriles de la calle por la Avenida Santander, mientras conducíamos moto camino a nuestras casas, tú en vía recta, yo subiendo una montaña a la izquierda; videos estacionarios de los dos abrazados sobre tu cama, un sábado en la mañana después de dormir juntos la noche anterior, entrecruzadas nuestras manos mientras mirábamos el video largo de una mano que buscaba su cuerpo, aprovechando la cuenta de Netflix que alguien más (otra mujer seguramente) amablemente te compartió quizás con la intención equivocada de que solo tú y ella miraran ese mismo video largo de una mano que buscaba su cuerpo, mientras entrecruzaban sus manos un sábado por la mañana después de haber dormido juntos la noche anterior.

Ahora mismo también recuerdo todo el tiempo que he durado esperándote, pensando que no serías mi karma de todo el tiempo que estuve sin ti y que no aproveché para meditar, para hacer yoga, para dibujar mandalas, pensar en mi culpa y pedir perdón al universo que ya soy.

Vicio irrevocable de llorarte cada vez que te escribo. Quiero leerte cada vez que te veo, pienso interpretarte cada vez que te siento, pero me doy cuenta que incluso eres más inexplicable que cualquier evento inentendible que he vivido en toda mi vida, incluso más que el tatuaje que llegó a mi brazo derecho después de dejar de ser madre de la Luna por tres meses.

Yo ante ti soy una prematura infanta al estilo de Melani Klein, que tiene miedo y que desaparece en la necesidad de ser expulsada a la angustia. Me he vuelto cursi, estúpida, irracional y vulnerable; he olvidado lo débiles que somos cuando queremos tanto; tú eres todo mi tema de conversación entre hervidos de mora y crispetas recién preparadas; te cargo en mi pecho como el deseo más profundo, dejo tirada cualquier circunstancia, cualquier reunión, cualquier evento urgente por ir intransigente tras de ti, hasta donde tú te encuentres, por llegar a tu casa, pedir tu asilo y exiliarme bajo tu apapacho, pero tú ya no lo entiendes y yo trato de explicártelo con el vértigo en la boca del estómago, mientras la premura me obliga a quitarme las gafas por las lágrimas que asoman y resbalan por mi mejilla y nadie me consuela, aunque este auditorio esté lleno de espectadores.

¿Por qué te has vuelto arrepentimiento?, ¿por qué no me das las explicaciones que me merezco?, ¿por qué presiento tanto que todo es cuestión de desconfianza?

Me quedo con la idea de que hoy como todas las noches, sobre la misma almohada harás recostar más mentes.

XXII

La mañana siguiente, despertar junto a Noelia se convirtió en muchas mañanas durante más de tres meses; toda la semana esperaba ansioso solo por llegar a verla el sábado durante la noche, salir a dar un paseo y quedarme dormido con ella mirando alguna película, alguna serie o un capítulo de Los Simpson que a ella tanto le gustaban. Disfrutaba mucho el perfume que dejaba en mi cama, tener sus cabellos revueltos con los míos entre las sábanas, despertar y encontrar en mi armario una prenda nueva que había olvidado, tenerla conmigo en sus días de menstruación, en que debía salir corriendo a la tienda a comprarle una toalla; hacerle aromáticas de manzanilla para el dolor de estómago cuando tenía problemas con la comida, llevarle el desayuno a la cama, arroparla durante la noche después de quitarle la cobija y arrinconarla en la orilla al estar muy profundo, abrazarla de “cucharita” y sentir su cuerpito entre mis brazos, compartir con ella la misma almohada, darle un beso en la frente, delinear con mis dedos finamente sus cejas, sentir sobre mis pestañas la yema de sus dedos, abrigarle los pies fríos después de verla llegar en su moto a mi casa una noche después del trabajo, decirle “mi amor” en repetidas ocasiones pensando que no me oía, aun cuando ella, después, repetía en un tono bajo y burlón: “Yo no soy tu amor”...

Pasaron muchas noches y muchos días a su lado y cada vez fui tomando más en serio la idea de vivir con ella; los problemas que ella tenía en su casa y los que yo tenía en la mía se habían vuelto inconscientemente refuerzos positivos a nuestra ilusión de independizarnos y de convivir juntos por más tiempo, pero, con vergüenza, reconocía que seguía habiendo algo que Noelia desconocía y que no me había atrevido a revelarme a mí y mucho menos a ella.

Una noche, ella me dijo que fuéramos a tomar algo justo al mismo lugar de la primera vez y, además, que tenía algo importante que decirme. Acepté verme con ella, porque también tenía algo que decirle, de forma que nos citamos a las ocho de la noche en la ciclovía, justo frente al Monumento de los Bueyes, más abajo de su casa y cerca de un reconocido centro comercial de la ciudad.

Más tarde, nos encontramos a la hora pactada; ella lucía bellísima y mi primera impresión al verla fue sonreír, lanzarme a abrazarla y caminar con ella de la mano por la ciclovía en dirección al centro, pues ese día habíamos decidido que no saldríamos en la moto. Sentí por ella una sensación inexplicable de cariño y lo único que podía tener en mi mente era la idea de tenerla sostenida entre mis brazos; parecía como si aquello que fuera a decirme en realidad ya lo estuviera sintiendo en todo mi cuerpo, como si esa noche fuera positivamente decisiva, como si en definitiva algo nos fuera a unir y, en efecto, unos minutos más tarde timbró mi celular y, ante su expectativa confundida, no pude más que contestar:

—¡Hola!, ¿cómo estás?, —respondí.

—Estoy bien, y tú ¿cómo estás?

—Estoy bien, —asentí, un poco más nervioso.

—¡Qué bueno, amor!, ¿dónde estás?

—Estoy en mi casa, —y miré disimuladamente a Noelia y traté de ocultar esa mentira con un tono de voz más bajo.

—Está bien; mañana le vamos a celebrar el cumpleaños a una de mis amigas y quería saber si me puedes acompañar.

—Sí, claro que sí. Yo te recojo en tu casa; ¿a qué hora te parece bien?, —y, en ese momento, Noelia se soltó de mi mano y comenzó a caminar acelerada en dirección a la otra calle; la vi volverse una sombra en medio de la oscuridad de la noche e intenté, también, acelerar mi paso, mientras procuraba que mi mentira no me delatara más.

—¡Me parece perfecto, amor!; entonces, mañana nos vemos; te mando un beso. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!, —respondí, salí corriendo en dirección a Noelia y solamente esperaba a que ella se encontrara aún deambulando por la calle y no hubiera tomado un taxi; lamenté profundamente no haberme adelantado a la llamada y haber sido sincero con ella cuando aún parecía que podía remediarlo todo y resultar decisivo. Corrí y corrí varias calles y, justo cuando estaba por darme golpes de pecho, agarrarme la cabeza e irme caminando hasta mi barrio, con la esperanza de encontrar a alguno de mis amigos que pudiera ofrecerme un poco de trago, la vi al final de la calle, con la mano extendida tratando de parar un taxi; le grité, ella me miró y decidió ignorarme, para seguir caminando; aceleré un poco más mis pasos y la alcancé, la tomé por el brazo y la obligué a que me oyera.

—Noelia, ¿puedes oírme, por favor?

—¿Qué me vas a decir?; en realidad, ¿algo que ya yo sabía y que era precisamente lo que tenía que decirte hoy? —Sorprendido, no supe cómo interpretar lo que ella trataba de decirme—. ¿Qué quieres decir?, —le pregunté, confundido.

—Sí, que ya yo sabía que estás saliendo con alguien más, que sé exactamente cómo es ella y que sé, también, lo mucho que la quieres.

—Te equivocas, Noelia; en realidad, ella es alguien que conocí solo un par de meses antes de conocerte; apenas estábamos saliendo, cuando me encontré contigo, pero estaba muy confundido con todo lo que había ocurrido. Yo había decidido pedirte que fueras mi pareja, pero pasó aquello en la fiesta de tus amigos y me decepcioné mucho de ti, pero tú eres una

mujer que admiro y que me gusta mucho y, de verdad, me sentí bastante contrariado y no sabía qué decisión tomar.

Con ella algo más resignada, caminamos en silencio hasta que llegamos a la Plaza de Nariño; allí, ella prefirió que nos sentáramos en una banca y nos quedáramos contemplando lo que en ese momento acontecía a nuestro alrededor. No pude más que hacerle caso, pues no sabía realmente qué pasaba por su mente, pero tampoco veía en ella un solo gesto que pudiera mostrarme lo que sentía; no lograba ver en ella decepción ni tristeza ni rabia ni siquiera conmoción y, a esas alturas, ya no sabía si aquello era, en realidad, bueno o malo.

—¿Podrías decirme algo, Noelia?, —le pregunté, abrumado por tanto silencio.

—No te voy a hacer las cosas más fáciles; iremos a tomar un chocolate con masmelos y, justo cuando la taza este vacía, nos despediremos sin decir absolutamente nada más; vamos a terminar esto en el mismo lugar en el que lo comenzamos.

—Está bien, ¿quieres ir ya? —En realidad, me molestaba darle las riendas de la situación y prefería que ella pensara que todo lo que le había dicho era cierto; prefería que ella pensara que realmente me había decidido por alguien más, cuando todo lo que quería era estar con ella, despertar con ella, dormir abrazado junto a ella y tenerla conmigo por mucho tiempo, como habíamos planeado, pero en ese momento también podía darme cuenta que ya todo se había salido de control, pues, en realidad, no había salido solo con una sola chica, eran dos y a quien dije que había conocido hacía algunos meses antes de conocer a Noelia, en realidad era una amiga de mi colegio, con quien llevaba tratando hacía varios años, pero Noelia no estaba lista para tener una conversación de esa hondura en ese momento, de forma que aproveché sus palabras y le di todo el poder sobre mí.

—No, esperemos un momento, —me respondió, sin atreverse a dirigirme una sola mirada más y, justo en ese instante, llegaron hasta nosotros dos hippies ecuatorianos, con un gatico amarillo, que más que hippies parecían metaleros vagabundos y desempleados, de más de 30 años, a quienes al parecer no les había quedado otra alternativa para su vida de anarquía y nomadismo que vagar por el mundo haciendo manillas y pidiendo monedas. Se acercaron a nosotros y comenzaron a indagar sobre nuestra existencia.

—¿Y esta parejita que hace por aquí?

—Disculpe, señora, pero nosotros no somos pareja, —le respondió Noelia, de forma distante y definitiva.

—Sí, solo somos amigos, —le añadí a su respuesta.

—Y estamos esperando que transcurriera esta noche sin ninguna novedad, —les dijo ella.

—Ya veo; entonces, acaban de terminar; ahora son amigos y llegamos justo en el momento en que discutían sobre quién se va a quedar con el hijo, —y rio con gana la ecuatoriana—. Claro, ustedes no son solo amigos, no existe esa energía entre ustedes dos, pero parece que están teniendo problemas, muy serios problemas.

—Dime, pequeña, ¿qué fue lo que te hizo este hombre? ¿Acaso será algo que no pueda remediarse con una rosa, un corazón o un anillo de alambre?, —preguntó el ecuatoriano, mientras Noelia parecía algo más entretenida.

—Quizás con una nave espacial y un extraterrestre en ella, —le respondió Noelia.

—Entonces, tienes gustos bastante exóticos y no hay forma terrenal de que lo puedas perdonar, —le dijo el hombre, mientras sacaba de su mochila una rueda de alambre y unas pinzas.

—Él no necesita que lo perdone y tampoco necesita darme algo; en realidad, si yo quiero algo, pues lo consigo, así que esa será mi nave espacial; de mí, para mí, —le sonrió Noelia, entusiasmada.

—Creo que lo que le hiciste fue bastante fuerte, —me dijo el hombre, mientras me dirigía una mirada y comenzaba a elaborar con sus manos el capricho de Noelia.

Así, estuvimos sentados en aquella banca los minutos suficientes para que me diera cuenta de lo arrogante que se había vuelto Noelia, tanto que ya no tenía ganas de tomar chocolate con ella y mucho menos de seguir hablando de algo que evidentemente la había transformado de nuevo por completo; sin embargo, justo cuando estaba por levantarme de la banca, aburrido de aquella conversación, que giraba en torno a una situación que parecía haberse vuelto pública, el hombre le entregó su nave espacial y, también, una manilla, para que pidiera un deseo, y decidió no cobrarle nada, con tal de verla feliz.

Noelia, que parecía bastante recatada y queriendo mantener su *status* emocional en ese momento, sacó dos billetes de dos mil y se los entregó a los hippies, quienes, al instante, se despidieron de ella, pero no de mí.

Unos minutos más tarde, nos encontrábamos sentados en una de las mesas de María Mulata, en espera de una orden de dos chocolates con masmelos, mientras Noelia jugueteaba con la llama de la vela que habían puesto en medio de la mesa, dispuesta a romper una vez más con el silencio.

—Yo leo las cartas y pude hacer una lectura de ti; vi que quieres mucho a esa chica y que, además, hay amor entre ustedes; vi que no la dejarás y sé que ella no soy yo, porque ella es blanca y, como ves, yo no lo soy.

—No te equivocas, Noelia, y, en realidad, ya no me siento cómodo al estar aquí, porque es un lugar en el que ella también podría estar y no quisiera encontrármela.

—No entiendo por qué no fuiste capaz de decirme nada y no sé por qué esperaste a que yo tuviera el presentimiento de que había una suerte de desconfianza en ti para que pudieras decirme algo. Hemos tenido sexo, hemos dormido juntos, me has llevado a tu casa, tu mamá me conoce, estuve con el resto de tu familia en una fiesta de cumpleaños de tu sobrino, conozco a tus otras sobrinas, me hice amiga de ellas, varias veces he llegado mientras todos están cenando y me han saludado como si nada, tus amigos también son mis amigos, hemos salido juntos a muchas fiestas, nos hemos emborrachado, nos hemos ido de viaje, pasamos todo un fin de semana acampando.... No entiendo, entonces, cómo esto no ha sido suficiente para poder tener un poco más de empatía, —y, de repente, la vi que secaba con un dedo una lágrima que se asomaba ya por su mejilla.

—Noelia, ya te lo dije...; yo sí quería decirte, pero no podía tomar una decisión, —intenté consolarla, aunque sabía que era inútil.

—Acaso no te diste cuenta que yo no dependo de tus decisiones; mi presencia en tu vida no es cuestión de inseguridad, así que de antemano debiste saber que lo mejor era que te quedaras con ella desde el principio; ella no sabe nada de mí, así que asumo lo ingenua que debe ser en estos momentos, pensando que tú solo estás exclusivamente para ella. Por mí no te preocupes, prefiero que no le hagas más daño o ¿acaso ella sabe esto?

—No, ella no sabe nada de ti, —le respondí, sin poder mirarla a los ojos.

—Por eso, entonces, es mejor que se mantenga engañada; si no sabe nada, no va a sentir nada, —me dijo, mientras le recibía el chocolate con masmelos a la mesera.

En ese momento, me di cuenta que Noelia era una mujer muy astuta y seguramente ya se lo habían dicho antes muchas personas, pero ya me sentía lo suficientemente incómodo para tratar de recordárselo, así que decidí tomar el chocolate rápido y apresurarla también para que lo hiciera y poder marcharnos de ahí, no sin antes pagar la cuenta y así devolverle el favor que había recibido en nuestra primera cita. Supuse que ese era el final adecuado. Cuando terminamos nuestras tazas, me di cuenta de que ya no tenía dinero en mis bolsillos y que debería regresar caminando hasta mi casa, así que la acompañé hasta la esquina más cercana y, aunque ella insistió en que la acompañara con sus amigos, quienes ya se encontraban esperándola desde la otra calle y de nuevo nos observaban detenidamente, me rehusé a ir con ella.

—Gracias por todo, Noelia, y, de verdad, espero que me disculpes, —le dije, mientras la miraba fijo a sus ojos estrellados, que parecían a punto de derramarse.

—No te preocupes, todo está bien, —me dijo, mientras se despedía de mi con un beso en la mejilla y apretaba fuerte la espalda con sus manos y, mientras cerraba mis ojos, para fingir que nada de eso estaba pasando, en el fondo sabía que nada estaba bien.

XXIII

DE LOS APUNTES DE NOELIA

Una vela roja con tu nombre grabado del extremo inferior a la punta donde arde la llama y sobre tu nombre el mío, para tener el dominio de tus actos, pensamientos y delirios.

La letra cursiva, remarcando tres veces con cuidado uno a uno los monemas que te designan. Mis manos tiemblan de temor y de ansiedad; no es la primera vez que intento atribuir a una fuerza superior la obligación del amor suprasensible entre dos humanos racionales y predecibles; no, no es la primera vez y, sin embargo, antes del temor, ya me había detenido con frenético impulso para pensar en la imagen de un alguien más queriéndome por obligación; entonces, por un momento discurro en las numerosas veces del mismo intento fallido e inmediatamente después sigo con el procedimiento sin más arrepentimientos.

Después de marcar la vela con cuidado, tomo la miel entre mis dedos y comienzo a acariciarla con cautela, con cariño, con ternura, con deseo, imaginando que tu nombre será fuego materializado, que habrá en tus ojos la lucidez orientada hacia mí; cierro los ojos y repito que —así como esta miel endulza esta vela, así se endulcen los pensamientos de mi amado y que las veinticuatro horas del día no piense en nadie más que en mí y solamente en mí y que no haya día ni noche en que no pueda dejar de pensar en mí—. Abro los ojos, me persigno con la mano izquierda, agarro la vela con mi mano derecha e inmediatamente después de mi consagración enciendo la vela con la misma mechera que un día encendiste ese cigarrillo, el día que paseábamos tu perro. —¿Recuerdas?, —me digo, y sonrío. Tengo el más intensivo cuidado de no derramar la miel sobre la mecha de la vela, porque, entonces, en ese caso debería comenzar de nuevo con todo el proceso. La llama se enciende poco a poco, la vela roja ardiendo, la luz avivada por el fuego entre azul, amarillo y naranja.

Adquiero la certeza, adquiero la fuerza y sigo con el proceso; tomo la azúcar entre mis dedos pegajosos por la miel, la envuelvo de palabras, le suplico que conceda a mi favor el beso de sus labios, sus ojos abiertos mirándome en el acto, sus manos apretándose con extrema confianza contra su vientre y repito las palabras en voz alta, mientras voy aventando puñados del polvito translúcido contra la vela encendida y repito —que así como esta azúcar endulza esta vela, así se endulcen los sentimientos de mi amado y que las veinticuatro horas del día no sienta nada por nadie más que por mí y que no haya silla, no haya mesa y no haya lugar que pueda ocupar sin poner su deseo sobre mí—.

Levanto la mirada y ahora entre mis manos mantengo firme el puñado de canela molida que refuerza mis carencias; frunzo la frente con rudeza y entrecierro los ojos mientras espolvoreo la canela en el plato alrededor de la vela, dando golpecitos extraños con mis dedos, reafirmando el cumplimiento de mi deseo y repito —que esta canela haga efectivo este hechizo o endulzamiento de amor y que mi amado vuelva a mí, me busque, me llame, quiera estar solo conmigo y con nadie más que conmigo—; entonces, me asalta la imagen nostálgica de tu moto parqueada afuera de mi casa, dueña de las estrellas, donde tantas veces anduvimos a medianoche atravesando la avenida, recorriendo la ciudad y violentando andenes. Recuerdo mis manos acaparando el viento a 100 km/h, mientras canto y grito la última de mis hazañas y tú conduces por la vía que llega hasta tu casa, sin frenos, sin límites, sin sueño... Te recuerdo, tú y yo tantas veces recorriendo el campo, zambullidos en el agua, quemados por el sol —y prosigo a abrir el tarrito de escarcha.

Purpurina amarilla, escarcha dorada en un frasquito alargado y transparente. Agarro un puñado de escarcha, adorno la vela cándidamente y repito —y que así como esta escarcha aclara más esta vela, que así se aclaren los caminos para que tú regreses a mí, para que nos encontremos agarrados de la mano, caminando entrelazados

por la playa y que tus pensamientos, tu vida y tu ser brillen con magnífico reflejo hacia mí y regreses y jamás te vayas...

Elevo con mis manos el plato que contiene la vela hacia el cielo, la sujeto con violencia y con recelo de las miradas invisibles que alejan de mí tu ser. Promuevo súplicas, imploro celestemente la validez de este hechizo y te veo, difuso e inconstante te veo.

Repito —¡que así sea!



XXIV

A partir de ese día y durante meses no volví a saber nada de Noelia; intenté escribirle a su celular, pero ella había decidido bloquearme en todas sus redes sociales; noté, de inmediato, que una frase como “todo está bien”, en realidad puede ser mucho más significativa y pude descifrar con inquietud, un “todo está mal”; ante su ausencia en mi vida, no pude más que regresar a la normalidad; después de todo, no estaba solo y, a decir verdad, a mi alrededor había más compañía de lo habitual en ese momento; parecía como si de un momento a otro hubiera recobrado mi vida, que se había encapsulado en una sola imagen y una sola presencia, como si no existieran más actividades durante el día que tratar de pensarla, de verla o de sentirla; entonces, decidí enfocarme más en vivir mi vida un día a la vez.

Angie, la blanca del tarot, la mujer que conocía desde mi adolescencia en el colegio, a quien también había mentido por mucho más tiempo y con quien mantenía una relación no meramente sexual, sino también afectiva, no había alterado en nada su comportamiento conmigo y, al contrario de ello, había decidido acercarse mucho más a mí, aferrarse a mi presencia sin tanta intensidad, pero con un notorio interés; me sorprendía cada vez más y en algún momento llegué a pensar que ella e incluso todas las mujeres tenían ese don misterioso de presentir las cosas o de leer el presente y el futuro de las personas, pues constantemente recibía de ella tratos más extravagantes; seguía siendo la misma mujer ingenua, dulce, trabajadora, con los mismos gustos comunes, con la misma familia y amigos de siempre, me saludaba siempre con un beso y una sonrisa, se despedía de mí con el gesto sexual de su cuerpo desnudo en mi cama suplicante por fotos en mi celular, me enviaba *nudes* y seguía exhibiéndose con sus vestidos cortos, sus tacones y su ropa ajustada en cualquier paraje, algo que a mí en nada me incomodaba, porque eso simplemente la hacía más fácil, más susceptible de manipular.

Sin embargo, súbitamente, un día algo en ella surgió quizás desde su ser más femenino o quizás desde su lado más inseguro o desconfiado, pues, de repente, me sorprendía con detalles que todo hombre quisiera recibir e inesperadamente aparecía en mi lugar de trabajo justo a la hora en que debía salir a almorzar o a cenar, me invitaba a algún restaurante, me dejaba elegir la comida que quisiera sin importar su precio y, además, pagaba la cuenta; me atendía en el lugar en el que me encontrara sentado, se preocupaba por mis necesidades; cuando estaba enojado procuraba no molestarme y, por el contrario, aliviaba toda mi carga con palabras dulces, sentimentales, tiernas y a veces hasta ridículas; me escribía cartas de amor con muchos marcadores de colores, donde escribía frases como “mi amor” o “mi vida” al inicio y al final, como para sobre-resaltar todo su trabajo; dibujaba un corazón con su inicial y la mía a cada lado, me dejaba regalitos junto a los nocheros de mi cama, me invitaba a moteles, donde me permitía que la penetrara en todas las posiciones, en todos los rincones

del cuarto y del baño; me practicaba sexo oral de forma profesional; se ponía lencería pequeña, porque sabía que eso me encantaba y me preguntaba cuál era mi próxima fantasía sexual y, si de repente se me ocurría hacer el amor en medio de una piscina o en un parque recreacional, con la presencia de muchas más personas en el mismo lugar, ella era capaz de complacerme sin ningún problema.

En algún momento pensé que Angie era la mujer perfecta y que no me había equivocado al dejar que Noelia tomara su decisión; después de todo, me había bastado solo un momento de infortunio para hacer más fácil algo que ella evidentemente ya sabía; se había marchado sola, había dejado todo el espacio libre para que yo lo compartiera con quien yo quisiera y no había derramado una sola lágrima frente a mí; quizás me había equivocado con ella y quizás había puesto más de mí de lo que debía; quizás efectivamente mi lugar siempre había estado con Angie; después de todo, ella y yo nos parecíamos mucho más. Ella no me pedía poemas sentimentales, tampoco expresiones surrealistas de mi amor; se conformaba con lo simple, no exigía nada fuera de lo normal, solo me bastaba sacarla a tomar alcohol con mis amigos o a bailar a cualquier discoteca, donde, además, yo pudiera presumir su cuerpo voluptuoso ante los demás, para que sintieran algunas veces envidia y otras veces admiración; no necesitaba buscar información sobre un tema en particular que sobrepasara su capacidad mental, porque no era posible mantener con ella una discusión filosófica, política, artística o moral; tampoco se hacía indispensable buscar una exposición artística, una obra de teatro, un recital de poesía, un película de algún género desconocido, una tienda de ropa contra la violencia animal, un restaurante vegetariano, un espectáculo de danzas o de *clowns*, porque ella se avenía con cualquier película que encontráramos en el cine, con cualquier comida que vendieran en la calle, con cualquier tipo de ropa que exhibieran en los almacenes, con cualquier cantante que oyera en la emisora; tampoco demandaba de mi actividades externas que pudieran suplir su condición física; todo lo que quería era ir al gimnasio y tonificar su cuerpo, aunque lo hiciera sin llevar la técnica o la dieta correcta, verse agraciada y practicar todo el cardio en mi cama.

Como cualquier otro hombre, no podía estar más complacido; era amable, respetuosa, comprometida, entregada, conocía perfectamente su rol como mujer en la casa y en cualquier lugar donde se encontrara; no era profesional, pero ganaba el dinero suficiente como auxiliar de enfermería y el cuidado de ancianos a domicilio o, al menos, lo suficiente para mantener su cabello liso, tinturado, sus ojos con lentes de contacto, que le quitaban su limitación visual, sus uñas arregladas y su ortodoncia; tampoco era celosa ni controladora; le gustaba la música convencional, no mantenía gustos extraños y cualquier hombre se hubiera sentido encantado con ella tan solo por tenerla cerca; de hecho, era la mujer soñada, la añorada, la que cualquier persona hubiera podido desear.

Noelia había desaparecido de mi vida por completo y, con los días, solamente se había convertido en una pintura que pendía en un rincón olvidado de mi mente, una pintura llena

de recuerdos. Pensaba que seguramente ella también se había olvidado de mí, que estaba ocupada en sus múltiples tareas, que ya había encontrado a alguien más y que, quizás como yo, también estaba pensando que esa era la persona ideal.

A medida que los días pasaban, aumentaban mucho más mis deseos de compartir con Angie, pero también mi vista se iba ampliando conforme a mis necesidades. Cada fin de semana conocía a personas diferentes, iba a lugares diferentes, probaba cosas diferentes y experimentaba sensaciones diferentes, así que poco a poco Angie se comenzó a volver una presencia constante, pues a todas las fiestas donde iba siempre encontraba una Angie con características muy similares; cualquier número de celular al que podía replicar en una conversación por *WhatsApp* o por *Facebook* podía tener la personalidad de Angie; existía una probabilidad mayor de que un amigo me presentara en cualquier evento social, concierto o reunión, a una mujer como Angie; ya hasta su nombre se había convertido en un eco mutable, que me seguía a cada instante, que sentía me vigilaba y controlaba en cualquier espacio. El problema era que con tantas Angie a mi alrededor, a mí también se me había comenzado a convertir en una obsesión; sin razón alguna, hablaba de ella con mis amigos, les contaba nuestros hábitos cotidianos, les expresaba mi inquietud porque otro hombre la mirara, me desahogaba con ellos al darme cuenta de que ella se había disgustado conmigo; me vanagloriaba de su sexo, de su forma de fornicar conmigo y trataba de recrearla en cualquier momento, aun cuando sabía que ella no era una privación en mi vida, porque, en el momento que quisiera y como quisiera, la tenía conmigo y, si no era así, bastaba con que dejara de hablarle por unos días para que llegara corriendo a mi casa y se sentara a llorar en el filo de mi cama, mientras me pedía que volviera y yo, que fingía dramatizar siempre un acto diferente, me hacía el arrogante para, después, pedirle simplemente que me follara y que terminara mamándomelo, para que pudiera perdonarla por cualquier falso error que hubiera cometido.

Angie se redimía, se entregaba, mantenía un carácter manejable, sumiso y simple; sabía que ella tenía en su mente convicciones firmes y que en cualquier momento buscaría establecer una relación mucho más seria conmigo, algo para lo que no sabía ciertamente si también me sentiría preparado. Alcancé a Angie, contaba con ella, la podía sacar de debajo de mi manga en cualquier momento, pero con ella también fui perdiendo mi libertad, el sentido del gusto e incluso la tranquilidad. De repente, me sentía como un extraño de mi ser, desconocía mis pensamientos y mis comportamientos, aprovechaba cualquier circunstancia para beber con mis amigos y embriagarme en su nombre y, luego, ella llegaba a beber conmigo o a rescatarme, pero aprovechaba la situación para también rescatar a cualquiera de mis conocidos y, entonces, sin darme cuenta, ella ya no fue solo mía, se convirtió en una propiedad colectiva; todas las miradas se posaban sobre ella, intentaban introducirse por el filo de su falda, manoseaban su piel y llegaban hasta sus órganos, posaban sus bocas en sus ojos abiertos, su sonrisa coqueta y su cabello zigzagueante en el viento.

Angie aparecía con un hombre diferente en cada foto que subía, se abrazaba con cualquier extraño y dejaba que le tocaran la espalda semidesnuda tantas manos, que lentamente desprecié su encanto, aborrecí su fachada y comencé a extrañar a Noelia; a veces, incluso más que extrañarla, la llamaba en mi mente, intentaba poner en práctica sus técnicas ancestrales para estar cerca de ella, la veía llegar donde me encontraba, penetrar con su modestia, iluminarme la vida de nuevo, llevarme a mi propio Edén y devolverme todo el tiempo, pero, de inmediato, entendía que mientras la magia surtía efecto y me convertía en un experto, debía adaptarme un poco más a Angie, al menos no borrar su número de mi celular por si en algún momento se me ocurría no tener más medios para calmar mis necesidades instintivas. (But Angie... Angie... they can't say we never tried / Angie you are beautiful, but ain't time we say good bye / Angie... I still love you, remember all those nights we cried? / All the dreams we held so close seemed to all go up in smoke).

Al fin, un día Angie me dijo que me amaba; fue un día en que caminábamos por el bosque de los pinos en el Parque Ambiental de Chimayoy; salimos del baño, donde desdibujamos nuestros cuerpos tras una de las puertas medio oxidadas; cuando ella detuvo el paso, se giró hacia mí, me miró a los ojos y tomó entre sus manos mi rostro para decir con su voz un “Te amo” claro y sonoro, que logré visualizar hasta el último rincón de la ciudad y bastó solo eso para darme cuenta que ya había caído muy hondo en el desperdicio de mi tiempo, que había abusado de mis sentimientos y de todos mis intereses, que no esperaba oír de una mujer que se parecía más a Roxanne, de *The Police*, que a Angie, de *The Rollings Tones*, dos palabras que parecían más un designio antiguo que el producto de la fluidez del tiempo; de inmediato, la tomé de la mano, la jalé hasta el lugar donde habíamos parqueado la moto, la monté en ella y la llevé directo a su casa y ella, que solo se sabía el lenguaje del llanto, no podía sino intentar retenerme con sus lágrimas; pese a ello, no cedí; ese día solamente fui “Dibujos animados”, de Pedro Guerra, y “Puente”; de Gustavo Cerati; pensé en Noelia, la soñé, la llamé incansable entre mis intenciones y desperté con el presagio de su cabello color rojo y fuego.

En efecto, después de ignorar toda la noche las llamadas de Angie, de perderme en las calles de la ciudad, de ir a trabajar sin encontrar un solo sentido y terminar en un bar cerca de la Ciudadela Universitaria, vi entrar a Noelia en busca de un hervido, pero su aparición solo fue súbita; en realidad, no buscaba quedarse; de hecho, había venido a despedirse de algunos de sus amigos; tenía un bodi rosado, un jean de tiro muy alto, un saco tejido entre rojo y blanco que le llegaba hasta los tobillos y unas botas vino tinto. Lucía radiante, lucía exótica, cargaba luz y vida y seguía siendo un rompecabezas infranqueable.

Verla me provocó todo un desastre; el hervido alcanzó a regarse en mi pantalón y la chica con la que estaba hablando en ese momento se cansó de esperarme para salir a bailar, con la mano extendida.

Como era de esperarse, esa noche Noelia me ignoró por completo; entró e hizo lo que estaba previsto: dio a todos un beso de despedida y prometió volver más tarde, mientras desconocía mi presencia, por la que, además, se había atrevido a pasar con su brazo por encima. Mientras ella se marchaba dejando en el aire un poco de su presencia, sus amigos me contaron que aquel día ella había realizado una declamación larga entre polvo de hojas de coca, velas e incienso. La historia que había contado había sido demasiado curiosa e incluso se parecía mucho a nuestra historia (a esta historia). Comenzaba contando cómo alguien la había conocido una noche de *raymis* y sanjuanitos y le había amarrado el zapato sobre su rodilla y había terminado en un desenlace inconcluso, pero el acto había alcanzado solo para el primer capítulo, de modo que nadie más que ella conocía el final y, además, el personaje principal evidentemente ese día se encontraba sentado en mi lugar.

En ese momento, como por una suerte de reminiscencia mortal, de nuevo la recordé, medité en el mal que me hacía al vivir solo del pasado, pero, también, la deseé como mi presente, así que esperé por ella en soledad, sentado en el mismo lugar, la esperé hasta el final, esperé para que me contara ella misma su final.

Ya era casi la una de la madrugada, Noelia no llegaba y me di cuenta que ese día tenía que madrugar a trabajar y que no podía seguir esperando más, así que me levanté, resignado, de mi puesto y atravesé la puerta, para evitar que, al despedirme, me pidieran que me quedara. Entonces, la vi que caminaba desde la esquina de la calle, solitaria y con un vaso desechable en la mano; se dirigía hacia el lugar y, puesto que yo era el único que estaba a medio parar en la vía, ya no pudo evitar que siguiera ignorándome.

—¡Hola!, ¿cómo estás?, —me saludó, con un tono de voz bastante forzado.

—¡Hola!, estoy bien. En realidad, ya estaba por irme, ¿y tú?, —le pregunté algo ensimismado.

—¿Por qué te vas, si apenas llego? ¿No quieres bailar conmigo, por lo menos una canción? —Quise negarme, porque, en el fondo, aun sentía que le debía a Angie alguna especie de lealtad o, al menos, a su memoria, pero al verla tan esbelta, de pie en medio de la noche, con frío y algo mareada, no pude más que acceder—. Está bien, pero solo será una.

Entramos de nuevo al bar y fue inevitable sentir todas las miradas puestas en nosotros; era como si ese momento se hubiera reservado únicamente para nuestro encuentro y como si, de antemano, todos ya lo supieran. Bailamos una salsa clásica, mientras nos mirábamos a la misma altura de los ojos y en el baile no se nos ocurrió hablar sobre nada; en el fondo, solo se oía la voz de Nino Segarra, que cantaba una de sus canciones más conocidas: “No puedo más, no sé qué cosa darte / Por favor, dime qué cosa hice mal / Perderte ahora y no verte más / Recomenzar con nueva actitud / Tú quieres más, me exiges y me pretendes / Cuando tú quieres me excitas y me enciendes / Y aunque no quiera siempre digo sí / Porque te amo”.

En ese momento, estuve a punto de dedicarle cada letra de la canción a ella, quise obligarla a que rompiera el silencio, pero entendí de inmediato que ella ya no era la misma persona; observaba en sus ojos la misma complicidad de siempre, pero no lograba ver más allá de sus gestos, tampoco lograba descifrar si estaba enfadada conmigo en ese momento, si se sentía triste, angustiada, agobiada o quizás nostálgica. De forma que, sin tener más opciones a la mano, dejé que la canción se terminara poco a poco, no sin antes anticipar algunas preguntas con ella; había en mí inquietudes sobre el libro, quería saber si yo era ese personaje reconocido, como me lo habían dicho sus amigos o si solamente era un asunto de mi imaginación, así que no la dejé que se sentara y, al contrario, la jalé conmigo hasta la entrada, le pedí que me acompañara a fumar un cigarrillo y, en medio de su confusión y su cordura, ella accedió.

Fui a la tienda adjunta, compré un cigarrillo Marlboro y le pregunté si ella también quería algo; con el vaso de hervidos que sostenía en sus manos, ella simplemente negó con la cabeza. Nos sentamos en una de las gradas que estaba en el andén y, sin comenzar de alguna forma con el interrogatorio, Noelia sacó de su mochila un puñado de hojas sueltas y desorganizadas y leyó en voz alta...

I

... Y aquí me hallo, viajando en un bus intermunicipal, esquivando el mareo inevitable que asciende poco a poco de mi estómago a mi cuello y traspasa los límites de mi boca. Preparando las preguntas que voy a improvisar cuando logre llegar a Noelia.

No pude más que oírla atentamente, mientras mis labios lanzaban bocanadas de humo que se mezclaban con la noche tibia. Y aunque ponía mi atención en ella, aún no comprendía mi participación en su historia; aun así, me gustaba mucho la forma en que ella había escrito; me seducía y pensaba que quizás si Noelia no era una mujer lo suficientemente bonita en su físico, todas las letras la engalanaban y hacían que pareciera encantadora y poderosa. Entonces, Noelia continuó...

II

A Noelia la conocí bailando, celebrábamos el nacimiento anual del sol y ella, confundida entre hojas y música andina, no se atrevía a saludarme con confianza o curiosidad; ahora mismo la recuerdo distraída, divagando entre el sonido y el movimiento, entretenida con sus amigas, arrebatada, saltaba, aullaba, reía, cantaba, loca y cuerda al mismo tiempo.

Mi mirada se había dirigido a ella desde el preciso momento en que se sentó a mi lado en el prado medio seco, con la noche cayendo a cuestras sobre nosotros y sacó de su mochila negra una bolsita rosa de terciopelo con un contenido desconocido para mí; abrió los dos lazos rosados que la amarraban y tomó en la palma de sus manos algo como un puñado verde de alguna planta y se lo llevó a la boca, sin divisar o tan solo precisar con delicadeza o cuidado cada detalle que la rodeaba, incluyéndome a mí...

Y bastó con que ella terminara de leer aquel capítulo para comprender que se trataba de nosotros, que ese era el dibujo de nuestra historia y que, aun así, no me sentía del todo satisfecho, así que comencé con mi crítica...

—Noelia, no sé si me equivoque o quizás soy pretencioso, pero ¿el personaje de la historia soy yo? ¿Yo, que te amarré el zapato? ¿Yo, que te seguí hasta el baño solo con la intención de ser amable contigo? Yo, que.... —Y ella me interrumpió:

—Sí, eres tú, pero todo es ficción, nada es real. Quizás no alcance mi redacción para describir la realidad y esta tampoco es la realidad.

—Entonces, ¿por qué me describes así? ¿Por qué me haces ver como un débil enamorado de ti, como un insistente y obsesivo que quería conseguir de ti lo que quería? ¿Y tú te describes como una mujer víctima de mí, de todas mis intenciones?

—Porque esto solo es ficción, es un relato, es una narración. Deberías entender lo que te quiero decir.

—Noelia, te he extrañado, he extrañado tu presencia en mi vida, poder hablar contigo, porque contigo siempre puedo hablar de muchas cosas y siento que me entiendes.

—Tú decidiste marcharte; yo no pude hacer más ante tu ausencia que recrearte en una voz que no existe, que no está, que tampoco es real. El papel fue mi forma más cercana de tenerte; al menos, aquí podíamos estar en paz.

—Noelia, tú no entiendes... Yo te quiero en mi vida, no te quiero lejos de ella, pero debemos reconstruir nuestra relación; debe ser una amistad y, en realidad, siempre debió ser así.

—Tú me pediste un beso, yo solo te vi como una opción. Yo veía el otro lado de la luna y sabía que no debía hacerte caso, sabía que tú no eras la persona indicada para mí y hasta ahora comprendo que toda tu función en mi vida era este texto, —y me entregó las hojas amontonadas, sonrió y me robó un beso.

—Noelia, tengo novia y no puedo corresponder a tu beso, —y, entonces, bajé la mirada, mientras me sentía culpable por quererla tanto, pero no poder corresponderle.

—No te preocupes, ese sigue siendo un beso de despedida, —y ella se levantó de su puesto, caminó hacia la calle, alzó la mano y detuvo con su mano un taxi. Así, de nuevo la vi marcharse y, aunque no podía permitírmelo, debía asumir en mi lo que nunca antes había tenido en cuenta: la lealtad.

Tras ese día, Noelia permaneció en mi cabeza como una magia desconocida y lejana; sentía una necesidad honda e irracional de hablar con ella, de verla, incluso parecía que la hubiera encontrado como un motivo, como una señal para que dejara, por fin, a Angie y alejarme de

su vida; tantas veces la había perdonado, tantas veces había sentido que me humillaba con sus amigos, con cualquier desconocido y, como me había mentido de múltiples formas, mis reflexiones solamente me llevaban a que no dejara ir a Noelia, perseguirla como un marinero persigue su Norte e ir con ella hasta el final.

Así que, sin más hondas reflexiones, al día siguiente la llamé, procuré hacerlo de un número de celular que desconociera y así me contestaría sin ninguna prevención; sin embargo, la primera vez, el celular timbró, una, dos y tres veces, sin respuesta; la segunda vez solo me llegó la voz de la contestadora y la última vez que decidí ya no llamarla, sino enviarle un mensaje de texto directo a su *WhatsApp*, el mensaje no le llegó; quizás permanecía bloqueado de toda su información o quizás ella ya no tenía el mismo número de celular. Por un asunto de azar, cerca del lugar donde la había estado llamando, pasaba una de sus mejores amigas. Con disimulo, me le acerqué, fingí estar interesado en su vida y sus sentimientos y, cuando parecía que la tenía más que convencida de todo, le pregunté por su amiga y traté cada vez tratar de llegar más al dato importante, que era su número de celular. Logré saber, a través de ella, que Noelia conservaba el mismo número de celular, pero había decidido bloquearme, olvidarse de mí por completo; tal parecía que mis acciones no solo le habían causado mucho daño, sino, también, habían desencadenado una catarsis interminable de justificaciones, entradas y salidas. Me persuadió para que no la buscara y la dejara tranquila, pues, después de todo, me dio a entender, ella ahora prefería nuevas compañías, tenía un gato, vivía sola y era feliz.

Había una posibilidad remota de que solo fuera la piedra angular en la vida de Noelia, y otra igualmente remota que pudiera servir como medio para algún fin o que, en últimas, también fuera ese el fin; después de todo, seguía sin conocer el final de la historia. Llegué a mi casa y, después de meditarlo, la llamé por última vez desde el celular de mi mamá, y esta vez el celular solo timbró una vez y, del otro lado del teléfono, oí su voz:

—Aló, ¿con quién hablo?, —preguntó.

—Hola, Noelia, hablas con Felipe, —y, entonces, siguió una pausa abrumadora.

—¿Cómo estás? ¿A qué debo tu llamada?, —me preguntó, con objetividad en su voz.

—Quiero verte y hablar contigo; de pronto, ¿podemos ir a caminar?

—No lo sé; ahora mis condiciones son diferentes. ¿De qué tendríamos que hablar?

—De tu libro, —le respondí, impulsivo y casi sin respirar.

—Está bien; entonces, podemos vernos mañana; apenas me desocupe, te puedo llamar.

—De acuerdo; que estés bien, —e inmediatamente después, colgué el celular, inquieto por la posibilidad desalentadora de su respuesta.

Al día siguiente, esperé muy inquieto la llamada; me preguntaba si acaso su respuesta había sido solo una forma sutil de deshacerse de mí; estaba convencido de que ella aún guardaba algún tipo de resentimiento, pero no tenía la certeza suficiente de cuánto habían cambiado sus sentimientos por mí; después de todo, llegar a formar parte de sus letras ya era algo significativo, elevado y casi irreal.

Cuando ya eran casi las cinco de la tarde, me llamó, pero, antes de recibir su llamada e impulsado por alguna suerte de presentimiento, me encontré con Angie, la visité en su casa y le llevé una chocolatina para que se apaciguara la decisión que ya había tomado; primero, la puse al tanto respecto a mi situación, me desahugué por todo el dolor acumulado que ella me había provocado hasta ese momento y le reproché su proceder, solo con la intención de llevarla a que entendiera que, en su futuro, era mejor que coincidieran sus acciones con sus palabras y que si solo se quiere a una persona, nombrarla no era suficiente prueba de ese sentimiento. Como era de esperarse, Angie lloró, se desplomó en su cama y me pidió que no la hiciera sentir como una mujer cualquiera, porque no lo era; me sugirió que recapacitara y que volviera a pensar en todos los momentos que habíamos pasado juntos y, después, inundó mi celular con fotografías de los dos, colmadas de risas, besos y caricias, en medio de emoticones rosas, fondos pastel y letras en cursiva. Yo, por mi parte, le di un abrazo, le sugerí que todo quedaría bien entre los dos y que, a partir de ese momento, solo íbamos a ser amigos, le entregué la chocolatina como muestra del cariño que algún día le había tenido y me fui.

Vagué por las calles y vi detalles que antes me habían parecido insignificantes; pensé en la imposibilidad tan obvia de tener empatía en medio del egoísmo de las personas; pensé que yo también era un ser demasiado egoísta y que no podía hacer más, si, después de todo, el karma y el dharma no tenían ningún significado real en mí. En medio de mis divagaciones, timbró el celular y la voz de Noelia llegó, sin esperarlo, del otro lado del teléfono:

—¡Hola!, ¿dónde estás?, —me preguntó.

—Estoy por el centro; tú, ¿dónde estás?

—También estoy muy cerca del centro; ¿te parece si nos encontramos en la entrada del Centro Comercial Galerías, en veinte minutos?

—Está bien, allá nos vemos.

—Ya nos vemos, —y, antes de que se cumplieran los veinte minutos de espera, ya me encontraba sentado en las gradas del Capitán Nirvana, en ese Centro Comercial, y aguardaba por ella y, entonces, llegó; su cabello ya no era rojo; ahora, era cobre; traía un pantalón negro, que dejaba ver sus tobillos descubiertos, con el tiro super-alto, que le llegaba hasta la cintura; una camisa blanca por debajo del pantalón, una chaqueta azul y unas plataformas de cuero. De nuevo, noté su mirada enrarecida; un poco más madura, más fría y serena. Me saludó con

un beso en la mejilla y, luego, me tomó de gancho por el brazo, como si la amistad entre los dos no hubiera desaparecido; me preguntó si quería tomar o comer algo; afirmé y agregué que no tenía suficiente dinero para invitarla en ese momento; ella, como la dama que era, y que yo desde el primer momento había reconocido, me dijo:

—Yo te invito, —por lo que fuimos a un café-bar, que quedaba en la esquina, llamado Black Coffee; yo tenía muchas ganas de comer algo dulce, como si la ruptura me hubiera dejado con una acre aflicción que necesitara calmar, y ella, en cambio, quería comer un sándwich vegetariano; hicimos nuestro pedido y, mientras llegaba, jugamos parques y hablamos de todo, menos del libro, como yo le había anunciado:

—Noelia, veo en ti a una gran mujer y te admiro, porque percibo tu fuerza, tu madurez y, al mismo tiempo, tu ternura. Lamento mucho haberme alejado de ti de la forma en que se dio; sé que no fue sensato de mi parte haberte mentido. En realidad, te mentí mucho más de lo que fui capaz de confesarte esa noche; en realidad, vi en ella algo más que un simple desliz pasajero; la quise mucho y quizás aún la quiero, pero ella...

—En verdad, ya no me interesa saber nada sobre ella, sobre ustedes dos. Me ofendió que me llevaras a que me sintiera culpable con mis amigos, cuando todo era asunto de anécdotas y experiencias pasadas. Me ofendió que mis amigos pensaran que tú eras la persona más decente que yo podía haber encontrado y que, después, nos decepcionáramos rápidamente de esa idea. Me ofendió que hubieras negado mi presencia el día de la llamada y me ofendió mucho más que hubieras preferido seguirle ocultando la verdad a ella, porque eso solo significaba que, en tu vida, yo debía seguir permaneciendo en el anonimato, para no hacerte pasar vergüenzas y, sin embargo, estoy aquí solo porque, para mí, has significado tanto, como para escribirte y, con ese acto simple, enaltecer nuestra memoria.

—Lo sé, eso me sorprende y solo puedo pedirte perdón, aunque te conozco un poco y sé que, en realidad, ya me perdonaste y no me guardas rencor.

—Así es y, por ahora, todo lo que puedo permitirte es que cuentes conmigo y confíes en mí, sin ningún otro tipo de compromiso. —Ese día llegó la comida, llegó el hambre, llegaron las palabras y, tres semanas después, nuevamente llegaron las ganas.

Un día se me ocurrió conocer su gato y su apartamento. Compré dos pizzas y dos jugos, cerca de mi casa, en Malú Pizzería, y, con indicaciones precisas, logré llegar a su apartamento, que era el 507 de la Torre 5. Golpeé una vez a la puerta y ella, de inmediato salió a abrir, me saludó con una sonrisa y un gran beso; la abracé con fuerza y sentí por ella el cariño más sincero. Su apartamento estaba todo pintado de blanco, recién estucado —según me dijo—; aún no tenía baldosas, así que había polvo y se ensuciaba todo; los pasillos eran oscuros y solitarios y solo una luz resplandecía en su cuarto, donde no tenía más que su cama, un armario, un televisor y su tocador. Sentí, de inmediato, que ese podría ser mi hogar, que me

gustaría vivir con ella en el mismo lugar, amanecer de su mano, verla que me abriera la puerta todos los días y que compartiera conmigo el desayuno, el almuerzo y la cena. Entonces, la quise.

XXV

DE LAS NOTAS DEL CELULAR DE NOELIA

Lunes 20 de abril (1:45 am)

Como recuerdos amontonados en mi mente, que no logro destruir, pero que tú ya perpetuaste en el olvido, y el sueño constante de hacer todo contigo: ir hasta la orilla de la playa; tocar los dedos de tus pies, mientras la arena intenta suavizar tus plantas; recostarme contigo bajo la sombra de una palmera, mientras el cielo se cae a pedazos sobre nosotros, porque suena una canción de Joy Division que describe muy bien lo que nos pasa. El encierro físico no es tan fuerte como este encierro mental en el que el resentimiento ha crecido y las sensaciones se han apaciguado. Tantas faltas sin perdonar, tantos errores cometidos, que se debieron hablar; pensar siempre en el presente fue la inadvertencia más acumulativa. Si todo hubiera sido asunto de una o varias soluciones o conversaciones con sentido, ahora no tendría el sueño tan extraviado; te estaría buscando en medio de palabras bonitas, de cariño, de besos que yo nunca esperaba recibir de ti, porque, para mí, siempre fue suficiente y quizás porque soy conformista, como tú dijiste, o quizás porque te quería en complejidad, con toda la frialdad que tú eres, aunque ahora ya no sé ni siquiera cuál es realmente tu forma de ser. Fueron exigencias estúpidas las de esperar que me quieras como se puede querer en cualquier pareja perfectamente romántica, porque tú y yo éramos reales, imperfectos, mortales y finitos; jamás fuimos dos personajes de un cuento fantástico.

Ahora solo te tengo reservado en mi memoria con la confusión de no saber qué tanto fue fingido y qué tanto de eso realmente pasó. Ahora mismo te recuerdo en mi bicicleta, mojado y cubierto con una capa bajo la lluvia, descendiendo desde Chimayoy, y ya no me importa si lo hiciste con alguien más o no, solo pienso en que lo hiciste conmigo; pienso en los dos sentados sobre un trineo, jalándonos por un potrero con vista a la Laguna de La Cocha, mis botas verdes mojadas, tú con mi poncho rosado y los dos buscando la foto perfecta en un puente quebrado y viejo. ¿Y ahora me dices que nunca me viste como tu pareja? ¿Me dices que no me querías? ¿Me dices que solo simulabas hacer como si nada malo pasara y todo estuviera bien? Quizás me he vuelto temática con todo esto o quizás es que la falta de sueño me está debilitando mucho la razón, pero ya no puedo pensar en otra cosa que no sea en tratar de distinguir la caverna de la luz. Un espacio oscuro, donde te levantas, me abrazas y me pides que por un día no me vaya, pero en mi sueño solo te ríes y me alejas de ti, porque ya te cansaste del todo de mí.

Yo solo escribo nuestra historia en memoria de lo imposible.

Ojalá hubiéramos sido hogar algún día o al menos una casita para los pájaros. Contigo yo era feliz.

Es que ahora no me veo con nadie más durmiendo en cucharita, abrazados en la noche, bajo las mismas cobijas, riendo por las mismas gracias... Soy una persona aburrida, pero tan parecida a ti... Y yo que soy lo más parecido, como ente me doy nostalgia.

.....

Cohetes —naves espaciales despegando del suelo al futuro, recuerdo de la no cita entre nosotros—.

Final de cuento, agradecimiento a la vida por encontrarte, conocerte y devolverme a mí.

Ahora tengo en mis manos las riendas de mi viaje, las riendas de mi vida y tu recuerdo.

¡Namasté Universo!

Estrellas y cohetes.

XXVI

Cinco meses duraron las citas inesperadas, la amistad incondicional, los besos, las caricias, las noches de sexo y, también, de abrazos, estando juntos bajo las mismas cobijas. Y fueron suficientes también cinco meses para que yo lograra retornar a mí, reflexionar con respecto a las lágrimas que de repente comenzaron a aparecer en ella, a aquellas que yo sabía que en reiteradas ocasiones habían aparecido, para que encontráramos nuevos vínculos permanentes entre nosotros; cinco meses en los que salíamos todos los domingos en bicicleta e íbamos a muchos y distintos lugares de nuestro Departamento, probábamos postres y almuerzos variados, recorriamos senderos estrechos, vías pavimentadas, trochas y caminos sin dibujar; cinco meses en que, durante las tardes, ella me buscaba en mi trabajo a las cuatro, tomábamos café con empanadas de queso y quimbolitos en la cafetería más cercana, nos despedíamos con un tierno beso y seguíamos con nuestras vidas; cinco meses en que algunas noches, cuando Noelia tenía restricción vehicular, la recogía en su trabajo, la llevaba a mi casa, pedíamos una pizza (ella era la Guambrita y yo la Cochambrosa) o compartíamos la cena que preparaba mi mamá, tomábamos algún jugo natural y veíamos Los Simpson hasta que se hacían las diez de la noche y ella se marchaba a su apartamento a preparar clases para el día siguiente; cinco meses en que los sábados en la tarde yo jugaba fútbol con mis amigos, mientras ella se encargaba de hacer todas las labores necesarias para que pudiéramos pasar el fin de semana juntos; cinco meses con algunos domingos en los que discutíamos y nos enojábamos, porque yo le exigía mucha más resistencia, mientras ascendíamos por alguna montaña y, aunque ella pensara que no confiaba en ella o que la creía incapaz de hacer algo y por ello la presionara, la realidad es que yo la admiraba y siempre confiaba en sus capacidades como en nadie más. Cinco meses en los que, sin ser nada, nos fuimos volviendo todo el uno para el otro; aprendí a pelar papas a su lado, también aprendí a hablar inglés de forma más fluida, a sentir su mano en mi cabello y a disfrutarlo como uno de los más grandes placeres de la vida; ella era mi motivación en los días en que decaía al pensar en lo infortunada que era mi vida o en lo desgraciada y sin sentido que se tornaba mi existencia. Ella me hablaba de filosofía, de letras, de pintura, de música, de recetas de cocina, de películas, de fiestas, de otros países, en los que había estado, de otras costumbres, otras personas, otras formas de ver la vida, de plantas, cuarzos y rituales lejanos. Por mi parte, yo le enseñaba sobre números, sobre ingeniería, sobre tecnología, hiperconexión, medios electrónicos, ciencia, pensamiento abstracto, procedimientos lógicos, curas sin confirmar para diversas enfermedades, proyectos científicos y soluciones objetivas a los problemas. Ella era mi polo al cielo, yo era su polo a tierra, y ya desde hacía mucho me había repetido tantas veces lo mismo, pero sentía que lo hacía de forma poco convincente, pues, a pesar de todo, aún quedaba algo que no lograba compensar por completo nuestra relación; sentía que entre nosotros a veces todo marchaba demasiado bien, pero con el único propósito de ocultar

lo que marchaba muy mal y, aunque los problemas nunca eran una temática recurrente, de repente un día todo explotó y la acumulación de eventos rutinarios de cinco meses solo se convirtió en eso: una rutina sólida, fría y demasiado predecible. Comencé a ver todo lo malo de ella; después de todo, era un ser humano como todos los demás; sin embargo, me desesperaba su emotividad, su susceptibilidad y su sensibilidad; no toleraba sentir que de repente un día amanecía con “síntomas premenstruales” (como ella los llamaba) y súbitamente ya no tenía ganas de hacer nada, solo recordaba todo lo malo que ya había pasado entre nosotros, recordaba constantemente cuando yo decidí alejarme de ella para quedarme con Angie, las veces en que me emborrachaba y me olvidaba que ella estaba ahí y, aun así, comenzaba a hablar de otras mujeres, la preocupación que sentía por otras personas y no por ella y sobre todo el cariño que le tenía, pero que siempre cuestionaba. Noelia lloraba, lloraba durante muchos días o muchas noches, perdía el control y terminaba por establecer una conversación telefónica conmigo, donde todo lo que había para mí eran solo reclamos; yo, por mi parte, intentaba tenerle paciencia, intentaba pedirle de muchas formas que solucionáramos nuestros problemas, que por fin lograra perdonarme por todo y olvidara el pasado, que viviéramos nuestro presente y sobre todo que recordara los buenos momentos que habíamos compartido, pero ella no retornaba del lugar oscuro en el que misteriosamente se encontraba, solo podía sentirse sola, triste, desamparada, preocupada, ansiosa y deprimida; tomaba pastillas para dormir durante la noche, con la única intención de permanecer también dormida durante el día, establecía conversaciones escuetas conmigo, dejó de comer en la misma medida que lo hacía antes, cada vez se veía más pálida y delgada, mas perdida, siendo cada vez menos ella y más una persona que no lograba reconocer; también comenzó a enfermar, en su piel comenzaron a aparecer manchas extrañas, se le caía el cabello, las uñas se le quebraban con facilidad y la ropa le iba quedando cada vez más floja, como si cada día perdiera una talla más; sus labios también se tornaron pálidos y comenzaron a researse, tenía unas terribles ojeras, muy profundas, que escondían la luz de sus ojos y el dolor que sentía en todo su cuerpo que, comenzando por su espalda, le impedía, por días enteros, levantarse de la cama. Entonces, se terminaron nuestros domingos de excursión, nuestras noches de sexo y de dormir arrunchados juntos en mi cama; no volvimos a comer pizza en mi casa, tampoco a irnos de paseo en mi moto en busca de cada sitio, una piscina más y más extraña; menos aún volvimos a ver juntos las estrellas en Daza; yo no podía visitarla en su casa, porque sus padres me aborrecían, pensaban que todo su perjuicio era mi culpa, que yo no le convenía y que lo mejor era que me alejara de ella de inmediato, pero ella se rehusaba, siempre decía que lo que la tenía así en realidad era la vida, sus circunstancias y su mente, la que no lograba controlar por completo; sin embargo, con el tiempo entendí que en realidad su familia tenía razón. Noelia ya no confiaba en mí; en realidad, nunca había intentado hacerlo, porque me conocía lo suficientemente bien para reconocer que en el fondo yo no era una buena persona, que realmente no me importaban mucho los demás y que el amor que había sentido alguna vez por alguien ya había desaparecido en mí; me sentía incapaz de quererla a ella o a cualquier otra persona en ese momento como se podía querer a una pareja y lo que yo pensaba

que era amor, en realidad solo era una acumulación de buen tiempo a su lado, tiempo de calidad que me llevaba a pensar que la quería conmigo toda mi vida, pero en realidad solamente me generaba una momentánea satisfacción; la verdad era que, en el momento menos pensado, si encontraba otra Noelia, otra Angie o cualquier otra mujer que me diera buenos momentos, también saldría corriendo a su lado y, aun así, me reafirmaba que había algo en Noelia que me hacía seguir pensando que ella era “la mujer” y que no lo era, al mismo tiempo. Me dolía verla llorar y me dolía aún más pensar en la idea de que sus lágrimas tenían mi nombre; era consciente de que ella jamás sería capaz de reconocer mi culpa; después de todo ella era una mujer reservada y bastante astuta, por lo que quizás la mejor opción era que me marchara antes de que ella lo hiciera y me dejara completamente solo y en definitiva.

Así que un día aproveché que su mamá no había decidido ir a cuidarla a su apartamento y la visité; llevé, para devolverle, las cosas que me había regalado, los recuerdos que teníamos juntos y que habíamos ido acumulando a lo largo del tiempo, sus cartas, sus canciones, sus palabras y todos sus besos. Llevé todo amontonado y, con el estómago apretado, golpeé dos veces en su puerta:

—¿Quién es?, —preguntó.

—Soy yo; abre, por favor. —La hallé repuesta, saltó a mis brazos y me estrechó con cariño; me dijo que me había extrañado y que quería ir a dar un paseo conmigo; ese día llevaba puestos unos Converse blancos, que jamás le había visto, y una chaqueta de jean, que le cubría hasta más abajo de las nalgas. Sacó una mochila y me pidió que fuéramos hasta el Parque de Chapalito. Accedí a su pedido, confundido y contrariado; me preguntaba cómo haría para hablar con ella en un parque, delante de tantas personas, con la esperanza de que ella pudiera tomar la noticia de la mejor manera y evitar por completo que derramara más lagrimas o se sintiera desdichada, porque yo había preferido irme antes de que ella me dejara; y ¿qué haría con las cosas que había llevado para devolverle y que cargaba en mi bolso?; seguramente me las devolvería y me diría que no era necesario o se las regalaría a alguien más, como era su costumbre altruista; aun así, firme como me sentía con mi determinación, ella parecía que no presentía nada, parecía que se hubiera sometido a un procedimiento en el que todos sus recuerdos y todas sus dolencias habían quedado descartadas; ese día, subida en mi moto, ella cantó; cantaba coros de canciones extrañas, me abrazaba fuerte y se acercaba a mi oído para que también me animara a cantar con ella al mismo ritmo; de nuevo, pude sentirla igual de feliz; la vi que regresaba con su cabello rojo colmado de vida y de violencia, sabía que no quería morir y sabía que ella no me dejaría partir.

Cuando llegamos al parque, ella se bajó rápido de la moto y salió corriendo al lugar donde se encontraban los columpios, se balanceó y me invitó a que me balanceara; estuvimos suspendidos en el aire durante algunas horas, competimos como dos niños y nos retamos por saber quién lograría llegar primero más alto; repetimos unas tres veces el juego, hasta cuando,

al fin, saltamos desde el banco y caímos en el césped recién cortado; nos reímos durante un tiempo y volví a sentirme dichoso a su lado. Después, nos tomamos del brazo y seguimos por el sendero, fuimos ascendiendo poco a poco por la colina que se alzaba ante nosotros, hasta perdernos en un bosque de pinos y, al estar ya muy arriba, nos sentamos sobre la capa que yo guardaba en mi bolso para cubrirme de la lluvia en la moto; comimos unas mandarinas y unos mangos, tomamos un poco de agua, armé un porro y nos recostamos a oír la música de la naturaleza. Así, quietos como estábamos, contemplando el infinito entre las hojas de los árboles que se alzaban y se mostraban imponentes ante nuestra fragilidad, ella interrumpió el mutismo con el tono de su voz:

—Tengo algo que contarte, —me dijo, algo dubitativa.

—Sí, claro, dime, —le repliqué sin moverme del lugar y a punto de cerrar los ojos para observar lo inobservable.

—Hace algunos meses comencé a aplicar para irme a trabajar a Estados Unidos. No será un viaje largo, pero creo que haré lo que esté a mi alcance para quedarme; no quiero estar más aquí y siento que no nací para tejerle cadenas a mi ser. —Ya no pude cerrar los ojos con tranquilidad y fingí que esa noticia no me sorprendía:

—Pues, me parece muy bien lo que has hecho; sabes que te apoyo en absolutamente todo lo que decidas. ¿Cuándo te vas?

—Me voy en una semana; en realidad, han pasado muchas cosas que no te he contado. Todo fue inesperado; tuve que reunir el dinero para los papeles, hacer entrevistas, viajar a Bogotá y comprar los tiquetes. Lamento no habértelo contado antes. Sé que piensas que era una excusa el estar tanto tiempo mal y sentirme agobiada por todo lo que estaba pasando entre nosotros, pero no es así; en realidad, es un motivo; el motivo que más me ha impulsado a elegir este camino definitivo. Quiero irme y comenzar una vida más tranquila; creo que a los dos no nos espera nada juntos y, donde sea que vaya, siempre estaré esperando por ti. Te quiero mucho y... —Me levanté de mi puesto y la interrumpí:

—No es necesario que me des explicaciones; tú eres como un ave, desde que te conocí, y entiendo tu necesidad de abrir las alas y marcharte. Estaré bien y te agradezco ahora tu sinceridad. Seguiremos siendo amigos. —Ella sonrió, me abrazó y se recostó de nuevo a mi lado, mientras yo, por dentro, lo lamentaba y no cesaba de derramar un mar de lágrimas.

Después de aquella noticia, desde el cielo comenzó a llover; las primeras gotas que caían eran delgadas y parecían refrescar el ambiente, pero después a esas gotas se fueron juntando otras mucho más grande y poderosas; de un momento para otro nos vimos mojados de la cabeza a los pies y obligados a refugiarnos de la lluvia, cubrirnos apenas con lo que teníamos a la mano, mientras sentíamos en la brisa un aura de alivio. Parecía que, al fin, el agua así lo

resolvía todo. Al cabo de un rato, cuando escampó, fuimos al parqueadero y, ya sin ninguna canción de por medio, la llevé hasta su casa y, después, hasta su apartamento, nos despedimos con un beso y la vi que se iba corriendo hasta la entrada de su conjunto residencial.

Durante esa semana, procuré estar cerca de ella. Al menos, a través del celular, sabía que ella debía resolver muchas cosas antes de irse; sabía que, en el fondo, también era muy duro para ella y que quería escapar, quería huir, para darle un cierre definitivo a todo lo malo que ya había pasado entre nosotros y en su vida. Esa semana intenté respetar su espacio y su tiempo y conocí más de ella de lo que podía deducir a través de sus mensajes; reconocí lo fuerte e independiente que era; quise acompañarla en lo que más necesitara, pero también me di cuenta que, en realidad, ella en absoluto me necesitaba; cuando pensaba que aún le hacía falta algo por resolver, resultaba que ella ya lo tenía resuelto; de hecho, yo solamente era un *souvenir*, me trataba con la disponibilidad de quien es reemplazable. Reconozco que fueron días nostálgicos para mí; al final, no pude devolverle nada y ya no sabía a ciencia cierta si sería necesario; la única verdad era que ella se marcharía y, si bien ya lo había hecho antes varias veces y conocía muchos países, la diferencia estaba en que antes no la conocía y, por lo tanto, no había sentido su ausencia.

Justo un día antes de su partida, ella me llamó y me pidió que me fuera a despedir; que le ayudara a arreglar la maleta y a dejar todo listo para su viaje, y así lo hice. Salí de mi trabajo y con la puntualidad del caso la visité durante la noche; me prometí que mantendría la compostura y le ayudaría objetivamente en lo que me había pedido.

Dejé parqueada la moto en un área común para los visitantes de su conjunto residencial, me anuncié en portería y busqué el apartamento, intentando no confundirme de torre; toqué a su puerta y ella abrió un poco apremiada por su viaje; saludé a su gato, que parecía haberse hecho mi amigo e inmediatamente después ella comenzó a contarme todo su plan de viaje: debería salir de la ciudad en la mañana, en el bus de las siete, para alcanzar a llegar a Cali; allí tenía comprado su tiquete de las seis de la tarde, para volar hasta Bogotá, donde debería pasar la noche recostada sobre su maleta morada y cubierta con su cobija rosada, hasta que llegara la madrugada y le permitieran hacer su ingreso internacional; su vuelo salía a las cinco de la mañana con camino a Detroit (Michigan), pero antes de llegar a su destino, debería hacer una parada en Miami, donde, además, debería hacer una fila en inmigración, para que pudiera presentar su pasaporte y entrar con legalidad al país; después debía esperar cuatro horas para tomar su siguiente vuelo, que la llevaría hasta Detroit, donde un completo desconocido, pero que sería su compañero de trabajo, la recogería y, al fin, la llevaría hasta el lugar que sería su puesto de trabajo, por los próximos meses; todos estos eran procesos demasiado burocráticos que, además, requerían de ella un gran gasto energético, si se tenía en cuenta la cantidad de horas que pasaría en la espera en cada aeropuerto, la escasez de comida que llevaba y que, además, estaba acostumbrada a comer, y su falta de apetencia por

el agua. Ambos sabíamos sobre la complejidad del viaje que estaba por emprender; sin embargo, también sabíamos la fuerza que guardaba su ser.

Así, me dediqué a sugerirle sobre qué y cómo empacar la ropa y todas las pertenencias necesarias en una maleta, que parecía tan pequeña comparada con la amplitud de su presencia; ella, por su parte, solo repetía: “¿Cómo puedes empacar tu vida en una maleta?”, y yo, por mi parte, solamente pensaba que ella, en realidad, ya la había empacado hacía mucho tiempo, lista para marcharse; después de todo, al parecer ese siempre había sido su destino. Cuando todo parecía que había quedado perfectamente listo, sobraron las palabras; ya todo se había dicho y lo que no se había dicho quedaba en una intermitencia infinita y, quizá, ya nunca se diría. Casualmente, vi sobre su escritorio un frasco transparente con una etiqueta negra, donde había la posibilidad de escribir algo con la tiza blanca que la acompañaba y, en el interior del tarro, había hojas de coca molida, listas para ser mambeadas; tomé la tiza y escribí la fecha y la hora exactas, como un símbolo de rendición. Yo, que no era experto en brindar referencias cariñosas, sentía que expresaba mucho con las cifras anotadas. Y ese era el fin.

Ya se estaba haciendo muy tarde y para ambos el día siguiente implicaba levantarse temprano e ir corriendo a distintos lugares de la ciudad. Así que, sin que ella se diera cuenta, dejé el frasco donde lo había encontrado, la abracé y le deseé lo mejor. Ella, como al principio, me regaló una sonrisa, me acompañó hasta la puerta y la cerró tras mi salida. Al alejarme, me repetí que “ella era, ella siempre había sido la mujer”, y me marché, para dejar que ella también se marchara.

Cuando llegué a mi casa, me recosté en la cama sin cenar; me sentía bastante hambriento, pero había perdido el apetito y solo sentía la necesidad imperante de cerrar los ojos y cambiar de realidad. Mi mamá se sintió muy extrañada con lo que vio, pero no me preguntó nada; sin embargo, después de presentir que había alcanzado el sueño y justo antes de quedar profundamente dormido sentí levemente como mi mamá entró a mi cuarto, apagó el televisor y me cobijó con delicadeza. Y quizás por algo mágico o de simple coincidencia, esa noche, de forma inesperada, a diferencia de todas las demás noches, tuve un sueño largo y surreal.

XXVII

DE LAS NOTAS DEL CELULAR DE NOELIA

Una noche más sin tomar el camino correcto, como si todo esto fuera un sueño del que quiero despertar... Mi mente trabajando a muchas revoluciones por minuto, mis palabras como un nudo en la garganta atado y sin dejarme respirar. No te quiero como mi amigo, porque no puedo verte como mi amigo, porque no sé cómo tratarte como mi amigo y porque nunca aprendí a fingir.

¿Qué fue lo que me hiciste para tenerme tan aturdida, tan metida en este hueco tan profundo del que no logro salir? Ya no quiero quererte más, porque quererte es doloroso, porque me cuesta olvidarte, porque me cuesta pretender que no estás. ¿Acaso estás muerto en una dimensión que no conozco?, ¿acaso yo estoy muerta? Eres un pensamiento recurrente en mi mente que no me deja estar en paz. Te extraño y me doy golpes de pecho pensando que no te lo puedo decir, porque tú jamás sentirás lo mismo por mí, porque en el fondo tampoco quiero decírtelo, porque extraño mi forma de ser, esa tranquila, pretenciosa, amigable, libre y grande como el viento. Yo era un colibrí y tejía alas, hasta que te conocí y me convertí en un ave encarcelada, y ahora que me sacas al abismo y que me avientas a mi destino se me olvidó volar. Me dejaste desahuciada, me dejaste perdida, no me puedo encontrar.

Tú no sabes cómo te quiero y, aunque no quiera, intento darte toda la razón, intento dejar de quererte y no puedo. No funcionamos juntos y tampoco funcionamos lejos... No nos espera nada juntos, no vamos a ningún lugar. Debo aprender a soltar.

Quiero ser la lluvia y empaparme toda. Quiero acabar con mi dolor. Quiero ser un gato y vivir solitaria. Quiero ser toda la catarsis que me duele y que me agobia. Quiero tener fuerza y no sentirme otra vez como una niña abandonada.

¡Qué difícil es fingir!

Llegué al límite de contarte todo, de hacerte en mi vida parte de mi vida y me excedí. Hay tanta razón en tus palabras y quisiera coincidir más que en eso contigo, quisiera que tú también me extrañaras, pero sin mí estás mejor y yo debo reaprender la soledad.

.....

¿Qué decir de ti?... Eres tiempo que se va volviendo utopía: jamás exististe, no existes, has muerto, desvaneces en mi mente como los recuerdos y te vuelves improbable, innecesario, inexistente...

Víctima de ti, ¿para qué? Estaba dormida en medio de tu presencia y pasé levitando por tu inefable y malévolo ser. Eras la cereza del pastel del karma en mi vida y ahora me dejas empapada de rojo y de cobre... la fuerza con violencia... jamás vuelvas, ni siquiera a encontrarte conmigo por accidente —Amor de burdel.

XXVIII

Al día siguiente, la alarma sonó como de costumbre a las seis de la mañana, pero una sensación extraña sentí en mi pecho; era algo parecido a una presión que al mismo tiempo me obligaba a tener ganas de llorar y de salir corriendo en busca de algo que no sabía lo que era; mi respiración se fatigaba y, mientras me bañaba, me cambiaba, me vestía y desayunaba, olvidé por completo de revisar el celular, para saber algo de Noelia.

Apenas llegué al trabajo, mis compañeros notaron mi inquietud y me manifestaron lo extraño de mi apariencia; al parecer lucía enfermo y desgastado. No entendía cómo de un día para el otro mi semblante había cambiado tanto, me sentía fuera de mí mismo, ajeno a todos los lugares que visitaba, incluso a mi casa, y coincidía con todos ellos en que tanto por fuera como por dentro me sentía indispuerto, como si ese día un extraño virus se hubiera adueñado de mi ser y de mi cuerpo.

Durante toda la mañana esperé un mensaje suyo, pero ese mensaje jamás llegaba; revisaba mi celular para ver una luz intermitente en la pantalla que me anunciara su estado, pero el vacío hacía presa allí. Sabía de memoria su recorrido y sabía, también, que tomaría mucho tiempo saber que al menos estaba estable en algún lugar, así que me obligué a tener paciencia y a esperar. Así, la tarde pasó igual, me mantuve fiel a la esperanza de oír su voz en un mensaje de texto o de, al menos, ver un emoticón sorpresivo que me anunciara su ubicación, pero nada se expresaba. Mientras tanto, me ocupaba de realizar mis labores, fiel a mi contrato, aunque ese día en particular me sentía por completo desconectado del mundo, quizás porque mi jefe me ocupaba, como todos los lunes, para resolver los problemas acumulados en la empresa o quizás porque quería evitar compartir con los demás mi inoperable estado por culpa de la nostalgia que me invadía.

Al caer la noche, regresé a mi casa, ensimismado y aun mucho más sombrío que en la mañana; el vacío en mi estómago había aumentado progresivamente y ahora también sudaba, mi presión subía cada vez más y sentía mi frente y mis mejillas muy calientes, percibía que estaba a punto de colapsar, si de forma inmediata no sabía algo de ella, pero Noelia seguía sin notificar sobre su presencia. Invasido como estaba por la ansiedad, decidí tomar el celular en mis manos, buscar su contacto y enviarle un mensaje amigable y reconfortante, sin parecer lo suficientemente inquieto. Abrí la aplicación de *WhatsApp* y mi primera impresión, al no ver su imagen en mis últimas conversaciones, fue de extrañeza; quizás había olvidado que había borrado toda la conversación después de despedirme de ella, así que la busqué en mis contactos, pero ahí tampoco estaba. Entonces, pensé que había podido cambiar su nombre y que la habría guardado de una forma diferente; revisé todos los números telefónicos que tenía en mi celular, pero ninguno coincidía con el número que yo recordaba de ella; tampoco había

registros de sus llamadas, de sus mensajes, de sus fotos, de sus videos, de sus audios, de sus notas de voz o de sus notas de celular y, de inmediato, resultó inevitable advertir la confusión en mi mente. Trataba de recordar en qué momento la había sacado por completo de mi vida y también de mi celular, pero, por más que lo intentaba, no encontraba ningún recuerdo cercano; todo lo que se mantenía latente era su figura de pie junto a la puerta, que se despedía de mí, y la calidez de las manos de mi madre, que me cubría con las cobijas la noche anterior.

Desolado, decidí agregar su número de celular como un contacto nuevo, pero, para mi sorpresa, el número ya no existía y quizás jamás había existido o quizás Noelia ya no estaba en el país y aunque recordaba con exactitud que solo hasta el día siguiente estaría volando a Estados Unidos, trataba de convencerme que los planes habían cambiado y su vuelo se había adelantado por alguna extraña razón y estaba por completo seguro de que, aunque ya no pudiera contactarme con ella a través de su número de celular, podría hacerlo a través de sus redes sociales, así que no desamparé mi ilusión y tomé mi computador, entré en *Facebook* y la busqué entre mis amigos, pero tampoco logré encontrar nada; recordé una foto en la que estábamos los dos y en la que ella me había etiquetado, pero la foto tampoco estaba, no había comentarios ni tampoco *likes* suyos en mi muro, tampoco aparecía como una amiga en común de mis otros amigos, incluso de aquellos con quienes habíamos compartido desde el primer momento en que nos conocimos y con quienes, además, era muy cercana. Decepcionado, llegué a pensar que, en realidad, ella había decidido sacarme de su vida, que me había apartado de todas las formas posibles de su existencia y que seguramente ya no quería saber nada de mí y, aunque comenzaba a entender su determinación y a aceptarla obstinado, no podía evitar preocuparme por ella y a mi mente la asaltaban dudas que, por más que quisiera, no podía ignorar; quería saber ¿cómo había estado su viaje?, si había comido en el aeropuerto, si había llegado a tiempo para no perder su vuelo en Cali, si en el bus intermunicipal no había sentido la necesidad de vomitar, si no le dolía la cabeza, si había llevado su cobija, si alguien había robado sus maletas, si se sentía sola, si había encontrado compañía, si estaba triste o feliz, incluso si aún estaba viva.

Necio y resignado a ser un olvido para siempre, le escribí a uno de mis amigos, quien además era amigo de Noelia, y le pregunté por ella; mi asombro aumentó cuando le oí decir, a través de un mensaje de voz:

—Parcero, yo no conozco a ninguna Noelia... —Pensé y me reí de lo que consideré era una broma, pero, a la vez, también sentí rabia por el consenso al que al parecer él y Noelia habían llegado, pues supuse que trataban de engañarme, pero no era tan fácil convencerme de que desapareciera de su vida como quien elimina o bloquea a alguien de sus contactos; así, le insistí:

—Bueno, yo sé que Noelia debió pedirte que no me dijeras nada, pero estoy preocupado por ella. Por favor, si sabes algo, dímelo, y te prometo que ella no se va a enterar, —le pedí en forma razonable a mi amigo.

—Hermano, no sé qué droga consumiste este fin de semana o si aún estás de fiesta, pero no sé de qué me estás hablando; yo jamás he conocido a ninguna Noelia.

—Bueno, creo que ya fue suficiente con este jueguito. La busqué en mis contactos y no está; al parecer, también me bloqueó de *Facebook* y borró toda evidencia de mi celular. No pienso obligarla a que regrese, solo quiero saber si aún vive, si logró llegar bien a donde tenía que llegar, —proseguí cada vez más alterado.

—Creo que deberías calmarte y creo que deberías creermme cuando te digo que no sé de qué me estás hablando. Te conozco hace muchos años y no tendría por qué ocultarte algo, aún más al saber que para ti es tan importante. Creo que deberías dormir un poco, pues quizás estás cansado. ¿Te duele algo?, ¿te sientes bien?

—Yo no estoy cansado, no debo dormir, no me pasa nada o, quizás, sí, y es que ahora me doy cuenta que, en realidad, no eres mi amigo, ni tú ni Noelia han sido personas sinceras. Solo me inquieta saber de ella, pero a ella no le preocupo en lo más mínimo, pero si no me ayudas con esto, seguro que alguien más lo hará, —colgué, furioso, el teléfono y marqué a una de sus mejores amigas, porque sabía que entre sus rasgos no se encontraba mentir.

—¡Hola!, ¿cómo estás?, —le pregunté, apurado, apenas me contestó el celular.

—Estoy muy bien, ¿y tú?, —me respondió, sorprendida.

—Estoy bien, pero un poco preocupado y te llamaba precisamente por eso.

—Está bien, cuéntame.

—Quiero que me digas cómo está Noelia, por favor; que me cuentes si ya llegó a Bogotá, si está en el aeropuerto, si comió, si llevó una cobija para dormir. Yo sé que tú sabes todo eso, porque, de seguro, ella ha estado hablando contigo; necesito que me lo digas, porque hasta ahora no he podido encontrarla en ninguna parte y ..., —le dije, ansioso, acelerando mi voz.

—Un momento; en verdad, no sé de quién me estás hablando. Dijiste, ¿Noelia?, —me preguntó bastante extrañada.

—Sí, tu amiga, Noelia. No me digas que tampoco la conoces, porque no te creo, porque sé que seguramente esta es una maquinación que ustedes hicieron, para que yo me olvidara de ella, pero no puedo hacerlo; no ahora, —le reiteré, exasperado.

—Mira, Felipe, lo siento mucho, pero no sé de quién me hablas. Si lo supiera, al saber lo inquieto que te siento, te lo diría, pero créeme cuando te digo que no lo sé. ¿Te encuentras bien? ¿Te pasó algo?

—A mí no me pasa nada y necesito que alguien me diga la verdad. ¿Por qué no puedo saber nada de Noelia?, —y las lágrimas estaban a punto de derramarse de mis ojos.

—Cálmate, no comprendo por qué estás tan alterado; no comprendo por qué preguntas por alguien que no conozco, que ni siquiera sé si existe; dime ¿qué puedo hacer para ayudarte?, ¿quieres que alguien vaya a tu casa?, ¿quieres que hable con alguien?

—No, no te preocupes, —y antes de que comenzara a llorar, le colgué.

Pero no desistí; sabía que tenía que encontrarla de alguna forma, así que les pregunté a otras dos de sus amigas por ella, pero misteriosamente esas amigas tampoco la conocían; en realidad, me dijeron que ni siquiera eran sus amigas. Fue inevitable comenzar a desesperarme, pues no encontraba una respuesta lógica a esa situación. ¿Dónde estaba Noelia?, ¿por qué no podía encontrarla o saber algo de ella?

Medité profundamente sobre la situación y vi a mi alrededor; en ese momento, me di cuenta de que ninguna de las cosas que ella me había regalado o que habíamos conseguido juntos se encontraban ahí. Algunas de las pertenencias que ella había dejado en mi casa por azar o con intención, también habían desaparecido; no había ningún rastro de su olor, de su cabello, de sus pasos, de su ser. No podía entender qué estaba pasando, pero sabía que alguien debía darme una respuesta. Salí corriendo de mi habitación y busqué a mi mamá; le recordé la fiesta y las veces que Noelia había ido a la casa; se la describí para que la rememorara con mayor exactitud y quise, al menos, comprobar que no era un producto de mi imaginación, pero justo cuando le pregunté si la recordaba, mi mamá solo se rio.

—Está loco, m' hijito; creo que necesita irse a dormir, —me dijo, mientras me daba palmadas en la espalda.

—Mamá, necesito que me diga si la recuerda, —le insistí, mientras la tomaba por los dos brazos y la miraba directo a los ojos, como un desquiciado.

—A ver, ¡cuidadito!, y, por favor, me suelta los brazos, porque yo no sé de qué me está hablando. ¡Qué disparates está diciendo!; ¡qué Noelia ni qué ocho cuartos!, ¡aquí no ha venido ninguna Noelia!

—Mamá, por favor..., dígame qué pasó con ella; necesito que alguien me diga dónde está, —y me abracé a ella llorando como un niño.

—Bueno, bueno. Me deja ya el teatro, que estoy muy ocupada, y se va a bromear a otra parte, —me dijo mi madre, mientras se soltaba rápido de mi abrazo.

Entré a mi cuarto y me tiré sobre la cama presa del llanto; no lograba entender nada de lo que pasaba en ese momento; me secaba rápido los ojos con las manos, pero las lágrimas volvían a surgir, mientras por mi mente pasaban muchas ideas, pero ninguna con la coherencia suficiente para convencerme. Ahí finalmente se me ocurrió ir a corroborar la existencia de Noelia; estaba seguro que todo lo que estaba pasando a mi alrededor era solamente ideaciones imprecisas y que solo se trataba de una tregua para que me olvidara de ella o ella se olvidara de mí. Salí de la casa como un loco y me dirigí primero a su apartamento; en el camino, logré ver la casa donde vivía antes, con la misma fachada y el mismo portón, por donde la había visto salir tantas veces y no puedo negar que esa primera imagen me hizo sentir reconfortado; sin embargo, necesitaba más, necesitaba la voz de alguien que me confirmara su existencia. Llegué hasta el conjunto residencial donde me había despedido de ella la noche anterior, dejé parqueada la moto en el mismo lugar y me anuncié en portería.

—Torre 5, apartamento 507, —le dije al portero, a la espera de que usara su citófono y la llamara.

—Lo siento, pero el apartamento se encuentra desocupado desde hace seis meses; nadie vive allí y actualmente los dueños lo están arrendando. Si usted quiere conocerlo, deberá comunicarse con los propietarios; este es el número, —y extendió su mano, me entregó una tarjeta de una inmobiliaria y se despidió de mí con su cara inquieta al ver mi desasosiego.

Sin duda, no podía reclamarle nada a un perfecto extraño y debía admitir que el portero no podría menos que estar diciendo la verdad, pero, aun así, también podría ser un cómplice de los planes de Noelia. Así que no me rendí.

Esa noche, regresé a mi casa, me saqué la ropa, me bañé y tomé mi pijama para dormir, tal como lo hacía todas las noches. Me recosté en la cama, me cobijé muy bien y planifiqué detalladamente lo que haría al día siguiente. Ya que Noelia no venía, decidí que iría tras ella.

XXIX

DE LOS APUNTES DE NOELIA

Felipe (a veces Felipe, a veces Daniel) cumple años en trece días y hoy es “Eco”, “Pompeia” y “Pink Floyd”.

Café de las cuatro con empanadas de queso, quimbolito y ají. ¿Por qué te gusta tanto el quimbolito? Intento no sentir un mareo desde el estómago a la garganta cuando te veo. Eres mi historia sin fin, mi reflejo inmediato, mi diccionario real de palabras, mi tiempo muerto y perfecto, mi *memento mori*. Intento diseñarte un lenguaje, escribirte un poema, un verso largo, un relato corto o una novela, pero tú eres más que eso. Eres mi mirada fragmentada en el futuro que no existe y que aún no llega, eres el yo que nunca he querido ser, eres el beso más profundo, mi conversación más larga, mi libro favorito, la película que repito sin cansancio, mi anécdota preferida, mi domingo más feliz, mi baile más aplaudido, mi actuación esperada.

Estos días a tu lado solo han sido de sonrisas, ver la historia que se escribe sola, fluir con la fantasía y flotar. Tienes todo lo que me gusta y, sin embargo, no entiendo tu forma de querer. ¿Cómo es que ahora veo en ti un ser dulce, sensible y humano, si siempre fuiste para mí un dios castigador?